

LLEGARÁS AL CIELO

EL DÍA SOLA EXISTE

un testimonio
excepcional
rigurosamente documentado

Datos del libro

Autor: Sardos Albertini, Lino
ISBN: 5705547533428
Generado con: Quality Ebook v0.66

EL MÁS ALLÁ EXISTE

LINO Sardos Albertini

Un testimonio excepcional rigurosamente documentado

Todos los hechos referidos en el presente volumen corresponden rigurosamente a la realidad, sin la más mínima alteración y están todos plenamente documentados.

NOTA DEL EDITOR

Queremos señalar que todos los derechos de autor de este libro, tanto de las ediciones italianas como de las de otros idiomas, han sido cedidas por Lino Sardos Albertini a una entidad con finalidades religiosas y culturales.

Consideramos también importante explicar que los mensajes de Andrea llegan todos sin puntuación, a excepción de los interrogantes cuando son imprescindibles. En esta edición en castellano se ha respetado, además, la que el autor ha aplicado para facilitar la comprensión del texto.

PRÓLOGO

POR el Rvdo. Pasquale Magni

Teólogo. Epistólogo. Presidente de la Asociación Cultural «Acrópolis» de Roma. Director del «Studium Christi» de Roma. Vicepresidente del Centro Internacional de Comparación y Síntesis de Roma. Escritor. Ensayista. Ex-superior de la Compañía de San Pablo.

«CREDO UTINTELLIGAM»

«Estoy abierto a la Fe porque deseo comprender»

Cuando se habla de los riesgos de la Fe, en el contexto de la práctica religiosa, hay uno que suele quedar en el olvido. Se trata de la «pérdida de dimensiones». Un olvido que, bajo pretexto de «fidelidad a la letra», convirtió en miopes a no pocos teólogos contemporáneos de Galileo, hasta el punto de que sucedió lo que todos sabemos. Esta misma miopía la encontramos hace un siglo, prácticamente intacta, confrontada a la profundidad del fenómeno «vida». Hoy, sigue prevaleciendo frente a otro, que reclama, siempre de la vida, la profundidad «meta-histórica». Es decir, todo aquello que ultrapasa las dimensiones espacio-tiempo.

Los creyentes practicantes, que cada domingo concluyen en su «Acto de Fe» con el maravilloso pentagrama que tiene en «La Vida después de la Vida» su fuego, su punto álgido, dicen: «Creo en la Vida Eterna». No obstante, cuando abandonan el recinto sagrado parece que con frecuencia olvidan todo cuanto han dicho.

Entre el acto de fe en la Vida Inmortal -la vida en sentido fuerte- y los hechos cotidianos, se interpone no un umbral de comunicación, sino un auténtico muro. Aquel velo del templo, que según los Evangelios se rasgó a la muerte de Cristo, se va reconstruyendo dentro de muchos, como una membrana, que nada tiene que ver con el timpano, creada para comunicar a dos mundos distintos aunque no separados: el mundo exterior, sensorial por definición, y el de la interioridad, espiritual por constitución y en consecuencia inmortal.

La pérdida de las dimensiones de «lo alto y lo profundo», para utilizar una imagen estrictamente paulina, convierte en sordos, por no decir en obtusos, a muchos incrédulos y a no pocos creyentes.

La toma de contacto con este libro y con las vivencias que constituyen su esencia, provocará, seguramente, dos reacciones inmediatas y contrapuestas, análogas a las que provocaría una descarga eléctrica no bien definida: la reacción de aquel que, por temor, suelta inmediatamente el cable que le ha provocado la descarga y la de aquel que pide: «¡luz, más luz!».

A los miopes se les unen, generalmente, los timoratos. «No quiero correr riesgos», dirá siempre el buen positivista fiel al pentagrama de los sentidos. Pero, ¿cómo sobrevivir a nivel de tal pentagrama, si toda la ciencia moderna escribe hoy sus partituras por encima y por debajo de las cinco líneas clásicas?

«Yo no quiero correr riesgos», dirán la mujer y el hombre de fe, repitiendo fórmulas que son como piedras preciosas. Pero las piedras preciosas no son biodegradables en absoluto y, en consecuencia, se resisten a convertirse en procesos vitales.

Este movimiento circular, al que se refería Pablo VI al hablar de Evangelio y de cultura moderna, exige adoración, cierto, pero, al mismo tiempo, exige también comunión: como la Eucaristía, acto vital por excelencia.

El típico proceso vital del hombre «criatura de Dios», ¿no es tal vez la conjugación del conocimiento con el amor?

Este libro habla del amor de un padre que ha perdido a su hijo y no sabe ni donde ni como lo ha perdido.

Su búsqueda en pos de estos «dónde» y «como» lo llevan a una dimensión que él ni tan sólo imaginaba. Lógicamente, creía en la Vida Eterna. Como todos los católicos practicantes repetía las palabras del «Credo». En tanto que director de Acción Católica de una ciudad fronteriza ayudaba a los demás a practicar obras de fe. Sin embargo, no imaginaba encontrarse en la frontera de la «vida después de la vida». Fue necesario que su hijo desapareciese en la noche, para que en su espíritu surgiera el alba.

Nosotros oyentes, lectores, nos encontramos ante un drama humano por el que nos dejamos subyugar. La emoción es como una ola de mar agitada por el viento. Vive unas modulaciones de frecuencia que son el signo de una participación directa. Cesa el viento, cede el impulso. Todo vuelve a la normalidad.

Pero el autor de este libro no nos pide compasión, nos pide participación: participación en una fe que se ha convertido en certidumbre. Su hijo vive, al otro lado de la frontera enteramente bordeada de alambre de espino que nosotros llamamos muerte. Ya no es un corazón lacerado que pide una gota de bálsamo para suavizar su herida. Es un corazón iluminado, como si la gota de bálsamo se hubiera transformado en torrente de luz, sentimiento que conocían muy bien los antiguos hombres de las catacumbas.

Será, dice el escéptico volviendo a la longitud de onda cotidiana, que a veces el amor paterno sabe realizar prodigios. ¿De dónde provienen los mensajes si no de su propio corazón, que ha sabido transformar el extremo punzante de la espina en capullo de rosa?

Nuestras explicaciones tienden a mantenerse autógenas. Pero este hombre insiste. Nos invita a considerar las circunstancias de este «encuentro» desde un plano muy distinto al inicialmente previsto, consolador según las «razones del corazón», o policiaco, de acuerdo con las costumbres culturales de la era de la televisión.

Pero el plano es otro. Estamos ante una existencia que se hace presente a través de una intervención mediúmnica, en otros tiempos llamada inspiración. La mano escribe de forma insólita. El médium transcribe mensajes que no parecen estar a nivel de sus conocimientos. ¿Así pues, de dónde proceden? El horizonte de las hipótesis se abre para ir más allá de las fronteras habituales y alcanzar el terreno que la metapsicología, ciencia, o como mínimo aspirante a ciencia, va investigando lentamente.

Paso a paso podremos llegar lejos.

Aquello que la fe proclama firmemente y que la «teología de las últimas cosas» denomina como «sobrevivencia» se revela ahora susceptible de renovada reflexión.

Es hora de pasar de la lactancia -a pesar de ser ésta una alimentación completa cuando se es niño, como nos recuerda el Apóstol Pablo- a una alimentación apropiada a la edad. Nuestra era, en este tema, es quizás la más privilegiada. La riqueza de los fenómenos y la delicadeza de los instrumentos utilizados para su exploración nos llevan a reconocer en la terminología «La Vida después de la Vida» algo más que la proyección transfiguradora de nuestras aspiraciones más profundas. Nos incita a descubrir el núcleo constitutivo del ser que, como tal, es inmortal.

La luz que llega a la existencia actual procedente de la «Transcendencia» final, ¿no es quizás el más alto valor de la escala logarítmica de todos los valores humanos?

PRESENTACIÓN

POR la Dra. Paola Giovetti

Especialista en parapsicología de fama internacional. Autora de numerosas investigaciones sobre el tema. Autora de diversas obras de parapsicología. Redactora de la revista «Luci e ombre». Divulgadora de parapsicología en revistas de amplia difusión, radio y televisión. Periodista.

Aunque muchos años de investigaciones y múltiples encuentros en el mundo de lo paranormal me han enseñado a no asombrarme de nada y a aceptar incluso hechos en apariencia increíbles, debo confesar que las circunstancias en las que tuvo lugar mi «impacto» con el abogado Lino Sardos me dejaron casi sin respiración. Su hijo Andrea, muerto hacía algunos años en circunstancias dramáticas y con el que había establecido contacto a través de la escritura automática de la médium Sra. Anita, le pedía, insistentemente, que se pusiera en contacto con una tal «amiga Paola», la cual estaría cualificada para ayudarle en determinados objetivos. Más adelante, Andrea precisó que el nombre completo de la «amiga Paola» era Paola Giovetti, la cual, indicó, en aquellos días participaba en un programa de la RAI 1 muy conocido: «Italia Sera». Ni que decir tiene que todo era rigurosamente cierto.

El abogado Sardos no me conocía. No había leído nunca ninguno de mis artículos y no le interesaba el tema de la parapsicología. Había establecido contacto con la Sra. Anita por

casualidad, siguiendo el consejo de una conocida. En su desesperación por la muerte del hijo, no había querido dejar nada por intentar a fin de averiguar las causas de la tragedia. Fue así como se acercó al campo de lo paranormal, que debía permitirle reunir las pruebas más extraordinarias. Pruebas que tuvieron el don de devolverle una cierta serenidad y de transformar aquello que inicialmente era la búsqueda de las posibles causas de una muerte en algo bien diferente: un testimonio del contacto establecido con otra dimensión.

Fue así como, a través de este insólito camino, conocí al abogado Sardos y me encontré ligada, por hilos sutiles pero muy sólidos, a las vicisitudes terrenas y ultraterrenas de Andrea, investida de la obligación de ayudar a la divulgación de un mensaje que habla de sobrevivencia y de esperanza.

No pude, no quise negarme. Instintivamente, acepté la invitación que me llegaba a través de una voz lejana. Los hechos me confirmaron que había hecho lo que debía. Los mensajes, su calidad, las pruebas recogidas con tanta tenacidad y con tanto sentido crítico por el abogado Sardos, la forma en que los mensajes eran transmitidos, todo, me convenció de la autenticidad del caso y de la necesidad de darlo a conocer.

Debo añadir que, cuando en noviembre de 1984 nos encontramos por primera vez, Lino Sardos no tenía la más ligera idea de como propagar un testimonio tan especial. No obstante, Andrea insistía. Decía que las cosas seguirían adelante, que yo ayudaría a su padre en esta empresa, que todo saldría bien. Pasados poquísimo meses el libro fue escrito y publicado. El mensaje inició su camino. Para escribir el libro, Lino Sardos se improvisó escritor y asumió, dignamente, este reto para él totalmente nuevo.

Vale la pena explicar como se trasmisían los mensajes. La escritura automática de la Sra Anita es del tipo más extraño que yo haya tenido oportunidad de conocer. La señora, que no es zurda, abre su mano izquierda y coloca contra su palma un rotulador, el cual, pasados unos segundos, se pega literalmente a su mano empezando a desplazarse por su propia cuenta. Anita lo sigue. La escritura se hace verticalmente de arriba a abajo. Para poder leerla hay que girar el folio.

He intentado escribir de esta forma, incluso utilizando el mismo rotulador, y no he conseguido trazar ni una simple linea recta: o el rotulador se caía, o empujado por mi mano se movía con dificultad sobre el papel, sin dejar casi el más mínimo trazo ya que le faltaba la presión necesaria. Cualquier persona puede comprobarlo fácilmente haciendo por si mismo la prueba. (Ver fotografía en el capítulo: «Documentos»).

El contenido de los mensajes es, indiscutiblemente, superior a la cultura de la médium y está más en consonancia con la de un joven culto, prácticamente licenciado en derecho, como era Andrea. En muchos aspectos el contenido es también extraño a los conocimientos y expectativas del abogado Sardos, de Anita e incluso de Andrea cuando vivía en este mundo: denota una transformación.

La figura de Andrea emerge clarísima de entre las páginas de este libro: un muchacho extraordinario, con un destino especial, protagonista ya en su infancia de un milagro (recuperó la audición perdida) y destinado a una vida breve para poder llevar a término otras tareas más importantes: contribuir a hacer crecer en los hombres la fe en el más allá.

Estos mensajes tienen tal fuerza de convencimiento que han conseguido que un padre destrozado por esta muerte absurda y cruel, escéptico al principio ante la posibilidad del contacto y después gradualmente cada vez más convencido hasta que toda su resistencia desapareció, llegara a afirmar que este maravilloso diálogo le hacía aceptar la pérdida de Andrea como algo necesario para que el mensaje pudiera trascender.

INTRODUCCIÓN: LA POSICIÓN DE LA IGLESIA ANTE LOS FENÓMENOS PARANORMALES

POR el Rvdo. Giovanni Martinetti

Eminente especialista en fenómenos paranormales. Autor de importantes obras sobre el tema.

Creo oportuno empezar con la inserción de un texto que ilustra la posición de la Iglesia frente a los fenómenos paranormales y que considero esencial, especialmente para que el lector no sufra los graves males que podrían derivarse de su interés por la materia y también para evitar daños innecesarios a aquellos que desconocen el tema o tienen una opinión errónea o falsa del mismo. Este texto me fue remitido el 31 de diciembre de 1986 por el Rvdo. Giovanni Martinetti, conocido especialista en fenómenos paranormales y autor de importantes obras sobre este tema.

He aquí lo que me escribió el Padre Giovanni Martinetti:

«La Iglesia, desde mi punto de vista, se siente muy feliz de que la verdad predicada por Jesucristo reciba hoy, en un mundo secularizado, confirmación a través de hechos y verificaciones concretas susceptibles de despertar el interés de los indiferentes y de los agnósticos, quienes, sin esto, difícilmente percibirían el valor de las motivaciones más íntimas y profundas de la fe.

Entre los signos e indicios de vida en el más allá señalados ya por algunos Santos Padres, hay, en primer lugar, ciertos fenómenos paranormales «espontáneos», es decir, no mediúmnicos, como las bilocaciones (bilocación: Término que significa la presencia de una misma persona física en dos sitios a la vez) de los vivos o las apariciones de difuntos (las de los santos son muy numerosas). Tales fenómenos, si son relatados por testigos creíbles y van unidos a acontecimientos objetivos (revelación de hechos desconocidos o futuros que a continuación se verifican, curaciones instantáneas, etc...), constituyen para el hombre moderno una preciosa y convincente invitación a la Fe, como ya tuve ocasión de explicar en mi libro «La vida fuera del cuerpo» (Elle Di Ci - Turín 1986).

Una segunda categoría de fenómenos a favor del más allá, es la constituida por las comunicaciones mediúmnicas que, como ya ha declarado un sinfín de veces la Iglesia fundándose en la Biblia, son un tema delicado y peligroso.

La Biblia condena la necromancia (particular tipo de comunicación con presuntos difuntos, vigente en las culturas tribales y no ausente en nuestros países), a causa de su estrecha relación con religiones mágicas y naturalistas. Dios, como ilustra la Revelación bíblica, quiere conducirnos hacia una felicidad supraterrena a través del amor, la obediencia confiada hacia El y la aceptación de determinados acontecimientos futuros que nosotros desconocemos y que son por El permitidos. El hombre, por su parte, utilizando el poder de los «espíritus» (magia, adivinación, necromancia), pretende conocer su futuro, dañar a sus adversarios por medio de sortilegios y construirse a su gusto un destino lleno de éxitos, riqueza y poder: en las culturas tribales actuales en las que se practica la necromancia el Creador no tiene cabida y, por mediación de brujos, todo el culto va dirigido a los muertos a fin de que estos perjudiquen a los enemigos y concedan ventajas materiales a aquellos que las solicitan.

Las prohibiciones del Magisterio de la Iglesia referentes al espiritismo -la última data de 1917-, se inspiran en las de la Biblia respecto a la necromancia (la cual puede presentar afinidades con determinados tipos de espiritismo), y, sobre todo, son motivadas por la posibilidad, ciertamente no remota ni teórica, de que en las comunicaciones mediúmnicas se introduzcan, bajo nombres falsos, espíritus negativos cuya finalidad es apartar a los seres vivos del buen camino, pudiendo provocar, en algunos casos, incluso fenómenos de «posesión».

Con los progresos de la parapsicología científica, los estudiosos -y también algunos creyentes- ven hoy, en la mayoría de los mensajes mediúmnicos corrientes, no la presencia de Satanás sino, únicamente, proyecciones de la psique del médium o de los participantes. Sólo en algunos casos reconocen serios indicios de contacto con seres inteligentes que no viven en este mundo.

1) Son los casos en que el presunto difunto muestra el carácter y la forma de pensar y hablar que tenía en esta vida la persona que él afirma ser, cuando revela nombres y costumbres de individuos que él mismo y los participantes en la sesión conocen, pero, sobre todo, en aquellos casos en que ofrece informaciones absolutamente desconocidas al médium y demás asistentes que únicamente conocía el propio difunto cuando estaba vivo y que hoy, verificadas, resultan exactas.

2) Tales revelaciones poseen, inicialmente, un valor considerable si es posible comprobar que ni el médium ni los participantes en la sesión poseen especiales y extraordinarias dotes de clarividencia (es decir, si éstos, en su vida cotidiana, jamás han tenido tales facultades), y, sobre todo, si las revelaciones se producen en presencia de fenómenos paranormales que desde el punto de vista lógico es imposible atribuirles (por ejemplo: cuando un bolígrafo escribe sin que el médium lo dirija). Las informaciones desconocidas hasta entonces y que resultan exactas constituyen un signo bastante convincente de la presencia de un espíritu que se comunica desde el más allá. Pero, también podría tratarse de entidades con un bajo grado de moralidad que dan informaciones exactas y verificables para poder engañar posteriormente en temas no controlables, consiguiendo así que los vivos adopten posturas que, a la larga, resultan desviatorias desde el punto de vista moral y religioso.

3) Dios puede querer que los difuntos intervengan en nuestra vida para ayudarnos a creer en la vida eterna, para exhortarnos a no enraizarnos en las cosas terrenas (Cf. Sto Tomás, «La Summa», 1,89,8 ad 2; Supl. 69,3; y otros).

El Magisterio católico, al ponemos en guardia contra el espiritismo, jamás ha confirmado que éste tenga siempre orígenes diabólicos. La Iglesia permite las experiencias en este campo a condición de que sean efectuadas por personas competentes, (que tengan una sólida formación religiosa y moral, espíritu crítico, cierta cultura en el campo de la parapsicología y equilibrio psíquico). Las permite, con el único fin de buscar la verdad y tomando las precauciones necesarias (a saber: el médium debe de haber demostrado su rectitud moral y no haber actuado, jamás, con fines lucrativos o en busca de la fama).

Con estas prescripciones el Magisterio se une a la opinión predominante entre los expertos, para quienes los fenómenos mediúmnicos, con frecuencia, son de origen infraterrestre (el inconsciente de los participantes en la sesión o el engaño del médium). No obstante, no excluye que, en ciertos casos, sean realmente los propios difuntos quienes se manifiesten.

Razonablemente, podemos creer que el presunto difunto que se comunica es, realmente, quien afirma ser si hay -únicamente- indicios suficientes para pensar que tal comunicación es voluntad de Dios y realizada en comunión con El. En estos casos, nosotros, creyentes, sabemos que:

a) El difunto no negará los puntos esenciales del Evangelio ni las enseñanzas de la Iglesia.

b) Incluso, a veces, confirmará algunos de los mismos y los profundizará.

c) Su intervención tendrá efectos positivos desde el punto de vista moral y religioso (reafirmación de la fe, paz y serenidad reencontradas, plegaria, perdón, reconciliación, etc...)

Cuando todas estas condiciones se cumplen, se pecaría de exceso de rigor metodológico si se exigieran, para creer en la autenticidad de las comunicaciones, pruebas científicas, es decir, pruebas que excluyeran de forma absoluta cualquier posibilidad de error, incluso mínimo, y que constituyeran una certidumbre matemático-física. Esta posición podría hacer fracasar cualquier investigación, tanto en el campo de la parapsicología como en todas las demás disciplinas no concernientes, exclusivamente, a los fenómenos físico-químicos.

De hecho, los propios científicos creen en otras personas, en acontecimientos y toman decisiones importantes o incluso vitales, basándose, simplemente, en certidumbres morales bien meditadas (las relaciones humanas, los hechos históricos y los testimonios relativos, los procesos judiciales, los valores humanos que no proporcionan certidumbres científicas). Y, como de hecho sucede en muchas ocasiones, un científico creyente puede, lógicamente, creer en las apariciones de

Lourdes, Fátima, etc. sin que existan hechos científicos que las prueben y teniendo sólo certezas morales, lo cual sucede con frecuencia. Incluso las apariciones narradas en los Hechos de los Apóstoles, los milagros de Jesús, las profecías verificadas y las apariciones del Resucitado, que los Evangelios y la Iglesia han considerado siempre actos de fe, no pueden ser comprobados científicamente. Se basan en certidumbres morales extremadamente bien fundadas. La intuición personal lleva a la certeza absoluta de la fe gracias a la iluminación divina.

Resumiendo:- las numerosas y significativas influencias positivas conseguidas por «El más allá existe» en las conciencias, demuestran que el hombre de hoy precisa de signos externos y hechos objetivos para reforzar una fe que, actualmente, tiene dificultades para afirmarse y el deber que, nosotros creyentes, tenemos de estudiar este importante caso, al igual que el amplio y complejo campo de lo paranormal. Debemos poner fin al desinterés y a la indiferencia que, en el siglo pasado y bajo la influencia del positivismo predominante, caracterizaron gran parte de la cultura católica».

E L porque de este libro

Creo que es mi deber empezar exponiendo las extraordinarias razones que me han llevado a escribir este libro y a titularlo como lo he hecho.

Declaro que, habiendo sido siempre católico de convicción, jamás he puesto en duda la existencia del más allá, verdad que constituye una de las bases de mi fe y de todas las religiones que no son simples sistemas filosóficos.

No obstante, nunca había pensado que esta verdad pudiera ser confirmada por los hechos.

Como católico siempre he creído en el dogma de la Comunión de los Santos, es decir, en la posibilidad de que la Iglesia militante, o sea, nosotros los que vivimos en la tierra, pudiese comunicarse con la Iglesia purgante y la Iglesia triunfante, a saber: con las almas de nuestros difuntos. Por ello, siempre he rezado por las almas de mis queridos traspasados, pidiéndoles a ellos y a los santos, que forman parte de la Iglesia triunfante, ayuda para mis necesidades materiales y espirituales y para las de mis familiares. Pero a pesar de tener este convencimiento, nunca imaginé poder o tener que dar pruebas que confirmaran esta verdad dogmática.

Debo añadir que, por mi parte, nunca me habían interesado los problemas de la parapsicología, término que ni siquiera conocía. Dada la mentalidad positivista derivada de mis estudios clásicos, de mi actividad profesional y del rigor religioso en el que fui educado, consideraba que lo poco que había oido hablar referente a fenómenos mediúmnicos, mágicos, espiritistas, etc... era fruto de engaños, artificios, exaltaciones o incluso de intervenciones diabólicas.

Jamás en mi vida habría podido pensar en la posibilidad de escribir y publicar una obra como esta. Si alguien me lo hubiera predicho, le habría desmentido categóricamente.

No obstante, si lo he hecho es porque he sido y soy testigo de una amplia serie de hechos excepcionales que han borrado todas mis dudas y reticencias, llevándome a iniciar un camino que nunca habría pensado recorrer.

Si anticipo que me han empujado a hacerlo los mensajes recibidos de mi hijo muerto, el lector estará en su derecho de pensar -en un primer momento- que el dolor me ha hecho perder la razón. Como mínimo, lo pensarán todos aquellos cuyas ideas sean parecidas a las que yo tenía en un principio. Sin embargo, estoy seguro de que estas personas, tras saber cuales han sido mis experiencias -que además hallan confirmación en muchos hechos científicamente aceptados ocurridos en el pasado y en el presente y que seguramente se verificarán también en el futuro- y si han leído mi libro con espíritu abierto, sereno y sin prejuicios, valorarán de forma muy distinta los hechos de los que he sido testigo.

La desaparición de mi hijo

Todo comenzó cuando, en junio de 1981, un hecho terrible le sucedió a mi familia.

Andrea, el más joven de mis seis hijos, un muchacho ejemplar desde cualquier punto de vista, que estaba graduándose en derecho, me comunicó que antes de presentarse a su último examen, cansado por el intenso trabajo realizado en los últimos tiempos, deseaba tomarse unos días de descanso. Me dijo que se iría por la mañana temprano en su coche, un viejo Dyane 6 de segunda mano, que había comprado hacía ya algunos años con sus ahorros, conseguidos gracias a su actividad de jugador de balonvolea de la serie A nacional. Me explicó que no tenía una meta precisa. Que quizás fuera a bañarse a Lignano o a ver los bronces de Riace en Florencia, expuestos por aquellas fechas. Me comentó, también, que en caso de ir a Florencia haría una parte del trayecto en coche y la otra en tren. Lo cual era lógico, ya que su automóvil era muy viejo y no se prestaba a la realización de trayectos largos. Además, tampoco le gustaba hacer este tipo de viajes en coche.

Se marchó el martes 9 de junio de 1981, hacia las 10 horas de la mañana, diciéndome que volvería el sábado o el domingo 14 de junio a más tardar. A la mañana siguiente telefoneó, a eso de las 10 horas, para saludar a su madre, cosa que hacía siempre que se encontraba fuera de casa a causa de sus actividades deportivas, o en el caso, raro, de salir de vacaciones con los amigos.

Desde aquel momento no volvimos a tener ninguna noticia suya.

Sólo pudimos averiguar que había dormido en el Hotel Astoria de Turín, el portero del cual lo recordaba muy bien a causa de su estatura, seriedad y educación. Había pagado la cuenta y se había ido por la mañana poco antes de las 10 horas. Inmediatamente después, había llamado a Trieste a un amigo suyo, a fin de decirle que se había ausentado por algunos días y no había podido hablar con su hermano, como le había prometido, para pedirle cierta información. Además, le confirmó que estaría de vuelta el sábado o, como muy tarde, el domingo siguiente.

Es fácil imaginar el estado de preocupación y angustia en que caímos mi familia y yo al no verlo regresar en la fecha fijada y por la total falta de noticias de los días siguientes. Por otra parte, el 21 de junio debía de haberse presentado a su último examen -derecho administrativo-, para el cual se había preparado muy bien según su costumbre y tal como me lo confirmaron sus compañeros de curso.

Búsqueda desesperada

A partir del lunes 15 de junio inicié, de inmediato, todas las indagaciones posibles. Dado su carácter, su cariño a la familia, su seriedad, comprendí que algo trágico le había impedido regresar.

Averigué que se había llevado aproximadamente unos tres millones de liras. Las había retirado de su cuenta de ahorros, para la posible compra de un coche de segunda mano en Turín. No había hablado de ello antes de irse, o bien porque de haberlo comprado -lo cual era muy improbable- lo habría hecho con sus propios ahorros, o bien debido a que era una persona muy reservada e independiente. Ya se había comportado de esta forma cuando compró su primer coche.

Pude también comprobar que había dejado en su libreta de ahorros más dinero del que había sacado.

Encontramos su Dyane 6 abandonado en la ciudad de Mestre, al lado de la estación, donde, como pude verificar, había sido aparcado el 9 de junio, el mismo día que salió de Trieste y de donde no se había movido para nada hasta que yo di con él.

En un primer momento, negándonos a aceptar la idea de la muerte, que parecía la más lógica, agotamos todas las posibilidades, aunque nos ofrecieran sólo una mínima probabilidad o fuesen totalmente absurdas dado el carácter y el temperamento de mi hijo. Indagamos en Italia, en Europa y fuera de Europa, en todos los ambientes posibles e imaginables, con resultados totalmente negativos. Por el contrario, hallamos pruebas que confirmaban su asesinato por robo, debido a que llevaba dinero en efectivo para la posible compra de un coche de ocasión.

Durante esta desesperada búsqueda tuve ocasión de conocer a un sacerdote, un carmelita descalzo, que me habló de parapsicología, campo que, como ya he mencionado, desconocía y hacia el cual tenía fuertes reticencias. Superados, gracias a este sacerdote, mis escrúpulos religiosos, me informé a través de destacados estudiosos de la materia, dándome cuenta de su seriedad y de sus límites. Tuve algunas experiencias interesantes y leí algunas obras que me permitieron centrar un poco el tema.

Conocí también a un franciscano que vive en un convento de una ciudad del Piamonte y que se dedica a la investigación parapsicológica, quien, generosamente, intentó hallar el cuerpo de mi hijo por medios paranormales, sin el menor éxito.

Estaba perdiendo la esperanza de tener noticias suyas a través de este medio, cuando un día me visitó una nueva cliente, totalmente desconocida para mí, para un asunto de poca importancia. Dicha señora, al corriente de la desaparición de mi hijo, me sugirió que recurriera a una médium que ella conocía. Decliné su invitación, pero insistió, diciéndome que se trataba de una persona con dotes especiales, que no lo hacía por dinero y que, además, no quería que se supiera, en absoluto, que tenía tales dotes. Me refirió que cuando dicha persona descubrió lo que podía hacer se había asustado y suspendido toda actividad. Mi cliente pensaba, sin embargo, que ante mi caso estaría dispuesta a probarlo de nuevo. Acepté, un poco por no dejar escapar ninguna posibilidad de encontrar a mi hijo y otro poco por no dar la impresión de ser insensible ante la insistencia de mi cliente.

Desde mi propio despacho telefoneó a la médium -que a partir de este momento llamaré Sra.Anita-, encontrándola en casa. Le explicó mi caso, que su interlocutora desconocía, y le rogó que aceptara ponerse en contacto conmigo. De entrada, la Sra.Anita se negó. Entonces, mi cliente me pasó el teléfono para que se lo pidiera yo directamente. Evidentemente, mis palabras debieron de ser convincentes porque la Sra.Anita aceptó. Dijo, únicamente, que como sentía algo de miedo de las posibilidades que como médium se había descubierto, bajo ningún concepto quería que el encuentro tuviera lugar en su domicilio. Quedamos, pues, que vendría a mi casa.

Debo señalar que esta iniciativa mía encontró la oposición de mi esposa, que era contraria a este tipo de experiencias y que incluso habría preferido no estar en casa, aunque aceptó quedarse por mera educación.

El sistema utilizado por la Sra.Anita es el siguiente:

Sin el más mínimo aparato o puesta en escena, con la mayor simplicidad, en cualquier condición de iluminación y en cualquier ambiente, abre la mano izquierda y la pone perpendicularmente sobre una hoja de papel, un poco elevada con respecto a la misma. Apoya, también perpendicularmente, el rotulador o cualquier lápiz (una vez utilizó una barra de labios) a su mano. El rotulador, en lugar de resbalar como le sucedería a cualquier persona, se adhiere a su mano y la Sra.Anita afirma percibir una especie de latido.

Pregunta mentalmente a su propio padre, difunto hace muchos años, si la asiste. Una vez obtenida respuesta afirmativa pasa a hacer la pregunta correspondiente.

La Sra.Anita no es zurda, pero utiliza exclusivamente la mano izquierda cuando desarrolla su actividad de médium. El rotulador, al dar la respuesta, no escribe de izquierda a derecha, sino de arriba a abajo. A veces, procede con lentitud al escribir las respuestas, otras lo hace rápidamente, tanto, que la Sra.Anita tiene dificultades para seguirlo con la mano. En ocasiones, el rotulador, improvisadamente y antes de seguir escribiendo, obliga a la mano a alejarse de la línea de escritura y se pone a dibujar, dejando a todos los presentes boquiabiertos. El resultado: una pequeña ilustración que sirve para aclarar mejor la respuesta o proporcionar ulteriores detalles.

Mientras el rotulador escribe la Sra.Anita está incluso distraída: fuma, mira la televisión, conversa con los presentes sobre temas diversos...

Cuando recibe las respuestas desconoce siempre su contenido, ya sea porque están escritas de arriba a abajo, ya sea porque, generalmente, se distrae. Sólo al terminar y girar la hoja es posible leer la respuesta de izquierda a derecha.

Además, la Sra.Anita puede escribir de esta forma en cualquier momento. Por ejemplo, lo ha hecho varias veces en la recepción de un hotel, en el coche y en muchos otros sitios, tanto en interiores como al aire libre.

Se niega a aceptar ningún tipo de compensación por esta actividad. No quiere, bajo ningún concepto, que se sepa lo que hace, ya que desea evitar cualquier publicidad y el descrédito que teme podría derivarse de una actividad considerada de lo más extraña.

La Sra.Anita está muy perpleja de los resultados que obtiene y abierta a todas las interpretaciones posibles.

Los datos y resultados obtenidos conmigo despertaron en ella, lógicamente, un cierto interés hacia el fenómeno, pero nada más.

Es ama de casa y su cultura se limita a la enseñanza primaria. No obstante, es indudablemente una persona inteligente, que lee generalmente los periódicos como hacen las señoras de su edad y condición. No sigue publicaciones relacionadas con la parapsicología y nunca ha leído un libro sobre el tema. Como máximo, algún artículo en alguna revista o alguna retransmisión televisiva ocasional. En una palabra, no es una adepta al tema.

Explico todo esto para encuadrar al sujeto. Cualquiera que esté familiarizado con la materia podrá apreciar el valor positivo de la situación.

Se inician los diálogos con mi hijo

Ya en el primer encuentro, la Sra.Anita, tras la ritual pregunta a su padre para saber si la asistía, preguntó si mi hijo Andrea estaba en el más allá y dispuesto a responder. La respuesta fue positiva. Empezamos entonces a preguntar sobre la causa y forma de

su muerte. Recibimos respuestas muy sorprendentes, por la precisión de datos aportados, que sacaron claramente los hechos a la luz de forma tan persuasiva que todos los puntos oscuros se aclararon.

Desde el primer encuentro tuve la precaución, ya fuese por deformación profesional o por inspiración, de establecer regularmente unas actas en las que indicaba, además de la fecha y el nombre de los asistentes, las preguntas exactas y las respuestas dadas por el rotulador, adjuntando una copia del original de ambas.

Con mucha frecuencia, por comodidad, usé el sistema de escribir las preguntas de forma que las respuestas pudiesen ser escritas a continuación.

Especialmente en los últimos tiempos, ya que dicha señora se mudó a una localidad de la periferia de Trieste, me acostumbré a mandarle las preguntas por correo o dictárselas por teléfono. Ella obtenía las respuestas en mi ausencia, casi siempre al día siguiente de recibir la pregunta y me las remitía. De esta forma se evitaba cualquier posible sospecha de que mi presencia pudiese influenciar de alguna forma la respuesta. Conservo toda la documentación, todos los originales con las preguntas y las respuestas recibidas mediante el rotulador. Además, durante un año, lo recopilé todo, por riguroso orden, en un libro-diario, en el que además anotaba todos los hechos que tenían relación con la búsqueda de mi hijo.

Todo puede ser comprobado, como garantía absoluta de autenticidad de cuanto escribo.

Más aún, a partir de la primera comunicación tuve la idea, que ahora considero afortunada, de mandar copia de todo, incluyendo fotocopia de los originales, a algunos familiares y amigos interesados. Entre aquellos que las han recibido desde el primer día y que las conservan figuran un sacerdote, un abogado, un general, un directorio de empresa y, lógicamente, la Sra.Anita. Esto constituye una garantía suplementaria de que cuanto refiero a continuación corresponde exactamente a las preguntas efectuadas y a las respuestas dadas por el rotulador.

La intervención de Gigi Rosani

Algunos días después del primer encuentro con la Sra.Anita tuvimos otra sorpresa. Transcribo íntegramente el acta, ya que el hecho tiene un significado especial y confirma el carácter excepcional y extraordinario de estos mensajes.

Había planteado a Andrea una pregunta relativa a su estancia en Turín, a la que ya se había referido en el primer contacto. La respuesta fue: «Perdona. Gigi Rosani quiere saludar a María, Rosanna, Franco, Gianni, Mario. Es un alma recién llegada».

Yo pregunté entonces: «¿A quién debemos dar este mensaje?».

Respuesta: «A mi mujer y a mis hijos».

La Sra.Anita, inquirió: «¿Quién habla ahora?. ¿Gigi?».

Respuesta: «Sí».

Ninguno de nosotros conocía a un Gigi o Luigi Rosani. Impresionados por la respuesta, consultamos la guía telefónica. Había varios Rosani, pero ninguno se llamaba Luigi. Mi hija, presente en el encuentro junto con mi mujer, había tenido un compañero de escuela apellidado Rosani, muerto hacía años, pero se llamaba Paolo.

Preguntó entonces: «¿La mujer y los hijos viven en Trieste?».

Respuesta: «Sí».

Yo pregunto: «¿Dónde?».

Respuesta: «Soy Andrea. Esta alma ha hecho un enorme esfuerzo para dar esta pequeña señal. Ha muerto hace pocos días».

Yo insisto: «Andrea, ¿qué debemos hacer para encontrar a las personas a quienes hay que dar el mensaje?».

Respuesta: «Mira el periódico de hoy».

Mi mujer coge el periódico «Il Piccolo» de aquel día, que teníamos en casa, y halla la esquina mortuoria de Luigi (Gigi) Rosani. Son María, la esposa, y los hijos Mario, Gianni, Franco y Rosanna quienes anuncian el fallecimiento. Nos quedamos muy asombrados: ninguno de nosotros había leído aún el periódico. La Sra. Anita no lo había comprado ni visto. No conocíamos a Gigi Rosani ni a nadie de su familia.

Contactando con el hospital pude encontrar a la familia de Gigi Rosani y supe que se trataba de un muy buen católico que incluso en su juventud había tenido cierta vocación sacerdotal.

Más adelante, también obtuvimos respuestas verdaderamente impresionantes acerca de hechos que era absolutamente imposible conocerla la Sra. Anita o alguno de los presentes y que resultaron rigurosamente ciertos. Citaré alguno a continuación, mientras otros aparecerán más adelante en el capítulo «Documentos»

La mancha en «Il Giornale»

Narró a continuación otro hecho sorprendente que sucedió como sigue: Mi mujer y yo nos encontrábamos en el comedor después de cenar. Yo estaba en la mesa despachando trabajo profesional, mientras mi esposa, sentada en un sillón frente a mí, hacía punto y miraba un poco la televisión. Por la mañana, había hojeado «Il Giornale nuovo» de principio a fin. Aquella noche, después de la cena y en el sillón, lo había hecho de nuevo, dejándolo, al terminar, en el sofá. Lo volvió a coger para mirar las cartas al director de la última página, colocándolo de nuevo en el mismo sitio. Hacia las 23h., cuando ya íbamos a acostarnos, lo cogió otra vez. Apenas acababa de abrirlo, cuando vio una gran mancha roja en la última página, la de las cartas al director. Se extendía de la parte externa hacia el centro en forma de semicírculo. Tenía un diámetro de unos 4 cm. y aparecía en las dos mitades del periódico que había estado doblado sobre sí mismo. En las páginas interiores, manchadas por contacto, disminuía paulatinamente de tamaño a medida que las íbamos pasando

La mancha tenía la apariencia y el color de la sangre fresca, pero al tacto estaba completamente seca.

Han transcurrido años (esto sucedió el 21 de junio del 83) y la mancha se ha conservado exactamente igual: su color sigue pareciendo siempre fresco, el papel no se ha ondulado y el tacto es el mismo del primer día.

Maravilladísima, mi mujer reclamó mi atención sobre aquel hecho inexplicable. Juntos hicimos todas las comprobaciones posibles, buscando alguna causa natural a la extraña mancha: quizás una herida en las manos de mi esposa, un rotulador dejado allí inadvertidamente... Nada. Absolutamente nada.

Dejamos el periódico aparte y lo fuimos controlando en los días siguientes. Siempre aparecía igual, siempre la misma mancha con aquel color rojo vivo de sangre fresca.

Aproximadamente una semana después nos reunimos de nuevo con la Sra. Anita y aproveché la ocasión para hacer a mi hijo la siguiente pregunta: «El martes 21 de junio, por la noche, encontramos inesperadamente en «Il Giornale nuovo» una mancha roja. ¿Estás al corriente de ello? En caso afirmativo, ¿de dónde procede?».

Respuesta: «No es auténtica sangre. Es una señal dejada por mí».

Yo pregunté de nuevo: «Para documentar esta extraordinaria señal ¿debemos someter la mancha roja a examen? y, en caso afirmativo, ¿qué debemos decir?».

Respuesta: «Nada. Es una señal entre nosotros».

Carácter extraordinario de los diálogos

He querido citar estos dos episodios porque me parecen especialmente significativos. Debo señalar que todos los diálogos habidos en casi dos años con mi hijo son extraordinarios y están llenos de hechos que impresionan fuertemente.

Quien tenga la paciencia de leer estos diálogos (Actas de los diálogos en el apartado «Documentos»), podrá apreciar el carácter extraordinario de su contenido, las coincidencias inexplicables, la concisión en las respuestas, la correcta expresión típica del tipo de preparación y mentalidad de mi hijo, un muchacho culto y a punto de doctorarse en derecho.

Indiscutiblemente, la Sra. Anita, que habla siempre en el dialecto de Trieste y únicamente en él, es totalmente incapaz de utilizar conceptos tan cualificados y profundos.

Quiero también llamar la atención sobre la diferencia entre mis preguntas, con frecuencia elucubradas, largas y complejas - a pesar de haber sido estudiadas y preparadas - y las respuestas que recibía casi siempre de inmediato, más concisas, eficaces y en perfecta consonancia con las interrogaciones.

La «Misión» de mi hijo

El hecho fundamental que ha caracterizado y caracteriza estos contactos con mi hijo es el siguiente: En cierto momento, tras habernos informado de las condiciones de privilegio en las que él se encontraba en el más allá, por las funciones que tenía y la posibilidad de comunicarse con nosotros, Andrea nos dijo que había nacido y muerto para llevar a cabo una determinada misión, a saber: proporcionar la prueba de la existencia del más allá, a fin de que muchas personas pudieran creer más en Dios y respetar Su ley. Es inútil decir que este mensaje nos emocionó y afectó muchísimo.

En un primer momento, en el terrible estado de ánimo en el que nos encontrábamos por la muerte de nuestro hijo y en nuestro grandísimo y angustioso deseo de recuperar su cuerpo, pensamos, ante todo, que la prueba de la autenticidad de los mensajes nos llegaría a través de indicaciones que nos permitieran alcanzar este objetivo. Pero las cosas sucedieron de forma muy distinta a como nosotros esperábamos. Los primeros mensajes que recibimos de Andrea parecían ser conformes a nuestras expectativas, a pesar de que en uno de ellos, en un momento en el que nos hallábamos en dificultades para recuperar su cuerpo, nos había amonestado diciendo: «Sé que todo esto es difícil y penoso. Pero pensad en lo que hemos aprendido sobre la vida y la muerte de nuestro Dios. Todo esto en comparación no es nada. Lo sé, no es un consuelo, pero las cosas grandes y bellas casi siempre son difíciles de alcanzar».

En otra ocasión, ante la perspectiva de que se recuperase su cuerpo y el problema de contarla todo, eventualmente, a la prensa, nos contestó: «La divulgación de esta maravillosa noticia es sin duda útil, pero debe hacerse al modo divino a fin de que todos los escépticos vuelvan a creer y puedan entender».

Habiéndole preguntado yo que quería decir con la expresión: «al modo divino», él respondió: «No divulgarlo de modo publicitario».

La búsqueda del cuerpo

La búsqueda del cuerpo de Andrea, que en aquellos primeros días, como ya he dicho, constituía nuestra principal aspiración, se desarrolló de la siguiente forma: A través de las respuestas habidas por la Sra. Anita supimos que el cuerpo de Andrea se encontraba en Turín, en la zona del Parque Valentino, bajo tierra y

junto al agua que corría sobre él.

Mi mujer y yo decidimos entonces ir allí con la Sra.Anita. No obstante, antes de partir supimos que cuatro radioestesistas de Milán, informados de nuestro caso por una de sus amistades, habían también localizado, en el Parque Valentino de Turín, el lugar donde se encontraba el cuerpo de Andrea.

Nos pusimos en contacto telefónico con ellos y quedamos de acuerdo para encontrarnos. Decidimos que mi esposa y yo nos reuniríamos con ellos en Milán a primeras horas de la mañana, para seguir, con tres de ellos, hasta Turín en coche. La Sra.Anita y su marido se reunirían con nosotros por la tarde a primera hora. Y así lo hicimos.

Ni los milaneses ni la Sra.Anita habían estado nunca en Turín.

Durante el viaje de Milán a Turín, los radioestesistas nos contaron que los tres -más un cuarto que se había quedado en Milán-, y de forma completamente independiente el uno del otro, habían localizado el lugar donde estaba sepultado el cuerpo de Andrea, en el Po, delante del Borgo Medie vale del Parque Valentino. Aparcamos el coche al lado del Corso Sclopis.

Una vez en el parque, uno de los radioestesistas, el señor U.M., se paró, indicando el punto donde sus percepciones le señalaban la presencia del cuerpo de mi hijo. Los otros dos, que habían partido de posiciones distintas, llegaron a la misma conclusión: el cuerpo de Andrea estaba en el agua, frente al dique, junto a un arbolito que nacía de las raíces de un gran árbol vecino.

Por la tarde se nos unió la Sra.Anita. Naturalmente, nada le dije del punto señalado por los radioestesistas y empezamos la búsqueda por la parte opuesta, es decir, la del Corso Vittorio.

Preguntamos a Andrea si su cuerpo estaba allí y nos dirigió hacia el dique del Po, sugiriéndonos que girásemos a la derecha hacia el Borgo Medieval. De vez en cuando, nos parábamos para preguntar si ya habíamos llegado al lugar buscado. La respuesta era siempre: «Más adelante».

Así, alcanzamos el punto señalado por los milaneses y lo sobrepasamos ligeramente. De repente, Andrea nos indicó: «Medio metro a la izquierda». De esta forma, llegamos exactamente al mismo punto señalado previamente por el Sr. U.M.

Para una mejor verificación hicimos una última prueba: Abrimos un plano topográfico de Turín y lo pusimos delante de la Sra.Anita, sin darle la menor posibilidad de averiguar donde nos encontrábamos. Ella colocó el rotulador en un punto cualquiera y pidió a Andrea que le indicase donde estaba su cuerpo.

El rotulador se movió, recorriendo un largo trayecto, para detenerse exactamente en el lugar donde nos encontrábamos, es decir, en el sitio previamente determinado.

Por la noche los radioestesistas regresaron a Milán.

La señal del capuchón

Al día siguiente, mi mujer, la Sra.Anita y yo, quisimos hacer, solos, una última prueba a modo de comprobación, con el fin de estar seguros de que la presencia de los radioestesistas no había influido en la búsqueda.

Así pues, tomamos la salida desde un punto del parque distinto y anduvimos un poco. Después, pedimos a Andrea que nos indicara el sitio donde estaba sepultado. El rotulador escribió: «Os dejé una señal. Hice caer el capuchón de la pluma».

Impresionados por la respuesta, recordamos que el día anterior, cuando terminamos de hacer las preguntas frente al árbol donde había sido determinada la presencia del cuerpo de Andrea, uno de los radioestesistas había recomendado a la Sra.Anita que tapase el rotulador para que no se le secara. La Sra.Anita hizo la acción de coger el capuchón de la parte posterior del mismo, donde lo colocaba siempre mientras escribía, pero no lo encontró. Tampoco estaba en su bolso. Pensamos que lo había perdido. En el estado emocional en que nos sentíamos no dimos ninguna importancia al hecho y volvimos al bar.

Rememorando lo ocurrido, la Sra.Anita recordó perfectamente que cuando nos detuvimos la vez precedente, antes de llegar al árbol y en una plazoleta bajo el castillo medieval en la que hay un Crucifijo, había colocado el capuchón en el rotulador. En consecuencia, sólo podía haberse caído cuando lo había vuelto a sacar de la bolsa delante del árbol.

Preguntó entonces a Andrea si confirmaba que el capuchón de la pluma se había caído delante del árbol. La respuesta fue: «Sí».

Otras comprobaciones

Poco después, quisimos hacer aún una última comprobación.

Debo señalar que, en el segundo encuentro con la Sra.Anita, habíamos preguntado a nuestro hijo donde se encontraba su cuerpo y nos había contestado: «Cuarto árbol después del quiosco que se encuentra en medio del parque más grande de Tarín».

Por ello, cuando una vez en Turín nos encontramos frente al quiosco, le pregunté si era aquel al que se había referido en la respuesta que nos fue dada en Trieste. A su contestación afirmativa, yo pregunté cual era el cuarto árbol que nos había mencionado.

La respuesta fue: «A lo largo del Po. Coloca la pluma sobre el quiosco, un poco más abajo».

Habíamos olvidado el plano de Turín en el hotel, pero disponíamos de un croquis del Parque Valentino, que nos había remitido hacía pocos días un amigo, en el que estaba reproducida la zona donde nos encontrábamos, incluido el quiosco al que Andrea se había referido con anterioridad. El croquis no llegaba, sin embargo, hasta la zona del arbolito, situado un poco más arriba del restaurante San Giorgio, sino únicamente hasta el edificio de la Facultad de Arquitectura que está un poco más abajo del citado restaurante.

La Sra.Anita colocó el rotulador entre el quiosco y el Po, éste se deslizó hasta llegar al dique, sin dejar de seguirlo ascendió hasta el extremo del croquis, es decir, hasta la altura de la Facultad de Arquitectura, prosiguió fuera del mismo, dibujó cuatro grandes árboles e inmediatamente después del cuarto árbol un cuerpo humano estirado.

Hicimos, inmediatamente, las debidas comprobaciones sobre el lugar.

Efectivamente, desde el lugar donde nos encontrábamos y siguiendo el curso del Po hay únicamente cuatro árboles grandes. Junto al cuarto, que es especialmente espectacular, nace, de sus raíces y a nivel del dique, el arbolito ya indicado varias veces como el sitio donde se hallaría el cuerpo de Andrea.

Allí, juntos, buscamos el capuchón en el punto exacto en el que el día anterior se encontraba la Sra.Anita en el momento de hacer las preguntas, es decir, en la orilla del dique que desciende casi perpendicularmente hacia el agua. No lo encontramos. Preguntamos pues a Andrea: «¿Por qué no está?».

Respuesta: «Allí en el agua. Deberíais haberlo visto cuando se cayó. Allí estoy yo».

Los hechos expuestos hasta aquí eran indudablemente sorprendentes. No obstante, yo, un tanto por el escepticismo que siempre he sentido ante tales fenómenos y otro tanto por mi mentalidad profesional que exige siempre hechos concretos, no me decidía a hacer público el tema y a interesar a las autoridades para obtener aquellos medios de búsqueda que sólo están a su disposición.

En consecuencia, decidí regresar al lugar con un buceador privado, para hacer las investigaciones oportunas.

Debo añadir que hubo también un sacerdote que, declarando actuar bajo secreto de confesión, me sugirió que buscara el cuerpo de mi hijo exactamente en el lugar indicado por la Sra.Anita y los radioestesistas milaneses.

La búsqueda en el Po

Antes de tomar cualquier otro tipo de iniciativa, quise esperar a tener los resultados del sondeo preliminar hecho por el buceador privado. Quería averiguar si la situación bajo el agua correspondía a la descripción hecha por mi hijo y si se prestaba a que pudiera encallarse un cuerpo de las dimensiones del suyo. Lógicamente, en el caso de encontrar algo tangible, recurriría de inmediato a las autoridades.

Estábamos a finales del mes de marzo. El Po se encontraba en plena crecida y la corriente era muy fuerte. Por razones de seguridad, el buceador pidió ser asistido por un colega. Por fin, ambos iniciaron la inmersión.

Las aguas bajaban como un río de barro, lo cual impedía a los buceadores ver nada incluso a unos pocos centímetros de distancia. La corriente limitaba sus movimientos. Con una mano, debían sujetarse fuertemente a una cuerda instalada con el fin de no ser arrastrados. Con la otra mano, cubierta por un grueso guante, es decir, con escasas posibilidades de descubrir algo a través del tacto, intentaron sondear un poco, actuando con suma prudencia ya que no veían lo que tocaban.

Esta inspección, sin embargo, puso de manifiesto que el estado del dique bajo el nivel del agua y la cuenca del río en aquel lugar correspondían exactamente a las precisiones dadas por mi hijo: revelaron la existencia de una gran masa fangosa, raíces y mucho cieno en el fondo (más de un metro, como pudimos comprobar más adelante).

Descubrieron también que la corriente del río, a partir del puente Isabella que se encuentra un poco más arriba, tomaba una dirección ligeramente oblicua que tendía a arrastrar los materiales sólidos hacia aquel lugar, para después seguir discurriendo hacia el valle.

También pudimos constatar que era la única parte del dique bordeada por árboles. El resto estaba formado por construcciones de hormigón o de otro tipo, lo cual hacía que fuera perfectamente factible la hipótesis de que las grandes raíces de tales árboles pudieran retener un cuerpo.

Mi hijo nos había indicado que su cuerpo se hallaba encallado en las raíces de un gran árbol y sumergido en el barro.

Personas que conocían bien la zona nos informaron de que en aquel punto habían sido encontrados con anterioridad cadáveres arrastrados hasta allí por la corriente.

Otros hechos dignos de ser mencionados, y que dan que meditar, sucedieron mientras los buceadores investigaban.

Mientras éstos se encontraban en el agua, la Sra. Anita y yo estábamos en el coche aparcado en la calle. Desde allí era totalmente imposible ver la orilla del río y menos aún a los buceadores en el agua. En un determinado momento, por propia iniciativa y sin que hubiéramos formulado ninguna pregunta, el rotulador escribió: «No deben dejarme. Estaban junto a mí. Papá ayúdame».

Salí del coche y fui a observar el dique. Uno de los buceadores se encontraba ya fuera del agua y el otro estaba saliendo del río unos 15 metros más arriba, en una zona a la que la Sra. Anita y yo, estando en el coche, dábamos la espalda y de la que no teníamos ninguna visibilidad.

Hablando con los buceadores, supimos que antes de salir del agua se encontraban en el punto indicado, es decir, exactamente donde Andrea nos había señalado, a mí y a la Sra. Anita, que estaba.

Comprendimos que haría falta un nuevo intento más eficaz, cuando el caudal del río fuera menor y menor también la fuerza de la corriente y cuando las aguas estuvieran más limpias y transparentes.

Así pues, encargué a un amigo que me tuviera al corriente de las condiciones del río.

Durante la segunda quincena de Abril pareció que la situación había mejorado y decidimos volver a Turín, aprovechando la festividad del primero de Mayo, con los radioestesistas milaneses y dos amigos suyos buceadores.

Desgraciadamente, unos días antes cayeron fuertes lluvias, especialmente en la montaña, con lo cual la situación, en lugar de mejorar, empeoró. Mi amigo me informó telefónicamente. No obstante, fuimos igualmente. Lo temamos todo preparado y estábamos impacientes. En Turín encontramos el río en las mismas condiciones que en marzo, o peores. No nos quedó más remedio que regresar y dejar el intento para mejor ocasión, cuando el río bajara con menos caudal.

Entretanto tomé una iniciativa un tanto insólita.

Fotografías de rayos infrarrojos y ultrasonidos.

Un cliente mío, A.C., técnico apasionado por los fenómenos eléctricos y que ha patentado varios inventos interesantes, estando al corriente de mis problemas me expuso la posibilidad de fotografiar el eventual cuerpo sumergido en el cieno del río utilizando una película de rayos infrarrojos.

Le encargué que fuera a Turín a realizar unas pruebas. En el momento de su partida de Trieste le entregué las películas que yo mismo había conseguido a través de la Kodak de Milán. En Turín, le esperaba un amigo mío residente en la ciudad que le acompañó al lugar y le ayudó a hacer las fotos. Los negativos fueron llevados inmediatamente a la Kodak de Cinisello Balsamo de Milán. Una vez reveladas, las fotografías fueron recogidas, algunos días después, por una persona de mi confianza que me las trajo a Turín, donde me había desplazado junto con mi esposa y la Sra. Anita.

Habían sido revelados dos rollos. Los examinamos de inmediato, constatando, con sorpresa, que en tres fotografías aparecía la forma de un cuerpo de las características del de mi hijo. Merece especial mención el hecho de que una de las fotos, tomada desde el dique, lo mostraba de lado, con la cabeza girada en la dirección opuesta, otra, hecha desde una barca mirando al dique, mostraba la cara dirigida hacia el fotógrafo y una tercera, realizada desde la barca situada cerca de la orilla, lo mostraba visto desde encima. En resumen, las tres fotografías, hechas desde tres ángulos distintos, se complementaban con toda exactitud.

Acto seguido, rogamos a Andrea, a través de la Sra. Anita, que nos señalase donde estaba su cuerpo en las fotografías.

Antes de seguir, debo precisar que en el primer examen, hecho con cierta agitación, en condiciones de luz nada favorables y en presencia de varias personas, una de las tres fotografías no nos reveló nada. Precisamente, la que nos muestra la cabeza de Andrea. Fue mi esposa quien, examinándolas con más calma poco después, advirtió la forma de la cabeza.

Así pues, sometimos a Andrea dos de las tres fotos, más una tercera en la que la presencia de un cuerpo podía ser, en cierto modo, sólo intuida.. La Sra. Anita colocó el rotulador fuera de la foto, en el margen blanco. El rotulador se movió inmediatamente hacia el interior, resigiendo sobre la fotografía, exactamente, el contorno del cuerpo.

En la segunda fotografía que le expusimos, el rotulador permaneció en el margen y escribió: «No».

En la tercera, el rotulador avanzó de nuevo hacia el interior resigiendo una vez más la forma de un cuerpo.

Quiero señalar que la delimitación del cuerpo fue hecha con extraordinaria exactitud. Posteriormente, intenté hacer lo mismo sobre otras copias y me resultó difícil hacerlo tan bien, viéndome obligado a destruir varias copias a causa del mal resultado obtenido. Debo también señalar, que el amigo que sacó las fotos localizó el sitio exacto utilizando un aparato de ultrasonidos de su invención. Es decir, que el cuerpo fue localizado exactamente en el mismo sitio por la Sra. Anita, por los radioestesistas y por la persona que hizo las fotografías.

¿Hallado el lastre?

Rogué a este amigo que me acompañara de nuevo a Turín, a fin de repetir el experimento con el aparato de ultrasonidos y establecer con precisión la ubicación del cuerpo. Las fotografías habían sido tomadas en un sector de aproximadamente diez metros a lo largo del dique del río y a dos o tres metros de la orilla, por lo que se hacía difícil averiguar desde donde había sido disparada, con exactitud, cada una de ellas.

Llegados al lugar, A.C. puso en funcionamiento su aparato de ultrasonidos, que indicó la presencia del cuerpo en el mismo sitio precedentemente señalado por la Sra. Anita y los radioestesistas, es decir, a una distancia de uno o dos metros del dique.

Dado que el nivel del río había descendido notablemente bajamos hasta el agua. Sin embargo, la capa de barro era muy profunda y uno se hundía más de un

metro en ella.

Cerca del dique, unos treinta metros más arriba del punto señalado como sepultura del cuerpo de mi hijo, encontramos un saco de plástico que contenía tierra y pesaba mucho, como si ésta hubiera sido mezclada con un material de un peso específico superior al suyo (hierro u otro tipo de metal). El saco, que pesaba más de diez kilos, estaba fuertemente anudado. Tenía unos cinco metros y medio de largo, estaba enroscado sobre sí mismo en forma de espiral y daba la impresión de haber estado enrollado alrededor de algo.

Decidimos interrogar a Andrea: «G. y C. han encontrado, una treintena de metros más arriba del segundo tronco (se trataba de un tronco pequeño situado cerca del arbolito mencionado con anterioridad), un saco de plástico que está ahora delante nuestro. Contiene tierra, con una prolongación de, aproximadamente, 5,5 metros. Creen que puede tratarse del lastre utilizado para hundir tu cuerpo que se hubiera desprendido. ¿Tiene realmente algo que ver contigo?».

Respuesta: «Me ataron a este saco y me tiraron al Po. Después quedé enganchado a unas ramas. Una noche de fuerte lluvia el saco fue separado del cuerpo que al quedar libre fue arrastrado por la corriente hasta el punto en que se encuentra ahora»

Todo encajaba. Aquel saco no podía haber tenido otro objeto que el descrito por Andrea.

Los hallazgos de los bomberos

Al llegar a este punto, creí tener elementos suficientes para dirigirme a las autoridades. Ya que, aún sin tomar en consideración los mensajes recibidos a través de la Sra. Anita o las indicaciones de los cuatro radioestesistas, existían datos objetivos como: las tres fotografías, los resultados obtenidos con el aparato de ultrasonidos (con todas las reservas posibles sobre un sistema todavía experimental) y el hallazgo del lastre.

Me dirigí a los bomberos con el ruego de que exploraran la zona. Por escrupulos, justifiqué la petición mostrando únicamente las tres fotografías. Los bomberos se presentaron con una barca y sondaron el fondo con arpones. Cuando llegaron al punto exacto, uno de los bomberos, al levantar el arpón del fondo del río, sintió cierta resistencia. No obstante, éste subió a la superficie vacío. Una segunda tentativa obtuvo el mismo resultado. Al tercer intento extrajo una pernera de pantalón, desgarrada a lo largo de la costura. Se apreciaban en ella los dos arponazos anteriores. Comprobamos su longitud: 116,5 cm. La mía tenía 112 cm. Yo mido 1,90 m. Mi hijo 1,96 m. La longitud de la pernera correspondía a la altura excepcional de un hombre como mi hijo.

Casi en el mismo momento, otro bombero extrajo del barro un calcetín que media 30 cm., exactamente lo mismo que los míos. Mi hijo y yo temamos la misma medida de pie, un 47, un número muy poco corriente. El calcetín era del tipo de los que solía utilizar Andrea.

En este punto, interrumpieron la búsqueda con la intención de continuar al día siguiente. Su torno de trabajo había concluido.

Inútil tentativa de desecar la zona

Vistos los resultados de la actuación de los bomberos me preocupé. No me parecía la utilización de arpones un medio idóneo para extraer un cuerpo del río sin dañarlo.

A la mañana siguiente, me dirigí a las autoridades competentes para que suspendieran aquel tipo de búsqueda. Solicité que, en base al éxito objetivo obtenido a través de las fotografías y los objetos hallados, fuese aislada y desecada una parte del dique de tres metros de amplitud a partir de la orilla, de forma que se pudiera examinar el terreno.

Superadas las dificultades burocráticas, mi propuesta fue aceptada. Había que aislar la zona con láminas de acero o construyendo un pequeño dique de arcilla. Se optó por la segunda solución. La obra fue encargada a una empresa de construcción civil del Piamonte. Se inició un lunes y concluyó el jueves siguiente por la tarde. Se desecó el recinto obtenido, de forma que el viernes por la mañana, junto con un equipo de amigos expertos, yo pudiera explorar el fondo.

Desgraciadamente, nos esperaba una desagradable sorpresa. En lugar de utilizar arcilla para su construcción se había usado grava y arena del río, a las que, una vez terminada la obra, se añadió una pequeña capa de arcilla en el flanco de la parte superior. Como consecuencia, el agua del río, empujada por la presión de la corriente, penetraba en el sector aislado en tal cantidad que incluso los bancos de peces entraban y salían del mismo. Estas filtraciones, que se iniciaron prácticamente de inmediato por la parte superior, la que recibía lógicamente mayor presión, aumentaron rápidamente y se hicieron patentes por todas partes. Incluso entraba en la zona aislada agua procedente de tierra firme. Hubo que instalar bombas de extracción suplementarias en el limitado espacio disponible, que por cierto se estropeaban continuamente quizás por el exceso de trabajo al que estaban sometidas. Esto provocaba que en el pequeño dique artificial el nivel del agua subiera y bajara continuamente. Lo cierto es que no se consiguió hacerlo descender de una determinada altura.

El domingo, y más aún el lunes, constatamos que el pequeño dique artificial, evidentemente presionado por la fuerza de la corriente del río no compensada por el nivel del agua del interior, quedaría pronto totalmente inundado.

Desastrosa utilización de una grúa

Llegados a este punto, recurrimos a un medio tan desesperado como desastroso. Instalamos una grúa, que desde el pequeño dique prefabricado debía sacar el barro del fondo del río y depositarlo en él.

Fue un gravísimo error, ya que la grúa sumergía su pala y penetraba perpendicularmente en el terreno, llegando a través del barro hasta la grava que conformaba el lecho del río. En consecuencia, en la operación de extracción, la grava quedaba en el fondo de la pala y el barro y el agua en la parte superior. Al salir a la superficie, la pala adquiría una posición oblicua, por lo cual el agua y el barro resbalaban cayendo de nuevo en la cuenca del Po. Al diquecillo llegaba únicamente la grava, que al tratarse del material que conformaba el lecho del río, sólido y permanente, excluía cualquier posibilidad de encontrar allí el cuerpo de mi hijo.

Por otra parte, entre una descarga y otra, sólo podíamos observar, de modo superficial y apresurado, el contenido del material descargado en el pequeño dique, en el que el cuerpo de Andrea no podía encontrarse ni desintegrado.

También hay que tener en cuenta que, tras dos años y medio de yacer en el barro, el esqueleto habría adquirido necesariamente su color. Así pues, aun cuando algún trozo hubiese salido a la superficie no habría sido posible apreciarlo, ya que para ello era precisa una labor de verificación exhaustiva, algo completamente imposible en aquellas circunstancias.

En cierto momento, la pala arrancó del fondo una gran raíz, justo donde mi hijo había señalado su presencia y nos había dicho que estaba encallado.

Era por la tarde. El agua entraba en cantidades cada vez mayores por el diquecillo o por el ribazo, ya que la grúa había removido la tierra en la base del dique original.

Por medio de la Sra. Anita, que se encontraba allí cerca, en el coche, pregunté a Andrea: «Ahora sacarán la bomba que se encuentra junto al lugar de la excavación, para así poder buscar en el sitio ocupado por ésta. Si no encontramos nada habrá sido un fracaso y deberemos dar por concluidas las tentativas de recuperación de tu cuerpo, pues ya no sabemos qué más podríamos hacer. ¿Tienes algo que decir?».

Respuesta: «No me explico lo sucedido pero ciertamente, llegados a este punto os aconsejo que lo dejéis correr. Más adelante apenas tenga alguna indicación podremos conocer la explicación de lo sucedido. Perdonadme pero no es culpa mía ni vuestra. Todos juntos nos hemos sentido siempre unidos para alcanzar este objetivo. No desesperéis. En el peor de los casos considera este lugar como la tumba que tenías previsto hacer. Ten serenidad, consuela a mamá y recordad siempre que yo soy feliz. Lo único importante es que quiero veros serenos. Besos Andrea».

Las fotografías no reales

En honor a la verdad, debo decir que, poco antes de la construcción del pequeño dique, hice que mi amigo, el técnico, hiciera un centenar de fotografías infrarrojas con el fin de establecer con exactitud el punto en el que se encontraba el cuerpo fotografiado con anterioridad, dado que en la primera ocasión no había sido tomada nota del punto exacto desde el que se había disparado cada fotografía. En esta nueva colección de fotos no sólo no apareció ningún cuerpo, sino que únicamente quedó fotografiada la superficie del agua y de la tierra. En ninguna de ellas se reproducía la más mínima imagen de profundidad.

Antes de dar el permiso para la construcción del pequeño dique, el representante de Magistratura interpeló a diversos técnicos sobre las posibilidades de obtener fotografías de un cuerpo sumergido en el barro, bajo el nivel del agua, utilizando películas infrarrojas. Todas las respuestas que obtuvo fueron en sentido negativo. Incluso encargó a un profesor de la Universidad de Turín que hiciera unas pruebas: lo único que consiguió fue fotografiar la superficie del agua.

Unos días antes de iniciar los trabajos de búsqueda y al pedir a Andrea información respecto a las fotografías, obtuve la siguiente respuesta: «Son obra de la Luz Infinita. Te he dicho que es bello ser su amigo». Tras una nueva pregunta más aclaratoria, añadió: «ESTAS FOTOS NO SON REALES». Inquiriéndole sobre el significado de dichas palabras precisó: «No respetan la realidad de como está mi cuerpo, sólo mi presencia».

A pesar de esta respuesta, que consideré excepcional, y no obstante mi mentalidad positivista y prudente, el resultado negativo de la búsqueda en las aguas del Po me produjo un gran desaliento.

Tiempo de espera

A pesar de todo, pregunté a mi hijo: «¿Estás ahora en condiciones de saber y poder explicar por qué falló el intento de recuperarte, si en principio estaba previsto el éxito?»

Respuesta: «En lo que respecta a las cosas terrenas se han cometido muchos errores. Se debía haber desecado. Este fue el mayor error. En lo que se refiere a la promesa de la Luz Infinita aún no he comprendido bien pero sé que no era el momento adecuado, que otras cosas y otros hechos deberán impulsarte a seguir el camino trazado. Por el momento no sé nada más».

Debo señalar, que habiendo en otra ocasión preguntado a mi hijo si a las almas, en el más allá, les estaba permitido conocer el futuro, contestó negativamente, diciendo que, respecto al porvenir, únicamente sabían aquello que la Luz Infinita les comunicaba (es decir -como nos había precisado en otra ocasión-: «Dios, como le llamáis vosotros los vivos»).

En otras circunstancias, al preguntarle si en una próxima búsqueda tendría la posibilidad de encontrar su cuerpo, contestó precisando que ya lo habíamos encontrado, que si me refería a la posibilidad de recuperarlo se trataba de algo muy difícil.

Cuando le pregunté el motivo por el que no habíamos podido recuperar su cuerpo en las operaciones anteriormente descritas, contestó: «Querido papá, comprendo tu estado de ánimo. Incluso yo de momento quedé desilusionado; pero mira, sólo yo, que soy uno de los que forman parte de la gran grey de almas que siguen a la Divina Luz Infinita, puedo entenderlo. No es fácil explicároslo a vosotros los vivos.»

Concluyó diciendo: «Ahora yo he sido apartado y mis hermanos continúan su trabajo. Mira la televisión. Cuando llegue el momento justo quizás también yo sea llamado a continuar mi misión».

Me informé de si la televisión emitía algún programa de parapsicología en aquellos momentos. Con sorpresa, averigüé que el tema estaba siendo tratado en «Italia Sera», un programa del primer canal. Era el 2 de Noviembre de 1983.

Al día siguiente, pregunté a mi hijo si se refería al citado programa. La respuesta fue: «Si este mismo. Solicitan testimonios y noticias. Otros hermanos han colaborado y colaboran aún. Tu testimonio será indispensable pero por el momento no tengo órdenes al respecto. Siguelo; mantente al corriente. Llegado el momento veremos que se hará. Besos Andrea.»

Solamente pude seguir la emisión en una ocasión, ya que se emitía a una hora en la que yo debía estar en el despacho a causa de mis obligaciones profesionales. En el curso de aquella emisión se habló de los problemas del más allá. Posteriormente, fue mi esposa quien se encargó de seguir el programa. El tema del más allá fue tocado tan sólo una vez más. Así, pues, pregunté a Andrea: «Andrea, el 3 de Noviembre nos dijiste que siguiéramos la transmisión de «Italia Sera» en la que se hablaba de las comunicaciones relacionadas con el más allá, a fin de estar preparado para dar testimonio en el momento oportuno. Asistí a la emisión del día siguiente y me enteré de cosas interesantes. Pero después no volvieron a tocar el tema. Mamá preguntó a la RAI cuando volverían a hacerlo. Le respondieron que no por el momento. ¿Qué debemos hacer?»

Respuesta: «Aún se hablará por televisión del tema, sino en éste en otro programa. Te señalé éste concretamente porque hablaron de dos almas que yo personalmente tuve el encargo de acoger. Cuando haya alguna otra información te lo haré saber.»

En aquella época, quise pedir consejo a un amigo sacerdote que desde el inicio había estado al corriente de los diálogos con mi hijo y al que había hecho llegar, íntegramente, las actas que yo redactaba escrupulosamente.

Dicho sacerdote, queriendo actuar en mi interés personal, me aconsejó que por lo menos temporalmente suspendiera los diálogos, ya que mantenían siempre viva en mí la tragedia de la muerte de mi hijo.

Entonces, me dirigí a Andrea en los siguientes términos: «En el transcurso de una conversación que tuve el domingo con M., el cual siempre me había animado a mantener los diálogos a través de Anita con el fin de recuperar tu cuerpo, me aconsejó, en esta ocasión, suspenderlos, en espera de que Dios, si lo cree conveniente, nos dé a conocer Su voluntad de una u otra forma. Le manifesté mi intención de seguir en contacto contigo, no únicamente por el grandísimo placer y consuelo que me proporciona, sino también por necesidad, para poder recibir tus instrucciones y saber que debo hacer a fin de que tu misión se cumpla. No obstante, hemos quedado en hablar de ello el próximo domingo. ¿Qué me aconsejas?».

Respuesta: «M., como la mayoría de la gente, aunque están dispuestos a creer en estas comunicaciones se sienten bloqueados a dar su pleno acuerdo porque creen que para nosotros es doloroso o que la Luz Infinita no lo permite plenamente. Pero, como ya te he dicho una vez, aquellos que pueden comunicarse son privilegiados. Por ello cuantos más contactos hay más feliz es la Luz Infinita. Porqué, papá, imagina que el mundo entero estuviese convencido de la existencia del más allá, sería una forma de eliminar la deshonestidad de la vida, ya que todos querrían poder elevar su alma hasta las cimas más altas. Por eso, sigue. Este también es un camino para llegar al fin previsto».

Posteriormente, y en ocasiones sucesivas, al preguntar si tenía algo que comunicarme referente a su misión, obtuve varias veces la misma respuesta: «Aún no es el momento».

La amiga Paola

Cuando supe que la RAI había programado dos emisiones en las que se hablaba de parapsicología pregunté a Andrea: «Las emisiones de «Blitz» y de «Italia Sera» de la semana pasada sobre parapsicología, ¿tienen relación con el momento en que podrás llevar a cabo tu misión?».

Respuesta: «Deberías ponerte en contacto con la amiga Paola».

Ni yo, ni la Sra. Anita, ni ninguno de los presentes entendimos a que se refería, por lo cual pregunté: «¿Quién es esta amiga Paola? ¿Dónde puedo encontrarla?».

Respuesta: «Giovetti, la que emite para «Italia Sera»».

Averiguamos que, efectivamente, Paola Giovetti participaba en el programa «Italia Sera» como experta en fenómenos para- normales.

En el siguiente encuentro con Anita, pregunté a Andrea si debía ponerme en contacto de inmediato con Paola Giovetti. Su respuesta fue: «Diría que es mejor esperar; no mucho: quizás uno o dos meses».

En otra ocasión, precisó que por mediación de la Dra. Giovetti debería: «hacerlo saber todo» y que debía remitirle todas las actas.

Y llegó el día en que me dijo que debía contactar con Paola Giovetti. Ante mi solicitud de esperar un poco a fin de no perjudicar las indagaciones judiciales en curso, consintió: «No para descubrir a los culpables sino para tener la prueba de que mi cuerpo está allí». Esta precisión se ajustaba a cuanto venía diciendo desde un principio, invitándonos a perdonar, como él había hecho, a sus asesinos, negándose por ello a dar datos que pudieran llevar a su identificación.

Mis titubeos

Tras esta respuesta, dejé pasar bastante tiempo antes de volver a tocar el tema. Debo precisar que, como católico practicante, como es lógico, deseaba no hacer nada en absoluto que pudiera quedar fuera de las leyes de la Iglesia. Por ello, me preocupaba la ortodoxia de los contactos con mi hijo y las posibles repercusiones negativas que darlos a conocer pudiera tener en las almas de los fieles. Así pues, a pesar de las pruebas recibidas, dudaba sobre si hacía bien o no continuando por este camino. Se añadía a ello el hecho de que, decididamente, era del todo contrario a mi carácter y a mi estado de ánimo dar publicidad a algo tan personal y delicado. Sobre todo teniendo en cuenta mi formación cultural y profesional de jurista, que me lleva a razonar, discutir y fundar las propias convicciones en pruebas positivas y concretas. También por mi sensibilidad, común en toda nuestra familia incluido el querido Andrea, que nos hacía ser generalmente reservados, sobre todo cuando se trataba de asuntos familiares o privados. Era duro aceptar hacer público todo este tema. Por otra parte, me daba cuenta de que informar a una periodista de tales problemas significaba, inevitablemente, publicitar la cuestión, con todas las posteriores repercusiones que ello conllevaría, incluso negativas, como sucede siempre en estos casos.

Pedí su opinión a dos personas de confianza. Ambas me aconsejaron que concluyera los contactos con mi hijo. Bien que teniendo en cuenta estos consejos, me preocupaba no prestar mi colaboración a la gran misión a la que Andrea decía estar llamado. Resumiendo, deseaba seguir el desarrollo de la situación sin implicarme personalmente.

En aquella época, un sacerdote experto en parapsicología que estaba al corriente de todos los mensajes de Andrea, expresó su deseo de preguntarle de donde había sacado el color rojo para manchar «Il Giornale». Antes de plantearle la pregunta, inquirí si sabía quien estaba conmigo. Me contestó: «Es un hermano que tiene en todo esto mucha más fe que tú». Habiéndole pedido si sabía cual era la profesión de mi acompañante, respondió: «Sirve a la Iglesia». Contestando a la pregunta, ya citada, que el sacerdote deseaba le fuera planteada, dijo: «Te digo que aquella señal os la mandé para despertar vuestra confianza en todo esto y basta. Ahora preguntas de que forma lo ha hecho la Luz Infinita, como las fotos. Nadie ha preguntado nunca como se hace un milagro».

Tras un mes y medio de incertidumbre hice preguntar a Andrea si tenía alguna instrucción que darme con respecto a su misión. Era el 31 de julio de 1984.

Respuesta: Querido papá, tú sabes mejor que yo que es necesario tener fe para conseguir lo que se desea. Por eso como puedes convencer a aquellos que no creen si incluso tú de fe en todo esto tienes poca. Recuerda que la Luz Infinita para daros estas señales me ha dado una concesión importante. Pero siento en ti siempre la incredulidad y -no lo niegues- sientes remordimientos de comunicarte conmigo y debes pedir consejo a gente que con la Luz Infinita no se entiende. La religión es otra cosa».

Entonces le pregunté: «¿Andrea, tienes algo más que decirme o sugerirme sobre lo que debo hacer?».

Respuesta: «Creer en mí y contactar con Paola. Papá no te sepa mal lo que te he dicho pero quiero que tengas confianza. Entonces quizás alcanzarás la meta».

La epístola de San Juan

Con el fin de superar mis problemas religiosos, que ya he mencionando con anterioridad, algunos días más tarde hice preguntar a mi hijo: «Andrea, queridísimo mío, estoy seguro de que te das cuenta de que lo que diga la Iglesia nos obliga a nosotros, sus fieles, a ser muy prudentes con los mensajes recibidos del más allá, dada la imposibilidad de ver a la entidad con la que establecemos contacto. Yo, obviamente, intento mantenerme siempre rigurosamente dentro del marco de la Iglesia. Por ello, debo tener en cuenta las palabras de San Juan, que en una de sus epístolas afirma: «Queridos, no confiéis en cualquier espíritu, probad a los espíritus para saber si proceden de Dios, ya que muchos falsos profetas han venido al mundo.. En esto conoceréis el espíritu de Dios: Todo espíritu que confiese a Jesucristo encamado procede de Dios y todo espíritu que no confiese a Jesucristo no viene de Dios». Por ello, te ruego, con todo el corazón, que me digas claramente que piensas de estas palabras».

La respuesta, verdaderamente magnífica y edificante, fue la siguiente: «Sobre el tema expuesto puedo confirmarlo todo. En efecto, Jesús, es decir la Luz Infinita, quiere con amor infinito que todas sus ovejas pastoreen en el gran prado salpicado de divinas palabras que es la Biblia».

Yo insistí: «Así pues, ¿confirmas que Jesús vino de Dios a la tierra y se encamó?».

Respuesta: «Si lo confirmo en nombre de Cristo».

Estaban presentes familiares próximos a la Sra. Anita, adeptos de una Iglesia evangélica que no cree en la Comunión de los Santos ni en la comunicación con los difuntos.

No obstante, uno de ellos pidió a Andrea que confirmase los versículos 5, 6 y 10 del capítulo 9 del Eclesiastés, que dicen: «5) Pues los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben ya nada, ni están en estado de merecer y su memoria ha quedado sepultada en el olvido. 6) Asimismo, el amor, el odio y las envidias se acabarán juntamente con ellos y no tendrán ya parte alguna en este mundo, ni en cuanto pasa debajo del sol».

10) Todo cuanto pudieras hacer, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro hacia el cual vas corriendo».

Andrea contestó: «Estos versículos son exactos, pero es preciso saber interpretarlos. Es verdad que aquí no existe odio, esclavitud y que todos los sentimientos que vosotros experimentáis son cosas terrenas. Nuestro mundo es muy distinto. A nosotros el amor nos llega de cuanto nos rodea, no únicamente para nuestros seres queridos sino también para todos los malos porque absorbemos el amor que nos da la Luz Infinita».

La otra persona que estaba presente, seguidora de la misma Iglesia y que compartía las ideas de la primera, intervino diciendo en voz alta: «En nombre de Cristo que revele quien es». La Sra. Anita sintió la necesidad de coger el rotulador y, con su insólita forma de hacerlo, escribió: «Andrea, soy Andrea».

Antes de terminar este contacto hice una última pregunta: «En nuestro encuentro del 31 de julio me sugerías de nuevo que me pusiera en contacto con Paola Giovetti, ¿debo hacerlo de inmediato a pesar del daño que ello pudiera significar para las investigaciones en curso, debo esperar como ya habíamos acordado en otra ocasión o tienes alguna sugerencia distinta que hacerme?»

Respuesta: «Mándale ya las actas para que Paola pueda estudiarlas. En ella puedes confiar. Si le pides que espere lo hará».

Era el día 3 de agosto.

Extraordinaria intervención

Algunos días después, me fui de vacaciones con mi esposa, quien dada la depresión en que vivía las necesitaba sobremanera. Regresamos a Trieste a finales de mes. A primeros de septiembre, nos fuimos ambos en peregrinaje a Medjugorje, Herzegovina, donde cinco jóvenes afirmaban ver aparecerse a la Virgen, cada anochecer, por lo que su Iglesia se había convertido en un centro de grandísima afluencia de fieles de todo el mundo. La devoción era extraordinaria.

Naturalmente, fui a Medjugorje con el propósito de pedir a la Virgen que me concediera la gracia de encontrar el cuerpo de Andrea y que me iluminara sobre lo que debía hacer referente a los mensajes que venía recibiendo de él.

Tras el diálogo habido el 3 de agosto no había vuelto a hacer nada más. No había hecho ninguna pregunta a Andrea, ni me había puesto en contacto con Paola Giovetti.

Volví de Medjugorje a Trieste, tras seis días de ausencia, hacia las 5,30 h. del 12 de septiembre.

Hacía apenas cinco minutos que estaba en casa, cuando me llamó por teléfono, agitadísima, una tal Sra. I., diciendo que necesitaba hablarme urgentemente. Conocía a la Sra. I., ya que me había sido presentada por la Sra. Anita, hacía prácticamente un año, como la persona que le había hablado por primera vez de la escritura automática. Tenía también facultades paranormales, practicaba la escritura automática y tenía visiones. Fue por ello por lo que, cuando fuimos a Turín por segunda vez con la Sra. Anita a fin de verificar la situación en el Po, había venido con nosotros con el deseo de poder ser útil.

Dicha señora había también declarado haber localizado el cuerpo de mi hijo en el mismo lugar que lo habían hecho los demás. Desde entonces, había transcurrido un año sin haberla vuelto a ver ni hablado con ella.

Cuando telefoneó, muy alterada, pensé que debía ocurrirle algo grave y que necesitaba mi ayuda profesional. La cité en mi despacho una hora más tarde. Llegó acompañada de su marido, a quien yo no conocía, y me dijo encontrarse en una situación terrible. Hacía seis días que la voz de mi hijo la atormentaba continuamente (jamás lo conoció en vida), al igual que la de otros miembros próximos de su familia también difuntos. Las voces la invitaban a visitarme urgentemente para decirme que me pusiera en contacto con la Sra. Anita de inmediato y, a través de ella, con Andrea. Dada la insistencia de las voces temía que se avecinara alguna desgracia de la que yo debiera estar advertido. Quería que llamarla a la Sra. Anita inmediatamente, para que me pusiera en contacto con él.

Lo hice, pero nadie respondió. Llamé a un amigo común y supe que la Sra. Anita estaba de veraneo y que regresaba a Trieste precisamente aquella noche.

Prometí a la Sra. I. llamar a la Sra. Anita al día siguiente. Me dijo que las voces se habían calmado.

El día siguiente, conseguí hablar con Anita, la informé de lo sucedido y quedé que pasaría por su casa a última hora de la tarde a llevarle la pregunta, a fin de que se la planteara a Andrea lo antes posible.

Los estímulos de Andrea

La pregunta era la siguiente: «La Sra. I., desde el día 3 de septiembre, se siente continuamente apremiada por ti y por otros a hablar con el abogado Sardos, tu padre, diciéndole que me llame inmediatamente a fin de establecer contacto contigo para recibir tus mensajes. Ayer, miércoles por la tarde, hablé por fin con el abogado Lino Sardos, que acababa de llegar de Medjugorje, quien me lo refirió todo a mi regreso de la montaña. ¿Puedes decirme si tales llamadas procedían de ti? y, en caso afirmativo, ¿qué es lo que tienes que decirme?»

Respuesta: «Sí, proceden de mí pero no para poneros en guardia contra algo que debe suceder como supone I. Ha llegado el momento para todos de colaborar en nuestra misión. De hacer lo que había sido prometido. Desdichadamente, yo estoy perdiendo la esperanza de poder formar parte de este grupo de élite. Tú eres circunspecto y desconfiado en todo esto, por lo cual no estás preparado para ayudarme. Era lo que quería decir. Besos. Andrea».

Al conocer esta respuesta escribí a Paola Giovetti el 20 de septiembre. Dirigí la carta a la «Domenica del Corriere», le expliqué mi caso y le pedí una cita.

No obstante, los días transcurrían sin que obtuviera respuesta alguna. Entonces, rogué a la Sra. Anita que hiciera la siguiente pregunta a Andrea, que le remití por correo dada su residencia fuera de la ciudad: «Tu padre ha escrito hace ya algunos días a la Sra. Giovetti, pero no ha tenido aún respuesta. Por ello, quiere que te haga en su nombre la siguiente pregunta: ¿Estoy aún a tiempo de colaborar en tu misión?».

Andrea contestó: «Papá, no se si haces ver que no me entiendes o es verdad. El tiempo en lo que respecta a mi misión no cuenta. Es en ti que algo no va bien. Lo que deseas hacer por mí lo haces sin convicción, no estás seguro, eres incrédulo como aquellos a los que deberías convencer. Tú que eres un buen seguidor de la Luz Infinita deberías saber que los milagros se conceden únicamente a aquellos que creen firmemente y no para dar pruebas o ver que pasa. Por eso si quieras seguir adelante de esta forma no me pidas consejo. Perdóname pero debo ser sincero. Te quiero mucho. Andrea».

A continuación, planteé una nueva pregunta, que remití por correo a la Sra. Anita como tenía por costumbre: «Queridísimo hijo mío, he leído la respuesta que diste a Anita el pasado 1 de octubre y te confieso que ya no comprendo nada. Hasta ahora habías dicho que tenías una misión que cumplir en honor a Dios, misión para la que habías nacido y muerto. Parecía que, a tal fin, yo podría haberte sido útil, con gran alegría por mi parte. Me dijiste que para ello me pusiera en contacto con Paola Giovetti, lo cual he intentado hacer, pero todavía espero una respuesta. No veo donde está mi inseguridad, comprensible, no obstante, dados los resultados negativos habidos en el intento de recuperación de tu cuerpo. No sé a quien debería convencer, ni de que, ni como. No veo que tiene que ver en todo esto mi fe en los milagros. Sobre todo, no veo de que forma puedo ser útil a tu misión si no es preguntándote que debo hacer, especialmente porque ya no sé en que consiste, puesto que tú mismo dices que la recuperación de tu cuerpo es imposible. Por ello te pregunto: ¿Sigue siendo válida tu afirmación de que tienes que cumplir en esta tierra una misión especial en honor a Dios? Si este es el caso, ¿puedo ser de utilidad y qué debo hacer a tal fin?».

La respuesta recibida por la Sra. Anita el 15 de octubre de 1985, decía: «Papá, claro que hay una relación en todo esto; porqué yo estoy obligado a disponer de ti para mi misión y si tu no estás seguro de que realmente este maravilloso contacto entre nosotros existe, todo se vuelve difícil, sino imposible. Tú aludes siempre a los resultados negativos en la recuperación de mi cuerpo, pero esto sucedió por la poca confianza que teníais. Lo sé, para vosotros los vivos puede parecer excesivo, inhumano, pero la Luz Infinita quiere poner a prueba a aquellos que deberán ser elegidos para este fin. De otro modo todo sería demasiado fácil. Papá, por lo que entiendo tú no sabes aún en que consiste mi misión: es necesario hacer saber al mundo que el más allá existe, ya que únicamente con esta convicción la humanidad volverá a creer y a vivir en paz en honor de la Luz Infinita. Esta tentativa ya se ha hecho diversas veces pero siempre en vano. Es por ello que los elegidos para esta misión como yo deben disponer de la máxima confianza por parte de sus intermediarios. Ciertamente mi oferta es válida, pero debes creer en mí. Paola aún no sabe nada, no ha leído tu carta. Adiós papá tu Andrea».

Los contactos con la Dra. Giovetti

Al día siguiente, recibí respuesta de la Dra. Giovetti a mi carta del 20 de septiembre. Llevaba fecha del 10 de Octubre. Paola Giovetti decía haber leído mi carta el día precedente, ya que había permanecido en la redacción varios días antes de serle entregada.

Inmediatamente, mandé la siguiente pregunta a la Sra. Anita para que se la hiciera a Andrea: «Queridísimo hijo mío, la respuesta que diste el 15 de octubre a mi compleja y difícil pregunta, tan llena de dudas y controversias, ha sido verdaderamente extraordinaria y clarificadora para mí. Para luchar, a tus ordenes, en la grandiosa y maravillosa batalla que constituye tu misión, debo estar, como tú dices, no sólo convencido sino preparado para convencer a los demás. Por tal motivo, te ruego que me aclares un punto que me parece contradictorio. En tu respuesta del 15 de octubre, entre otras cosas, dices: «Paola aún no sabe nada, no ha leído tu carta». El 16, por la mañana, recibí una carta de Paola, con fecha 10 de octubre, en respuesta a la mía, que decía haber leído el día antes en Milán. Es importante que me des una explicación del porque de esta contradicción, sobre todo porque cuando hable con Paola Giovetti me la pedirá a mí. ¿Qué me dices?»

Respuesta: «Querido papá, perdona no me doy cuenta de qué nuestra percepción es muy distinta de la vuestra y por ello debo tener paciencia y explicártelo de forma que puedas entenderlo. Aquí no existe el tiempo. Si alguna vez te he señalado horas y fechas ha sido siempre en respuesta a tus preguntas y estas respuestas te las he dado únicamente para no complicar las cosas y no confundirte las ideas. Yo no sé qué día recibió Paola tu carta pero seguro que no fue antes de que redactaras tu pregunta y no me refiero al momento en que contesté a Anita sino a aquel en que tu la concebiste estudiaste y escribiste. Con otras palabras cuando en lo más íntimo de ti mismo intentas comprender todo esto yo estoy contigo y en aquel preciso momento te respondo. Anita es una intermediaria. Mi

respuestas las doy a través de ella, pero es a ti a quien yo contesto. Nunca sabrás lo mucho que debes agradecer a Anita lo que hace. Recuérdalo. Espero haber aclarado y ahuyentado una vez más tus dudas. Besos Andrea».

Consulté de inmediato mi agenda. La pregunta en cuestión había empezado a prepararla el día 2 de octubre, la modifiqué el 4 de octubre, la recompuso e hice recopilar el texto definitivo a plantear a Andrea el 7 de octubre. La Sra. Giovetti - como ella misma me escribió- leyó mi carta el 9 de octubre. Los hechos habían ocurrido exactamente como Andrea había indicado.

Inmediatamente, telefoneé a la Dra. Giovetti, concertando una cita con ella para el 11 de noviembre de 1984, a la que acudí junto con la Sra. Anita. Le referí los hechos, en síntesis, y le entregué todo el material que había ido recopilando desde el primer día.

Las preguntas de la Dra. Giovetti

Durante aquel primer encuentro, la Dra. Giovetti, a través de la Sra. Anita, hizo algunas preguntas a Andrea, entre ellas ésta: «Estoy emocionada por este contacto y dispuesta a ayudar. ¿De qué forma puedo hacerlo?»

Respuesta: «Tú sabes a quien dirigirte. Tengo mucha confianza en ti».

Pregunta: «¿Crees que debería contar todo esto en el periódico? ¿Debo implicar a otras personas?»

Respuesta: «Si ciertamente. Es necesario hacerlo saber todo. Tú Paola debes, por favor, dar a conocer a través del periódico que el más allá existe. Si quieras contactar con personas interesadas en esto hazlo. ¿Lo sabes verdad?»

Tras aquel primer encuentro, la Dra. Giovetti me confirmó su vivo interés y me pidió que planteara a Andrea algunas preguntas, que comunique a la Sra. Anita. Las respuestas que obtuvimos fueron plenamente satisfactorias y además sorprendentes. Cito a continuación algunas de las más significativas.

Pregunta: «¿Qué se experimenta en el momento de la muerte? ¿Cómo sobreviene el traspaso?»

Respuesta: «Yo puedo decirte lo que experimenté personalmente, porque es muy diferente una muerte de otra. En aquel momento físicamente yo estaba bien pero asustado. Mi situación era mala, estaba a merced de individuos peligrosos. Cuando fui asesinado no me di cuenta, pero contemplaba la escena desde lo alto y seguía todos los detalles con despego, indiferencia. Esto duró un buen rato, hasta que mi alma se adentró en un largo túnel».

Pregunta: «¿Puedes decir algo más preciso sobre el túnel que hay que atravesar?»

Respuesta: «La entrada te atrae porque ves en el fondo del túnel una Luz grandiosa que te llama; pero no siempre se llega insegura a ultrapasarla. Los más afortunados, como yo, que son recibidos y acompañados por amigos o familiares, si. Otros deben esperar mucho tiempo y esto hace sufrir, porque se sabe que más allá es maravilloso y se querría llegar cuanto antes».

Pregunta: «¿Qué sentiste al comprender que habías muerto? ¿Tuviste inmediatamente alguien a tu lado que te ayudó, o permaneciste solo por algún tiempo?»

Respuesta: «Mucha paz, ningún deseo de volver atrás. Si, mi amigo Marco vino inmediatamente a recibirme para traspasar la gran Luz».

Pregunta: «¿En qué ambiente viven las almas? ¿Se puede describir?»

Respuesta: «Bellísimo, tan bello que es indescriptible. ¿Cómo puedes tú describir las sensaciones?»

Hasta el momento de la visita a la Dra. Giovetti yo no tenía, absolutamente, ni idea de lo que se nos pedía a ella y a mí en concreto. Sabía únicamente que debía informarla de todo y que ella cooperaría en la misión.

La idea del libro

Tras aquel encuentro, y a continuación de las respuestas dadas por Andrea en aquella ocasión, comprendí que la forma de alcanzar el fin deseado por él podía ser escribir un libro-documento en el que se refirieran exactamente los hechos, tal y como se habían desarrollado y el contenido de los mensajes recibidos de mi hijo, a fin de que pudieran ser conocidos y valorados por todas aquellas personas interesadas en el tema, en lugar de conservar esta experiencia como patrimonio privado mío y de mi familia. De modo que la función de la Dra. Giovetti, en su vertiente de periodista y experta en la materia, fuera la de dar difusión al caso y a otros análogos, para que la opinión pública los conociera y evaluara en su complejidad, sacando las debidas consecuencias.

Así, adquirían significado y valor las repetidas alusiones de mi hijo a la existencia de otras almas elegidas para la misma misión y la necesidad de una integración recíproca.

Importancia de la fallida recuperación del cuerpo

Antes de tomar en consideración otros aspectos, querría concluir con la cuestión de la fallida recuperación del cuerpo de Andrea, hecho que nos había desilusionado mucho, pero que resultó providencial.

En la época en la que conocí a la Dra. Giovetti, pregunté a

Andrea si sabía algo de una conversación que yo había tenido con dos personas y si conocía el resultado de la misma.

La respuesta fue: «El primero aún no ha hecho nada, el segundo está a favor. Bravo papá. Besos Andrea».

Sorprendido por aquel «Bravo papá» que a mi parecer estaba fuera de contexto, ya que la referida conversación fue algo ocasional y sin la menor importancia, rogué a la Sra. Anita que hiciera a Andrea la siguiente pregunta: «Queridísimo hijo, en tu respuesta del 20 del corriente a una cuestión a través de la cual lo único que pretendía saber era si dos magistrados se habían interesado por ti, tras contestarme añades: «Bravo papá». Te pregunto: Esta expresión, ¿se refiere a la pregunta planteada o a algo que me afecta? y, en tal caso, ¿a qué?».

Respuesta: «A todo lo que estás haciendo en relación a mi misión y a lo que piensas hacer, es decir el libro. Vés papá todo está sucediendo del modo más adecuado. Ciento que vosotros queríais recuperar mi cuerpo; pero si esto hubiera ocurrido, tal y como estaban las cosas, todo hubiera estallado en una gran publicidad, no demasiado favorable al objetivo fijado, pero si para los medios de comunicación. Esto no era lo que deseábamos ni nosotros ni vosotros. Lo que interesa es hacer saber que el más allá existe».

Debo señalar, que en aquellos momentos la idea de escribir un libro apenas había aflorado en mí. Estaba estudiando la posibilidad de hacerlo. En consecuencia, no había hecho a mi hijo la más mínima alusión a ello en el curso de nuestras conversaciones. Esta respuesta de Andrea me hizo evaluar de distinta forma la fallida recuperación del cuerpo.

Me refiero al hecho, que ya he mencionado, de que a través de los mensajes recibidos por medio de la Sra. Anita yo creía que el objetivo de todo era dicha recuperación. Gracias a ésta, los vivos habrían tenido una prueba de la existencia del más allá. Además, pensaba que Andrea opinaba lo mismo.

Cuando la citada recuperación falló, me sumergí en una gran desilusión y nació en mí una cierta desconfianza, injustificada, respecto a todas las señales y pruebas recibidas y a las advertencias de Andrea sobre las dificultades con que debería enfrentarme dada la importancia de la misión.

Reflexionando a fondo, debo reconocer que si cuando intentamos recuperar el cuerpo lo hubiésemos conseguido, aquello que mi hijo llama su misión seguramente habría fracasado. Ya que, aunque yo en el momento de la recuperación hubiera podido afirmar que el lugar me había sido indicado por mi hijo a través de la Sra. Anita, no hubiera podido negar que los radioestesistas milaneses también lo habían localizado y, además, medio día antes. No hay que olvidar que también los citados radioestesistas habrían estado presentes, puesto que participaban personalmente en la búsqueda.

En consecuencia, frente a la prensa y a la opinión pública, los mensajes de Andrea habrían quedado en segundo término y no habrían constituido un elemento probatorio de la existencia del más allá. Como máximo, habrían sido una curiosidad periodística durante algunos días, del tipo de otros ejemplos del género como

los descubrimientos del Dr. Croiset hace algunos años, y todo habría concluido.

Si hubiera encontrado el cuerpo de mi hijo habría dejado de interesarme en el caso y, seguramente, no habría escrito nunca estas páginas, destinadas a llamar la atención de quien las lea sobre los hechos tan particulares de que he sido testigo, tanto antes como después de la fallida recuperación.

Ciertamente, no hay la más mínima duda de que fueron las dificultades las que hicieron madurar en mí la decisión de escribir estas páginas y las que me permitieron conocer a aquellos que gracias a las indicaciones, sugerencias y ánimos recibidos de mi hijo ayudaron a que su contenido fuera conocido en un ámbito mucho más amplio que el de mis amistades personales.

Hoy, me doy cuenta del carácter providencial de toda esta vivencia, que se desarrolló superando mi estrechez de miras personal, es más, en contraposición a la misma. Veo, también, cuanta razón tenía mi hijo cuando me amonestaba sobre la necesidad de superarla.

Mensajes de diversas procedencias

Queda un aspecto de los mensajes que me gustaría señalar, antes de pasar al capítulo de conclusiones.

En una de sus respuestas, Andrea había hecho ya alusión a la condición de privilegio de que gozaba por el hecho de poder comunicarse con nosotros a través de distintos médiums. Por tanto, considero necesario mencionar que no hemos recibido mensajes únicamente a través de la Sra. Anita, sino que nos han llegado también por otros caminos. Me he limitado a hablar de los de la Sra. Anita porque son los que he podido controlar personalmente y porque, dadas sus modalidades y características ya referidas, son los que ofrecen mayor garantía de objetividad.

No obstante, sumariamente, citaré algunas otras fuentes:

1) El radioestesista U.M., ya mencionado, es una persona muy piadosa, discípulo del -en Italia- muy conocido padre Gino, que vive en el santuario de San Vittorino, cerca de Tívoli, y que goza de fama de santidad. El fue, no únicamente el primero en indicar el punto donde se encontraba el cuerpo de mi hijo en el Po, sino que, además, recibió numerosos mensajes que le hablaban de la misión de Andrea, como en los recibidos por la Sra. Anita.

2) Un médium de Milán, interpelado por uno de los radioestesistas, había tenido comunicaciones del mismo tipo.

3) También una cierta Sra. G.C., muy piadosa, que vive en las cercanías de Turín en condiciones muy modestas, sociales, culturales e intelectuales y que, después de rezar, de vez en cuando se siente inspirada a escribir mensajes, ha declarado haber recibido uno de Andrea. Lo único que sabía de él es que se trataba de un joven que, como habían publicado los periódicos, salió de casa para unas cortas vacaciones y nunca había regresado, que no se sabía nada de él y que se estaba buscando su cuerpo. Tres días después de haber recibido el mensaje, tuvo la visita ocasional e imprevista del radioestesista U.M. Al saber que éste me conocía le puso al comente del mensaje recibido y le entregó una copia, en la que se decía:

«Considerad a Andrea como víctima de un martirio, martirizado por culpa del pecado que el diablo ha introducido en el mundo, pero consideradlo también como un feliz instrumento en manos de Dios, para hacer triunfar Su Gloria y para la salvación de muchas almas. Todos los diversos discípulos de Jesús que de forma especial han tenido una gran y delicada función que cumplir, de salvación a través de la fe, no hubieran conseguido nada si no hubieran vertido su sangre.»

4) Finalmente, quiero mencionar el caso de un amigo y compañero del equipo de balonvolea de Andrea, que desconocía totalmente el hecho de que recibíamos mensajes a través de la Sra. Anita. Tenía un pariente que era médium y, a través de él, preguntó a las entidades con quien éste se mantenía en contacto si Andrea se encontraba en el más allá. La respuesta fue: «Ha muerto violentamente, hace mucho tiempo. No está con nosotros. Yo no le veo porque Andrea está en la jerarquía».

Además de estos, otros mensajes llegaron a diversas personas. Cada vez que recibía información de este tipo preguntaba a Andrea si estaba al corriente de la misma y si eran genuinos los mensajes. En la mayoría de casos los confirmaba como auténticos, otros los reconocía parcialmente y algunos afirmaba que eran la expresión de los sentimientos de las personas que decían recibirlos.

Respecto de los que acabo de mencionar quiero señalar que Andrea confirmó su autenticidad.

En el caso del recibido por la Sra. G.C., quise saber si realmente procedía de una entidad positiva inspirada por Dios, si era mera sugestión del médium o si estaba inspirado por una entidad no aprobada por Dios. La respuesta de Andrea fue: «Es un mensaje mío y todos son aprobados por la Luz Infinita. No sabes lo afortunado que soy de tener a mi disposición a tantos intermediarios para comunicarme con vosotros. Muchas pobres almas no tienen esta posibilidad. Gracias.

En relación al mensaje recibido por su compañero de equipo, le pregunté que querían decir las palabras «el está en la jerarquía». Andrea confirmó la veracidad de la respuesta, pero precisando que el término jerarquía no era correcto. Para concluir, quiero citar una respuesta que tuve yo mismo cuando me disponía a escribir estas páginas.

Después de que Andrea hubiera contestado a las preguntas planteadas por la Dra. Giovetti, le pregunté si tenía algo que decirme. A lo que contestó: «Estoy a tu lado y te animo con todas mis fuerzas. Verás papá, estoy seguro de que todo irá bien. Besos. Andrea».

RETRATO DE ANDREA

HASTA aquí, la exposición de los acontecimientos de los que fui testigo tras la desaparición de mi hijo Andrea y los motivos que me han impulsado a publicarlos.

Ahora bien, creo que para poder valorar mejor lo ocurrido, y situarlo en su marco correcto, es justo que hable también de él, que describa su vida terrena y refiera algunos de los hechos excepcionales que la caracterizaron y que pueden considerarse premonitorios de lo que posteriormente sucedió.

Andrea era el sexto de mis hijos. Nació cuando mi mujer y yo estábamos ya en la cuarentena, en una época en la que me hallaba especial e intensamente comprometido con Acción Católica. Su llegada la consideramos inmediatamente como un regalo, ya que no esperábamos tener más hijos. Decidimos llamarle Andrea tras haber escuchado una plática sobre este santo, hecha por nuestro obispo durante una asamblea de los hombres de Acción Católica.

Curación milagrosa

Cuando Andrea tenía cinco años sucedió un hecho extraordinario. Perdió completamente la audición del oído izquierdo a causa de una recaída en la rubéola. Lo llevamos a los mejores especialistas de Trieste (el Profesor Mario Rusca y el Dr. Eugenio Rainis) quienes lo visitaron a conciencia, constatando, ambos, que la audición de aquel oído había desaparecido por completo.

El diagnóstico fue claro: como sucede algunas veces, aunque raramente, el nervio auditivo había sido destruido por el virus. Las células nerviosas, al contrario de las demás, no tienen poder de regeneración o reproducción y, en consecuencia, la lesión era del todo irreversible.

Naturalmente, no nos contentamos con este diagnóstico y buscamos otras opiniones. En Padua, solicitamos una entrevista con el ilustre Profesor Arslan, de renombre internacional por su gran competencia.

Al no poder éste darnos hora hasta un mes más tarde y con el fin de no perder tiempo dada la ansiedad que sentíamos, pedimos ser recibidos por otro ilustre profesor, también de Padua, el Dr. Oscar Sala. Su diagnóstico, tras visitar al niño, fue el mismo que ya nos habían dado. Nos entregó un informe para el médico de Trieste confirmando la irreversibilidad de la lesión.

En la fecha fijada, llevamos a nuestro hijo a la consulta del Dr. Arslan. En la sala de espera había pacientes llegados de Sudamérica y de distintos países europeos. Desgraciadamente, no hizo más que decímos lo que ya sabíamos: el nervio auditivo no tenía ninguna posibilidad de regeneración. Por propia iniciativa, nos dió su diagnóstico por escrito. En él destacaba la naturaleza totalmente irreversible de la pérdida de la audición, a fin de que el niño quedara, en su día, exento del servicio militar.

Comenté la desgracia con uno de mis clientes, quien, poco tiempo después, me informó que había hablado de mi hijo con un médico de Toscana de mucha fama, el cual, ante la excepcionalidad del caso, tendría mucho gusto en examinar a Andrea. Se trataba del Dr. Ettore Tarani, quien deseaba verificar si la causa de la sordera era realmente la diagnosticada por los demás médicos o podía ser otra. Concertamos una cita y fuimos a su consulta. Dedicó prácticamente toda una mañana al niño y le hizo todas las pruebas y controles imaginables. Al concluir, confirmó el diagnóstico de los demás especialistas: no existía solución, el nervio había sido destruido por el virus y la recuperación era imposible. Añadió que, honestamente, nos recomendaba que desistieráramos de llevar a nuestro hijo a otros médicos, ya fuera en Italia o en el extranjero, puesto que el diagnóstico sería siempre el mismo. Debíamos resignarnos y aceptar los hechos.

Convencidos de la impotencia de la medicina decidimos recurrir a quien está por encima de ella, es decir a Dios.

Primero, llevamos al niño a Padua a implorar la gracia de su curación ante la tumba del Padre Leopoldo, muerto en olor de santidad y actualmente ya canonizado. Después, mi esposa y yo viajamos a Lourdes solos, a fin de no imponer a Andrea, que sólo tenía cinco años, las incomodidades de un viaje tan largo.

A nuestro regreso trajimos agua bendita. Mi mujer empezó, cada noche, cuando el niño rezaba sus oraciones antes de acostarse, a tocarle el oído con el agua de Lourdes, rogándole a la Virgen que le curara el mal (el «búa», como dicen los niños en nuestra tierra).

Andrea cogió la costumbre, cada noche al ir a dormir, de arrodillarse ante la mesita donde estaba la estatuilla de la Virgen de Lourdes que contenía el agua de la santa cueva. Hacia la señal de la cruz y se tocaba el oído con el agua bendita, pidiéndole a la Virgen que le curara su «búa». Después, en el momento de acostarse, ponía debajo de su almohada una reliquia del Padre Leopoldo.

Lo hacía con tal empeño y tanta seriedad que empecé a preocuparme, pensando que en el caso de que no obtuviera la gracia, quizás, con el tiempo, pudiera tener una crisis de fe. Aconsejé a mi esposa que se las ingeniera, no para impedirle estas devociones, pero si para que poco a poco disminuyera su interés. A mi mujer se le ocurrió mandarlo unos días a casa de los abuelos, que vivían en una localidad cercana a Trieste, sin darle, a quien le acompañó, la estatuilla de la Virgen con el agua. La primera noche Andrea la reclamó y al día siguiente hizo telefonear al abuelo para que pidiera que se la mandáramos. Mi mujer se la envió, pero cuando llegó a manos de Andrea era ya la víspera de la fecha fijada para su regreso.

Una vez en casa y cuando estaba en brazos de su mamá, ésta, por error, le dijo unas palabras cariñosas en el oído enfermo. Andrea contestó. Anteriormente, no oía absolutamente nada en aquel lado. Al darse cuenta de su error y asombrada de la reacción del niño repitió el experimento. Andrea volvió a contestar. Entonces me llamó: «¡Lino, Andrea oye!».

Inmediatamente, hicimos un experimento. Llevamos al niño a casa de unos vecinos, yo llame por teléfono desde la nuestra y su madre le puso el auricular en el oído enfermo. Andrea oía perfectamente. Repetimos el experimento con el mismo resultado. Felices, decidimos ir de inmediato al médico de Trieste que le había examinado. Andrea se mostraba contentísimo con su curación. El médico le hizo enseguida una audiometría, que mostró una capacidad auditiva perfecta en el oído izquierdo, idéntica a la del derecho, mientras que la precedente había mostrado que el oído izquierdo estaba privado de toda capacidad auditiva.

Volvimos a pasar por los consultorios de los distintos médicos que habíamos visitado precedentemente. Todos quedaron sumamente sorprendidos y fueron incapaces de dar una explicación.

Por mi actividad como presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica, me hallaba en contacto permanente con el arzobispo de Trieste, Monseñor Antonio Santin, a quien había mantenido al corriente de la enfermedad de mi hijo y del hecho de haber recurrido a Dios para obtener su ayuda en la curación. También le había pedido que se uniera a nuestras oraciones, a fin de obtener la gracia solicitada. Por ello, lógicamente, cuando Andrea se curó milagrosamente le informé del hecho, diciéndole que ya no hacía falta seguir rezando pues habíamos obtenido la gracia. Además, le enseñé toda la documentación e informes de los médicos.

Sin que yo supiera nada, por su propia iniciativa y de su puño y letra, escribió un artículo en el semanario católico diocesano «Vita Nuova», donde, de forma explícita, informaba del hecho milagroso citando el nombre de mi hijo.

La noticia fue, después, íntegramente reproducida en el periódico local «Il Piccolo» del 15 de julio de 1961

He referido todo el caso con tanto detalle para que se pueda apreciar la seriedad del mismo.

Debo también añadir, que un muy querido colega y amigo, presidente de los Hombres de Acción Católica en aquel entonces, al enterarse de la curación de Andrea me dijo: «Ya que Dios ha querido dar un signo tan especial a tu hijo, quien sabe que designios debe de tener para él». Estas palabras se grabaron en mi corazón y me hicieron pensar que, tal vez, Dios reservaba a mi hijo una vida edificante, quizás como sacerdote.

Una vida ejemplar

A pesar de mis convicciones católicas, siempre he pensado que el camino de la santificación puede recorrerse desde el laicado y que el sacerdocio es un camino más duro, más difícil y que tiene mayores peligros morales. Por ello, siempre consideré la hipótesis de que uno de mis hijos fuese sacerdote con cierta aprensión, deseando que, para llegar a Dios, eligieran un camino más fácil y no el más difícil y peligroso.

Por esta razón, pensé que si hubiera hecho participar a Andrea de un ambiente demasiado fervoroso, dada la experiencia milagrosa por la que había pasado, quizás hubiese sido llevado a énfasis religiosos superiores a sus fuerzas. Por eso, le mantuve siempre alejado de todo tipo de asociaciones católicas militantes, justamente lo contrario de lo que había hecho con sus hermanos, dándole, no obstante, una educación católica. En efecto, Andrea, al igual que sus hermanos, fue siempre muy buen católico, practicante y observante. Creció y llegó a la edad en la que fue asesinado habiéndose comportado siempre de forma ejemplar. En toda su vida, jamás tuve ocasión de hacerle el más mínimo reproche.

Un ejemplo significativo de su comportamiento podría ser este: un día, cuando tenía seis o siete años, discutió algo acaloradamente con uno de sus hermanos mayores. Yo intervine en tono tranquilo y amable diciendo: «Andrea, me parece que hoy estás un poco nervioso». No dije nada más. No contestó. Poco después, salió de la habitación junto con su hermano y le dijo: «Has sido malo, has hecho que papá me riñera».

Este fue, por llamarlo de alguna manera, el único reproche -aunque de hecho no lo era- que hice a mi hijo Andrea en toda su vida. Me parece un ejemplo significativo de su sensibilidad.

En la escuela cumplió siempre con todos sus deberes. Jamás un suspenso, jamás un examen de recuperación, jamás una clase particular. Superado el Bachillerato, en la rama de letras, se inscribió en la Facultad de Derecho. Su jornada estaba íntegramente dedicada al estudio, a las actividades deportivas y a la familia. Nunca participó en actividad política alguna, ni en asociaciones civiles de cualquier tipo, aparte de las que correspondían a su actividad deportiva. Únicamente, en la época del referéndum contra el divorcio, colaboró con un comité cívico en la distribución de panfletos en contra, dentro del marco de su escuela.

He intentado educar a todos mis hijos en la autodisciplina y la responsabilidad, por lo que jamás he intentado meterme en su «privacy». Andrea era muy reservado, fuese por esta razón o, sobre todo, por su carácter, parecido al de su mamá.

Desde que empezó a ir a la escuela alternó los estudios con el deporte. Primero, se dedicó al baloncesto, en el que destacaba por su buen desarrollo físico y por su altura (1,96 m.). Más adelante, lo dejó por el balonvolea, distinguiéndose también en esta actividad, tanto que pasó a formar parte del equipo nacional de la serie A. Ello le permitió obtener unos ahorros, con los que pudo comprarse un coche por sus propios medios. Siéndole muy útil para poder ir a los entrenamientos de última hora de la tarde sin tener que depender del mío, que le prestaba a mi regreso a casa pero nunca a horas fijas.

Otra característica de su carácter era la humildad. No le gustaba absolutamente nada recibir alabanzas y las esquivaba. Si en la Universidad hacía algún examen brillante no nos lo decía nunca. Algunas veces, me enteraba por medio de alguno de sus profesores o ayudantes, al encontramos en los Tribunales, cuando me felicitaban efusivamente por tal o cual examen de Andrea.

Era muy escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes. En su último examen universitario, el de Derecho Administrativo, tuvo una media superior a 29 sobre 30. Otra vez, en un examen al que era consciente de ir bien preparado, tuvo una nota de 28 sobre 30. No satisfecho con ella prefirió examinarse de nuevo a fin de mejorarla.

Era ejemplar en todos sus deberes y especialmente escrupuloso en todo lo que tuviera relación con la honestidad. A título de ejemplo citaré algunos hechos:

Aprovechando la circunstancia de que yo, en mi respeto por su autonomía, no asediaba a mis hijos con preguntas demasiado concretas sobre el desarrollo de sus estudios, nunca me decía para qué examen se estaba preparando, ante el temor de que, aún sabiendo que le habría molestado, yo intercediera por él ante tal o cual profesor.

En esta misma línea, cito otro ejemplo que llegó a mi conocimiento a través de terceras personas. En un examen resultó que el asistente era amigo de uno de sus hermanos. Andrea se las ingenió para pasarlo cuando éste se hallaba ausente y no tener, así, un trato de favor.

Una constante en su vida fueron los escrúpulos. Observaba atentamente las normas y reglas y se oponía a cualquier violación de las mismas.

Por ejemplo, sin hacerme ningún reproche, desaprobaba abiertamente el que yo, en ocasiones y por falta de aparcamiento, dejara el coche en algún sitio prohibido. El lo hacía nunca, aún cuando tuviera que pasarse horas buscando.

Otro hecho significativo: Antes de su desaparición y durante las vacaciones yo solía ir de viaje y hacer muchas fotografías, algunas veces sin respetar las indicaciones de «prohibido fotografiar». Andrea no decía nada, pero lo desaprobaba. Recuerdo, al respecto, que el año anterior a su desaparición fuimos juntos a Grecia, al Monte Athos, donde está terminantemente prohibido filmar. Al llegar, hay que depositar las cámaras de video en un puesto de policía, siendo restituidas a la salida. Sin embargo, en un puerto intermedio en el que desembarcamos, me quedé con la videocámara. Cruzamos a pie un paisaje bellísimo a fin de embarcar de nuevo desde otro pequeño puerto cercano. Durante el trayecto, se me presentaron escenas magníficas que me hubiera encantado filmar. Nadie me habría visto, porqué estábamos en pleno campo y en una zona de bosques, pero no tuve el coraje de hacerlo por respeto a su sensibilidad.

En su vida únicamente un aspecto me preocupaba un poco: no tenía novia.

Una vez, discretamente, le pregunté cuál era el motivo, a lo que me contestó que encontraba poco serias a todas las chicas. Yo le dije que no debía de ser tan exigente, que debía observar la educación y el comportamiento de la familia y le deseé que encontrara, lo antes posible, una compañera para su vida.

Un día me dijo que creía haberla encontrado. Me dio su nombre y apellidos. Yo conocía bien a los padres de la muchacha. Eran muy buenas personas en todos los aspectos. Una familia de comportamiento ejemplar que frecuentaba regularmente la Iglesia y los sacramentos. Lógicamente, estuve muy contento, ya que de la chica había oído hablar muy bien.

Pasado algún tiempo, Andrea me comunicó que todo había terminado. Me supo mal, pero no le pedí explicaciones. Algo más adelante, me encontré casualmente con la madre de la muchacha, a quien comenté que lamentaba que no hubiéramos llegado a ser consuegros. Ella me respondió explicándome que su hija le había dicho que Andrea era demasiado serio. La muchacha tenía apenas veinte años y deseaba asistir a fiestas, excursiones y demás diversiones propias de su edad antes de comprometerse.

Teniendo en cuenta lo sucedido, debo decir que fue una suerte que Andrea no llegara a casarse como ya habían hecho sus hermanos a su edad. Fue una gracia del Señor que así evitó otros dolores.

Cuando Andrea desapareció, sentí la necesidad y el deber de saber lo más posible respecto a su vida pasada, sus amigos y su comportamiento. Sólo obtuve elogios excepcionales sobre él y todos los aspectos de su existencia, ya fuera a través de las personas interrogadas por mí o por terceros, incluida la policía, lo cual no hizo más que agravar mi dolor por la pérdida. Todos sus compañeros destacaron el hecho de que Andrea era no sólo amistoso, sereno, bueno y generoso, sino también capaz de restablecer la paz en las discusiones que solían surgir en el ambiente deportivo en el que se movía, por lo cual era considerado un gran diplomático. Andrea estaba siempre fuera y por encima de las disputas. Además, cuando en el equipo surgían escisiones, despidos y fuertes rivalidades, él sabía mantenerse siempre en óptimas relaciones con todos. Su entrenador, un cualificado funcionario de la Seguridad Pública, añadió que incluso él, cuando Andrea estaba presente, se sentía empujado a abstenerse de usar expresiones inconvenientes. No porque Andrea protestase, sino porque se daba cuenta de que ello le hacía sentirse incómodo, por lo cual, si alguna vez se le escapaba alguna expresión malsonante se excusaba con él, quien, amable y humildemente, evadía tales excusas. Me explicó también, que en toda su carrera como entrenador Andrea era el único jugador que había conocido que se llevaba los libros consigo para estudiar en las horas libres. Incluso, de vez en cuando y una vez terminado el partido, se acercaba a visitar algún museo.

Repite que, ante tantos elogios y reconocimientos, se me encogía un poco el corazón al pensar en lo que había perdido.

También era muy profunda su sensibilidad a los problemas del prójimo. Por ejemplo, no aprobaba que mi mujer y yo no recogieramos a los autoestopistas

por el riesgo que ello pudiera comportar. Opinaba, de manera reservada y sumisa, que es mejor correr algún riesgo que dejar de ayudar a los demás.

Cuando se presentaba en casa algún propagandista de alguna secta religiosa a repartir publicidad y mi esposa contestaba, más bien bruscamente, que no quería saber nada del tema, él, siempre dulce y humildemente, señalaba que se trataba de personas que creían estar cumpliendo honestamente con su deber y que como tales había que tratarlas.

Para hacer pública la figura de mi hijo Andrea he tenido que actuar en contra de mi mismo, especialmente porque sé que no habría sido de su agrado dada su modestia. Sin embargo, creo que conocer su personalidad y su vida es elemento útil a la hora de valorar sus mensajes y la posibilidad de que éstos procedan de él desde el mas allá. Sostengo la hipótesis de que nació y murió para cumplir una misión en honor a Dios.

Creo que el acontecimiento milagroso del que fue protagonista siendo niño pudo ser, verdaderamente, un signo de la Providencia.

Desde esta óptica, me atrevería a decir que cobra un significado especial la forma como desapareció, improvisada y extrañamente, sin dejar huellas, haciendo así posibles todos los hechos que nos han llevado a la situación actual y que aquí expongo.

También es posible pensar que tuvo una motivación específica el que naciera cuando nosotros ya no lo esperábamos. Aquí adquiere un sentido particular su mensaje afirmando haber nacido y muerto para cumplir una misión en honor a Dios.

CONSIDERACIONES y observaciones finales

A modo de conclusión de todo cuanto he expuesto, creo oportuno añadir algunas consideraciones y reflexiones de carácter general que me he hecho a mí mismo a la hora de valorar el conjunto de los hechos antes de decidir darlos a conocer a la opinión pública. Son los que siguen.

Consideraciones generales sobre la parapsicología

Ante todo, y con el fin de poder valorar correctamente los mensajes recibidos de mi hijo a lo largo de estos años, creí necesario hacerme una idea general sobre los fenómenos parapsicológicos y sobre las características de los que me afectan directamente.

Como ya he suscrito anteriormente, antes de la desaparición de Andrea y de mi encuentro con el mencionado sacerdote carmelita, yo estaba absolutamente a oscuras sobre este tipo de fenómenos, cuya existencia conocía únicamente de forma genérica y respecto a los que, para ser exacto, tenía una opinión más bien negativa y muy fuertes prejuicios. Sólo tras los acontecimientos descritos surgió en mí el interés por profundizar en el tema.

Basándome en los conocimientos adquiridos hasta ahora, creo poder hacer las siguientes consideraciones, que son -quiero precisarlo- estrictamente personales.

A mi parecer, muchos de estos fenómenos son simplemente el efecto de fuerzas físicas desconocidas. Pertenece a tal categoría las mesas que se mueven y los fenómenos de levitación en general, los metales que se doblan por la fuerza del pensamiento, el cuadro que gira sobre sí mismo, los objetos que pasan a través de las paredes, la materialización de objetos diversos, etc...

Incluso la aparición de fantasmas enteros o parciales creo que puede incluirse en esta categoría.

Hasta la fecha, desconocemos las leyes físicas que provocan estos fenómenos y no sabemos como es posible ponerlas en funcionamiento. La antigua creencia popular dice que tales fuerzas físicas, desconocidas para los seres humanos, son manipuladas por entes no vivos más poderosos que nosotros. Obviamente, no puede excluirse esta hipótesis. No obstante, es posible pensar que son seres vivos quienes producen, inconscientemente, tales fuerzas, a condición de tener la predisposición de hacerlo.

En determinados casos, como el del doblamiento de metales, esta hipótesis está prácticamente demostrada. En otros, no es tan evidente y, en ocasiones, parece incluso extremadamente difícil de aplicar.

Existe otra categoría de fenómenos que creo están fuera de este contexto. Se trata de aquellos en los que la manifestación paranormal es inteligente. En efecto, cuando el fenómeno presupone un razonamiento, la expresión de un concepto, una contestación, la respuesta lógica a una pregunta, la formulación de unas ideas más o menos profundas, seguramente no puede ser producido por una simple fuerza física, sino que tiene que ser el fruto de una inteligencia de tipo humano.

En mi opinión, entran en este apartado casos como el del operario que coge una paleta y, sin haber pintado nunca e ignorando lo que va a hacer, termina componiendo un tema para él desconocido y que no pertenece a su ámbito cultural.

A esta categoría pertenece, a mi juicio, el caso de la Sra. Anita, quien frente a distintas preguntas difíciles recibe siempre respuestas que son la resultante de un razonamiento y que, coherente y lógicamente, están relacionadas en cualquier caso con la pregunta efectuada, contenido, por añadidura, expresiones extremada y sorprendentemente agudas.

Aún dejando de lado, obviamente, los casos en los que el sujeto se limita a simular, con fines lucrativos o por afán de notoriedad, también en esta segunda categoría de fenómenos la fuente puede ser humana, ya que pueden proceder del propio inconsciente del médium o ser un mensaje telepático de alguno de los presentes.

En determinados casos, esta hipótesis es difícilmente aceptable, por no decir imposible. Muchos investigadores admiten que las respuestas recibidas por el médium pueden ser la manifestación de entidades que nada tienen que ver con el mismo y, en particular, de almas de difuntos.

Desde el punto de vista católico el fenómeno debe considerarse totalmente factible. Ya que, según la dogmática católica, existen, ante todo, los principios fundamentales de la inmortalidad del alma, que sobrevive al cuerpo, y de la Comunión de los Santos. Es decir, la existencia de relaciones espirituales entre la Iglesia militante -nosotros, los vivos en la tierra- y nuestros difuntos, que forman parte de la Iglesia triunfante o purgante.

En el ámbito de esta certidumbre dogmática rezamos por nuestros difuntos -Iglesia purgante- y pedimos a los elegidos y a los Santos -Iglesia triunfante- que nos ayuden en nuestra vida material y espiritual. Como católicos, creemos en la eficacia de la plegaria, lógicamente siempre que ésta sea formulada con fe, asiduidad y fervor y dirigida al bien de nuestras almas o las del prójimo. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que Dios, destinatario supremo de toda oración, pueda acogerla de forma especial y excepcional. Según el dogma católico, existe también la posibilidad de que las fuerzas negativas, constituidas por ángeles rebeldes a Dios, puedan ponerse en contacto con los hombres durante su vida terrenal.

En la Biblia y en la historia de la Iglesia encontramos diversos ejemplos de intervenciones de espíritus elegidos -los ángeles- en la vida del hombre, que en circunstancias especiales se le han aparecido para darle consejos o anunciarle hechos. Los ejemplos son notorios y no es necesario citarlos. Así pues, desde el punto de vista católico, me parece perfectamente ortodoxo admitir la posibilidad de que un difunto pueda conectar con los vivos, especialmente si tales contactos se insertan en un plan divino.

El caso de la Sra. Anita

Tras estas premisas de carácter general he considerado necesario encuadrar y valorar el caso de la Sra. Anita, respecto al cual, creo, se pueden observar los siguientes aspectos:

1) En favor de la hipótesis de que se trate únicamente de respuestas procedentes de su subconsciente, debemos considerar que la Sra. Anita es una persona indudablemente lista, por lo cual, las respuestas inteligentes que recibe están, como mínimo parcialmente, al alcance de su capacidad intelectual. Consecuentemente, pueden ser concebidas por ella misma a nivel inconsciente, incluso si con toda CERTIDUMBRE desconoce el contenido y, en general, ni siquiera lo imagina antes de haberlo leído una vez acabada su escritura.

2) Por el contrario, hay otras consideraciones que tienden a excluir la hipótesis de que las respuestas de la Sra. Anita puedan ser fruto de su subconsciente, a saber:

a) La Sra. Anita escribe los mensajes con la mano izquierda (en su escritura normal utiliza únicamente la derecha), manteniéndola, de forma nada natural, abierta y en posición vertical, mientras la pluma se mueve por si sola a velocidad variable e independientemente de la voluntad de la interesada. A veces, incluso, improvisa algún dibujo totalmente inesperado.

b) La Sra. Anita ignora la respuesta hasta que, una vez recibida, gira el folio de modo que pueda leerse horizontalmente.

c) Las expresiones y las palabras utilizadas en las respuestas, el estilo y la sintaxis no tienen nada que ver con su patrimonio lingüístico y cultural. La Sra. Anita, en su vida cotidiana, se expresa únicamente en el dialecto de Trieste, jamás en italiano.

d) En las respuestas, se hace referencia a hechos que no le es posible conocer o controlar -hechos que después se demuestra que corresponden a la realidad-, mientras, en otras ocasiones, el contenido de las mismas sobrepasa totalmente la capacidad y la posibilidad conceptiva de la Sra. Anita. En la exposición

anteriormente presentada encontramos muchos de estos casos. Por ejemplo, recuerdo -como algo que no podía tener nada que ver, en absoluto, con el subconsciente de la Sra. Anita o de cualquiera de los presentes- la intervención de Gigi Rosani, que transmitió sus saludos para su esposa María y sus hijos Mario, Gianni, Franco y Rosanna y la indicación de Andrea de mirar el periódico donde encontramos la esquela mortuoria de Gigi totalmente desconocida para todos nosotros.

Se dieron también algunos hechos que nada tuvieron que ver con las respuestas recibidas por la Sra. Anita -y que, en consecuencia, ninguna relación tuvieron con su inconsciente o su influencia-, pero que constituyen una prueba que confirma el carácter extraordinario de toda esta vivencia y la presencia de una entidad que declaraba ser mi hijo Andrea.

Cito los siguientes:

1) La inexplicable aparición, en «II Giomale» del 21 de junio de 1983, de la mancha de color rojo sangre que ha permanecido inalterable a través de los años con toda su viveza y que Andrea confirmó, en su respuesta del 28 de junio de 1983, como un signo dado por él.

2) Las tres fotografías que reproducen un cuerpo en el fondo del Po, cualificadas en la respuesta recibida por Anita como de «fotografías no reales», pero queridas por la Luz Infinita para orientarnos, como ya he explicado en la parte dedicada al relato de los hechos acaecidos.

3) También deben ser tenidas en consideración, las particulares sensaciones percibidas por la Sra. I. durante mi peregrinaje a Medjugorje, en Herzegovina, y su urgente llamada a mi regreso a fin de que me pusiera en contacto con mi hijo por medio de la Sra. Anita, en unos momentos en los que yo me había abstenido de todo tipo de contactos y me sentía inseguro sobre si seguir adelante o no.

Procedencia de los mensajes

Admitiendo que, desde el punto de vista religioso-dogmático, existe la posibilidad de una comunicación entre los vivos y los espíritus del más allá según la voluntad de Dios, me preocupé también de examinar si dichos mensajes podían proceder de alguna entidad negativa en un intento de desviarnos del camino recto. A tal fin, tomé en consideración que la Biblia no sólo nos indica la posibilidad de que los vivos se comuniquen «con los espíritus», sino que también nos enseña como distinguir si un espíritu procede o no de Dios.

Así, y dada la importancia que el tema tenía para mi, cuestioné a mi hijo en tomo a los versículos 1-6 del capítulo 4 de la epístola I de San Juan sobre como distinguir si un espíritu procede de Dios. Según, ellos, «el espíritu que confiese que Jesucristo se encamó procede de Dios».

Considero interesante recordar la bellísima respuesta de Andrea en aquella ocasión en la que no sólo dijo: «Si lo confirmo en nombre de Cristo», sino que además añadió: «Sobre este tema puedo confirmarlo todo. En efecto Jesús es decir la Luz Infinita, quiere con infinito amor que todas sus ovejas pastoreen en el gran prado lleno de divinas palabras que es la Biblia».

Vale la pena recordar que todos los mensajes recibidos de mi hijo, en especial los que se refieren a su misión y a la colaboración que para ésta se me pide, están inspirados en honor a Dios y con el fin de cumplir su voluntad. Quiero señalar también que la expresión: «Dios», utilizada por nosotros, corresponde con la de «Luz Infinita» utilizada por Andrea y que ésta última aparece en diversos pasajes evangélicos en los que se dice que: «El (Jesús), es la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo» (San Juan), mientras Jesús dijo de si mismo: «Yo soy la luz del mundo».

También pensé que -admitiendo que los mensajes recibidos por Anita procedan de una entidad inteligente externa a ella- un medio seguro para saber si dicha entidad es positiva o negativa, desde el punto de vista religioso, sería valorar dichos mensajes en base a su contenido: es decir, si llevan al hombre a honrar a Dios o tienden a alejarle de Dios.

Desde esta óptica me parece evidente que el examen no puede ser más positivo, ya que todos los mensajes de mi hijo demuestran querer no sólo respetar la ley de Dios sino estar profundamente impregnados del deseo de hacer que los vivos le honren cada día más.

Consideraciones de carácter práctico

Me hubiera sentido muy mal con mi conciencia de no haber contestado a la llamada de mi hijo y dado a conocer a los hombres unos hechos que inducen a demostrar la supervivencia del alma al cuerpo, en contraposición a la concepción materialista tan en boga en la actualidad. Unos hechos que nos llevan a acercarnos más a Dios.

Con este propósito, he querido hacer una última consideración de carácter práctico que me permite poner en conocimiento del lector. Me pregunté: ¿Es posible que la Divina Providencia haya esperado hasta hoy para dar a los hombres pruebas más manifiestas de la supervivencia del alma? Ante todo, es obvio reconocer que no nos corresponde a nosotros, pobres mortales, juzgar si la Divina Providencia debe mostrar sus divinos designios a la humanidad, ni cuando.

En este caso concreto, reflexionándolo bien, se puede especificar una razón por la que, actualmente, parece necesario reafirmar a la humanidad una verdad fundamental desde el punto de vista religioso como es la supervivencia del alma. En efecto, es indiscutible que negar la supervivencia del alma al cuerpo constituye el argumento de fondo más radical para rechazar el conjunto de normas en el que se funda nuestra religión y todas las demás.

Creo también posible afirmar que mientras en siglos pasados la supervivencia del alma al cuerpo era generalmente aceptada, hoy, con la afirmación de la concepción positivista, es puesta en duda por amplios sectores de la sociedad. Esta convicción negativa tiende a expandirse cada vez más, como consecuencia de la difusión de los conceptos materialistas.

Por tanto, nunca ha sido tan oportuno como hoy hacer algo para combatir las concepciones que excluyen la supervivencia del alma, proporcionando pruebas de que, por el contrario, tal supervivencia existe y consecuentemente también lo sobrenatural, es decir: Dios.

Me parece pues lógico, que quien sienta el deber de servir a Dios de forma altruista -espíritu misionero- se preocupe de dar a conocer al próximo los elementos que posea y que puedan mover a las personas a meditar sobre la existencia real de un más allá en el que las almas son juzgadas según sus actos.

Es natural que, al igual que una flor no hace verano, un solo episodio -como el de los mensajes de mi hijo- no baste para determinar una amplia orientación de la opinión pública. Pero no es menos cierto que en dichos mensajes se anuncia, repetidamente, que habrá otros episodios, obra de almas elegidas para ello, que cooperarán a confirmar los mismos hechos.

En consecuencia, creo poder llegar tranquilamente a la conclusión de que la invitación que me fue hecha, a través de los mensajes recibidos por la Sra. Anita, de darlos a conocer a la opinión pública con la intención y la esperanza de que tal conocimiento pueda inducir a los hombres -aunque fuera únicamente a uno- a acercarse a Dios, es, sin lugar a dudas, un hecho positivo, por lo que, en conciencia, se trataba de una invitación que no podía rechazar.

Peligros a evitar

Todo cuando acabo de decir es válido, sin duda, desde un punto de vista subjetivo, pero yo me preguntaba si no existiría el peligro, desde un punto de vista objetivo -independientemente de mi buena voluntad-, de que la publicación de estas páginas pudiera acarrear algún daño. Un posible perjuicio podría ser, pensé, que determinadas personas, animadas por mis experiencias y por la consiguiente convicción de que existe un más allá y que es posible comunicar con los propios difuntos, hicieran tentativas de este tipo recurriendo a personas ineptas o hipócritas. Otro peligro se derivaría del hecho de que, intentan- to contactar con el más allá, recibieran mensajes de entidades negativas.

Quiero pues destacar, aún refiriéndome a observaciones ya hechas en algunos casos, los siguientes peligros:

Á) EN EL CASO DE QUE LOS MENSAJES NO PROCEDAN DEL MAS ALLA SINO DEL PROPIO MEDIUM En este caso, dichos mensajes pueden

ser fruto de la mala fe y la ficción del médium, con el fin de conseguir beneficios económicos, publicidad, o, incluso, dañar a alguien.

También pueden proceder del médium, pero de buena fe por parte de éste, cuando son inspirados inconscientemente por sus propios sentimientos, visiones o conceptos:

Está claro que, en ambos casos, se pueden correr riesgos muy graves si se confía en ellos, no sólo materiales sino también espirituales y religiosos.

B) EN EL CASO DE QUE LOS MENSAJES ESTEN INSPIRADOS POR ENTIDADES EXISTENTES EN EL MÁS ALLÁ

En este otro caso, los daños materiales y más aún los espirituales y religiosos pueden ser todavía mayores. Efectivamente, siempre admitiendo que verdaderamente sean entidades del más allá las que emitan los mensajes, el receptor no puede saber con certeza de quien proceden, aún cuando éstas den un determinado nombre. Desde la antigüedad, la Iglesia nos ha enseñado que en el mundo operan espíritus malignos o diabólicos con la intención de desviar a la gente del camino recto. En el ámbito parapsicológico se suele hablar a este propósito también de los «espíritus burlones», entidades que se entrometen y dan respuestas engañosas.

Por ello, esta materia es claramente insidiosa, por lo que ha sido afrontada con extrema prudencia, con preparación y con la guía espiritual competente.

Precauciones sugeridas por Andrea

Preocupado por este problema y antes de concluir estas páginas hice la siguiente pregunta a Andrea: «Muchas personas, teniendo facultades de médium, o fingiendo tenerlas, dicen haberse comunicado con almas de difuntos y serán, presumiblemente, más numerosas si hacemos públicos tus mensajes. Para que las almas de los vivos no puedan ser llevadas a error por falsos médiums o entidades negativas, diabólicas o los llamados «espíritus burlones» te ruego me digas: ¿Qué criterios deben observarse para tener la seguridad de que se trata de mensajes procedentes realmente del más allá y de entidades que actúan según la voluntad de Dios y no del propio médium, de entidades negativas o de los consabidos «espíritus burlones»?».

La respuesta fue:

«Las entidades negativas pueden introducirse únicamente si no se cuenta con un buen espíritu guía o si el médium utiliza sus facultades con malos fines. Los «espíritus burlones» pueden entrar cuando se hacen preguntas del tipo de como ganar en el juego, la fecha de la muerte. En cierto modo todo depende de como se hacen las preguntas: a las serias se responde con seriedad, las que se hacen por juego son contestadas burlonamente. Los falsos médiums no son fáciles de descubrir para vosotros. Por eso, nos es concedido dar pruebas del tipo de las dadas por mí. Por otra parte nunca hay que creer en aquellos que lo hacen por afán de lucro, como si fuese un negocio. ¿Entiendes? Besos de Andrea».

Me parece una respuesta correcta y que ofrece algunos elementos importantes:

I) Por el mero hecho de que el médium actué con fines lucrativos, es decir, si pide y acepta u obtiene a cambio de su actividad algún tipo de compensación o ventaja (económica o moral) hay que descartarlo de inmediato.

II) Es difícil, para nosotros los vivos, identificar a los falsos médiums. Por ello, el hombre, y especialmente el cristiano que tiene la suerte y la gracia de disponer de la Iglesia Católica para protegerle, debe actuar siempre asistido por la propia Iglesia y sus ministros competentes.

III) En comunicaciones de este tipo pueden introducirse, además de los «espíritus burlones», espíritus negativos. Para valorarlas correctamente, lo mejor, en general, es estudiar el contenido de los mensajes: de las preguntas y de las respuestas. En efecto, en el citado texto, Andrea lo dice claramente: «A las (preguntas) serias se responde con seriedad, las que se hacen por juego son contestadas burlonamente». Los mensajes deben ser juzgados de acuerdo con el contenido de la pregunta y de la respuesta y, ante todo, desde el punto de vista religioso.

IV) La respuesta que examinamos nos da también un elemento concluyente para saber que los mensajes vienen del más allá y que son voluntad de Dios, elemento que es el núcleo de la cuestión. En efecto, Andrea nos dice: «Los falsos médiums no son fáciles de descubrir para vosotros. POR ESO NOS ES CONCEDIDO DAR PRUEBAS DEL TIPO DE LAS DADAS POR MI». Al publicar estas páginas, me parece que es mi deber llamar la atención del lector sobre estos aspectos, invitándole a tener en cuenta los peligros inherentes a este tipo de fenómenos y la necesidad de ceñirse a los consejos de un director espiritual.

Deseo señalar también que, aunque se tenga una razón válida para creer que los mensajes son inspirados, no por el propio médium sino por entidades positivas del más allá, siempre es necesario verificar el contenido a fondo y no aceptarlo íntegramente como si fuera oro en paño, ya que puede haber sido alterado por diversos factores derivados del inconsciente del médium o por la intromisión de otras entidades.

En el curso de los diálogos con mi hijo, éste nos advirtió desde un principio de tales riesgos.

Referente a la hipótesis de la interferencia de espíritus extraños, basta tomar como ejemplo el siguiente caso: En el segundo encuentro habido con la Sra. Anita, el 24 de febrero del 83 (el primero había tenido lugar el 17 del mismo mes), el padre de la misma, que la asiste en todos los diálogos como espíritu guía, la advirtió de que no todas las respuestas habidas en el encuentro precedente eran de Andrea, ya que en un cierto momento «xe vegrudo Angelo», es decir: «ha venido Angelo» (el padre de la Sra. Anita se expresa siempre en el dialecto de Trieste).

Creo que este hecho, sucedido al inicio de los diálogos con mi hijo, fue una especie de advertencia preliminar para la valoración de las experiencias sucesivas.

En una segunda fase, cuando llevábamos a cabo la búsqueda en el Po, Andrea nos advirtió de que, en un momento en el que él no estaba presente, habían intervenido otras entidades.

Referente a la posibilidad de que los mensajes procedan, en parte, de una entidad y, en parte, del propio médium, recuerdo que también sobre tal argumento tuve indicaciones particulares de mi hijo. Al llegarme información de comunicaciones transmitidas a otros médiums, presumiblemente procedentes de Andrea, me permití preguntarle que había de cierto en ellas, a través de la Sra. Anita, a lo que me contestó que algunas partes eran suyas y que otras eran sentimientos personales del médium que nada tenían que ver con él.

El único criterio concreto y práctico para poder aceptar un mensaje es que éste sea religiosa y moralmente bueno y coherente con los principios de la Iglesia católica.

Consideraciones finales

Desde el punto de vista de la misión que mi hijo está llamado a cumplir -consistente en demostrar la existencia del más allá- está claro que, en esencia, no tiene importancia saber hasta qué punto los mensajes proceden de Dios o de entidades inspiradas por El o si, por el contrario, emanan de entidades negativas o diabólicas. Tanto en un caso como en otro, los mensajes prueban que no únicamente existe la materia y que, en consecuencia, el hombre no acaba con ella, contrariamente a lo que enseñan las teorías materialistas hoy tan de moda, sino que, más allá de la materia, existen entidades espirituales inspiradas por Dios y otras que lo combaten.

En conclusión, y aunque pueda parecer una paradoja, diríamos que, a fin de demostrar que el mundo no sólo es materia sino que existen entidades espirituales que honran o combaten a Dios, constatar la existencia de entidades malignas tiene prácticamente el mismo valor que constatar la existencia de entidades benignas. En ambos casos se confirma la existencia de lo sobrenatural.

Esto es lo único que cuenta para los fines de este libro. Aquello por lo que mi hijo ha afirmado siempre haber nacido y muerto, es decir, que: **ES NECESARIO HACER SABER AL MUNDO ENTERO QUE EXISTE UN MÁS ALLÁ PORQUE SOLO CON ESTA CONVICCIÓN LA HUMANIDAD VOLVERÁ A CREER Y VIVIRÁ EN PAZ, EN HONOR DE LA LUZ INFINTA».**

Trieste, 18 de enero de 1985

UNA vez concluida la redacción de este libro, ocurrieron una serie de acontecimientos y recibí algunas respuestas que me parece oportuno reseñar, ya que son significativos y considero interesante su inclusión en el mismo volumen.

Crítica de Andrea al libro

Apenas había concluido la parte descriptiva que se encontraba aún en forma de manuscrito. No se la había enseñado todavía a nadie, ni siquiera a mi mujer o a mi familia, ni a mi secretaria que debía mecanografiarla y mucho menos aún a la Sra. Anita, que vive fuera de Trieste. Llamé a ésta última y le rogué que preguntara a mi hijo si le parecía bien la composición dada al libro. Andrea, tras decir que la concepción de la obra era correcta, añadió: «Perdona papá, pero ¿tenías que incluir en el capítulo que me concierne tantos elogios sobre mis estudios y mi moralidad?» Añadiendo: «Este es el único punto que no me gusta y pienso que no interesa al lector. Por lo demás bravo. Gracias papá».

La Sra. Anita desconocía, por completo, como estaba concebida la obra y tampoco sabía que yo había dedicado un capítulo a la figura de Andrea. Con mayor motivo ignoraba, pues, lo que yo había escrito sobre él.

El lector habrá podido darse cuenta de que en páginas precedentes yo ya señalaba que si Andrea hubiera estado vivo habría desaprobado, dada su natural humildad, que yo le alabase públicamente.

Este hecho confirma una vez más la total coherencia entre las respuestas recibidas y el carácter de mi querido Andrea.

Entre Crispino y Saturnino

Una vez concluido el libro y mientras gestionaba su publicación, me pidieron que participara en una serie de emisiones de la primera cadena de la RAI-TV dedicadas a la parapsicología. Acepté porque, evidentemente, era necesario dar a conocer el mensaje. Fue entonces cuando pedí a la Sra. Anita que hiciera la siguiente pregunta a Andrea: «Queridísimo hijo mío, me hallo en un estado de gran incertidumbre. No sé si hacer coincidir la aparición del libro con la emisión de televisión o esperar hasta el próximo otoño, a fin de que ya se haya oído hablar de tus mensajes en distintas ocasiones y tener así tiempo de pulir un poco más la obra y coordinar bien los detalles de su difusión. ¿Cuál es tu opinión?»

Respuesta: «Si papá: el libro saldrá en otoño y quizás coincidirá con otro hecho análogo a éste. Te ruego que no te crees problemas no te pongas en estado de ansiedad porque de cualquier forma todo sucederá como ya está establecido. Tu eres un peón de la Luz Infinita. Te quiero mucho Andrea».

Pregunté de nuevo: «En tu última respuesta me dices que en otoño tu libro coincidirá con un hecho análogo. ¿Crees que será positivo o un inconveniente? En el segundo caso, ¿no sería mejor publicarlo a primeros de octubre a fin de anticipamos?»

La respuesta fue: «Ciertamente que sería un bien. Cuantos más testimonios haya sobre la existencia del más allá mejor es. El momento justo debe ser entre Crispino y Saturnino. Besos Andrea».

Ante esta respuesta tanto la Sra. Anita como yo quedamos muy sorprendidos. Supuse que debía referirse a los astros. Pensé en Saturno, pero, que yo supiera, no había ninguno llamado Saturnino y menos aún Crispino.

Planteé pues una nueva pregunta para que la Sra. Anita la formulara: «Queridísimo hijo, gracias de todo corazón por tu reciente respuesta, pero te ruego que me expliques que significa: entre Crispino y Saturnino, dado que estos dos nombres no significan nada para mí». He aquí la respuesta: «Tienes razón perdona: últimos de octubre, últimos de noviembre. Mira el calendario». Miré el de mi agenda y vi: 25 de octubre: San Crispino, 29 de Noviembre: San Saturnino.

Doy mi palabra del modo más absoluto de que ni la Sra. Anita ni yo, como creo que la mayoría de italianos, no teníamos la menor idea de que a finales de octubre existiese un San Crispino y a finales de noviembre un San Saturnino.

Respuestas de este tipo demuestran que la entidad que mueve el rotulador nada tiene que ver con la médium. Considero además que esta respuesta constituye uno de los signos que la Luz Infinita concede, como nos había dicho anteriormente mi hijo en uno de sus mensajes, para que los vivos puedan darse cuenta de la verdad y la autenticidad de esta extraordinaria comunicación.

Extraordinaria coincidencia

Otro dato que creo debe ser conocido y que me parece significativo, pues demuestra que los mensajes que recibo presuponen un conocimiento de la situación completamente ignorado por la Sra. Anita y por mí, es el que sigue:

Como he referido en páginas anteriores, el consejo de mi hijo de ponerme en contacto con la Dra. Paola Giovetti, a quien yo no conocía en absoluto por aquel entonces, data de enero de

1984. Mi primer contacto con ella fue en noviembre de aquel mismo año. Únicamente a mitad de junio de 1985 tuve ocasión de comprar el libro «Parapsicología y supervivencia», obra de diversos autores, recopilada por Paola Giovetti y editada por la «Mediterraneo» a finales de 1984. Fue así como descubrí que en él Paola había recogido y coordinado los ensayos de varios expertos en diversos sectores de la parapsicología, con el fin de abordar el tema de la supervivencia del alma a la muerte corporal a través de diversos campos de investigación. Comprendí que mi hijo, en el marco de su misión, cuyo fin era demostrar la supervivencia del alma al cuerpo, me había dirigido a esta estudiosa de la parapsicología que se había fijado su misma meta a través de la publicación, entre otros, del citado volumen. Este libro había sido publicado unos diez meses después de que mi hijo me dijera por primera vez que me pusiera en contacto con ella y antes de que yo lo hiciera.

Mensaje durante la retransmisión de la RAI

Fueron muchísimas las personas que, tras la emisión de la primera cadena de la RAI-TV en la que intervinimos la Sra. Anita y yo, me solicitaron tener conocimiento del texto íntegro del mensaje recibido en aquella ocasión, ya que la secuencia fue cortada antes de que la Sra. Anita terminara de recibirlo. Por ello, deseó ponerlo en conocimiento de todos los interesados, tanto para corresponder a su deseo como por el interés intrínseco del propio mensaje.

La pregunta planteada a la Sra. Anita fue la siguiente: «Tu padre te pregunta si tienes algo que decirle a él o al público»

La respuesta fue: «Papá, perdona, pero debo dirigirme a los demás, en especial a los sordos que no quieren oír: Quien siembre el mal recogerá el mal, quien siembre el bien recogerá el bien».

Apenas terminada la transmisión, hice que la Sra. Anita le preguntara el significado del dibujo que acompañaba al mensaje en cuestión. Su respuesta fue: «Papá, como viste el tiempo era limitado. El dibujo muestra el ojo de Quien lo sabe y lo ve todo, la Luz Infinita. Andrea».

Este mensaje me pareció muy adecuado a la situación, estando como estaba destinado a todo el público de la sala y a los telespectadores. Reclama la atención de todo el mundo, especialmente de los «alejados», sobre el juicio de Dios acerca de sus obras, no bajo el aspecto punitivo sino como consecuencia lógica del propio comportamiento.

El caso «Sra. Anita»

Es necesario señalar que las particulares características de la actividad de la Sra. Anita habían tenido un gran reconocimiento. La RAI le pidió que hiciera una demostración de su particular forma de recibir los mensajes, ya que el método que ella utiliza es distinto a todos los conocidos en el ámbito de la escritura automática. Quiero subrayar que, siguiendo sus principios, se negó a aceptar ningún tipo de compensación económica, ni a ganar ninguna notoriedad, ya que puso como condición indispensable que la filmaran de espaldas a fin de no ser reconocida.

Aquellas personas que adoptaron una posición crítica ante el citado programa de televisión dijeron que los hechos paranormales no son creíbles más que si son susceptibles de ser repetidos en condiciones de laboratorio. Debo señalar, que tales críticas no son, en absoluto, aplicables a la actividad de la Sra. Anita. Como ya demostró la emisión televisiva, Anita puede dar, ante todo el mundo, pruebas de su actividad paranormal y está dispuesta a hacerlo en cualquier sede científica y bajo cualquier control, siempre que las preguntas sean hechas a mi hijo, en el marco de su misión y conservando su total anonimato.

En guardia ante las experiencias mediúmnicas

Considero necesario referir algunas respuestas y un hecho grave que da testimonio de la gran delicadeza con que hay que tratar las comunicaciones mediúmnicas y de la necesidad de actuar con la máxima cautela al respecto.

Ante todo, deseo puntualizar que, en previsión de mi intervención en la televisión, pregunté a Andrea como comportarme frente a las eventuales preguntas del público. El me dio dos indicaciones que, en principio, me parecieron muy interesantes:

- a) que únicamente debíamos llamarle a él, incluso en el caso de preguntas hechas por el público, ya que «no debe convertirse en la típica reunión espiritista».
- b) que él no podría intervenir entre los vivos y almas que no conocía.

En otras palabras, con estas afirmaciones estipuló dos limitaciones a su intervención, dejando claro que estaba facultado para dar respuestas referidas concretamente a su misión, pero que quedaba excluido que tal posibilidad se ampliase para otros fines.

A continuación quiero referir un hecho muy significativo y que debe ser considerado como una seria advertencia, a saber:

Una señora de la provincia de Treviso que vio durante la retransmisión televisiva el sistema utilizado por la Sra. Anita para recibir los mensajes, intentó conseguir, durante varios días, un resultado análogo a través de la escritura automática. Tras varias tentativas, caracterizadas por la obtención de resultados parciales y nada claros, invocó a su suegra, con la cual, en vida, había tenido una relación de profunda hostilidad, haciéndole preguntas provocativas referentes a la herencia. Empezó a manifestar signos extraños como si estuviera poseída por espíritus malignos. El comportamiento de la madre se extendió a las hijas, una de veinte y otra de quince años. El rotulador se le quedaba adherido a la mano y debía realizar grandes esfuerzos para desprenderlo. A pesar de ello, sentía una imperiosa necesidad de volver a cogerlo. Todas las tentativas para devolver la tranquilidad a la madre y a las hijas resultaron infructuosas, tanto que la familia telefoneó a la RAI para pedir consejo. Allí les indicaron que se dirigieran al médico triestino Dr. Giovanni Mongiovi, con quien se pusieron en contacto telefónico inmediatamente. El doctor se acercó a Treviso y en cuanto las vio se dió cuenta de que no se trataba de una crisis de características histéricas o neuróticas sino de una auténtica posesión por parte de fuerzas malignas. En consecuencia, les aconsejó que alejaran a las muchachas de la casa a fin de que las fuerzas malignas no se concentraran y les recomendó que llamaran a un sacerdote.

Pocos días después, la hija mayor pidió ser recibida por el Dr. Mongiovi en Trieste. Apenas la vieron, el médico y la enfermera quedaron impresionados por su aspecto, de una extraordinaria fealdad. A la espera de visitarla, el doctor la instaló en una sala en la que no había nadie más y le dio a beber un vaso de agua en el que había puesto unas gotas de agua bendita procedente de Medjugorje, donde, como ya he mencionado anteriormente, unos jóvenes afirmaban, desde hacía cuatro años, que se les aparecía la Virgen.

Apenas terminada de beber el agua empezó a encolerizarse, a contorsionarse de una forma increíble y a vociferar con una voz inhumana, mientras por la boca, nariz y orejas le salía sangre. La lengua -cuya longitud era desproporcionada- le colgaba fuera de la boca, llegándole casi al pecho.

Cuando por fin se calmó se quedó dormida. Al despertar, tenía un aspecto completamente diferente, dulce y bello, que nada tenía que ver con el que presentaba cuando había llegado.

Todo cuanto acabo de relatar me ha sido referido textualmente por el Dr. Mongiovi, a quien remitió esta descripción de los hechos para su aprobación.

El mismo médico me refirió también que, algunos días después de este episodio, unos familiares le llevaron las dos jóvenes a un pueblo de veraneo al que él había ido a pasar el fin de semana. Allí tuvo de nuevo ocasión de asistir a una escena aterradora.

Las muchachas pernoctaron en el mismo hotel en el que él estaba alojado, en previsión de ir al día siguiente a Oderzo para pedir consejo a un sacerdote. Antes de acostarse, el médico había cerrado la ventana herméticamente y la puerta con llave. Las muchachas tenían una habitación en la misma planta, frente a la suya. Hacia las dos de la madrugada, el doctor se despertó a causa de unos gritos. Al poco, vio la ventana, que él había cerrado bien, abrirse y cerrarse sola, la puerta del armario abrirse y el cajón del mismo salir y entrar. Las jóvenes, en su habitación, gritaban desaforadamente como unas posesas, hasta el extremo de que todos los huéspedes del hotel salieron asustados de sus habitaciones.

A petición del propietario y de los demás huéspedes, a las 3,30 h. de la madrugada el médico tuvo que llevarlas a su casa, que distaba de allí una decena de kilómetros.

He querido -repito- referir este hecho porque confirma lo anteriormente explicado respecto a lo delicado de la cuestión. Y, de forma especial también, el mensaje en el que mi hijo dice que la Luz Infinita permite que sean dados signos particulares, como ha sucedido en su caso, cuando se trata de comunicaciones deseadas por la propia Luz Infinita.

El hecho de que sucediera el terrorífico episodio que acabo de describir puede considerarse como una oportuna coincidencia, por no decir una clara advertencia, para que el lector de este libro no caiga en la tentación de querer evocar entidades que no puede ni conocer, ni controlar.

También aparece como una casualidad muy significativa la circunstancia de que un hecho acaecido en Treviso fuese tratado por un médico de Trieste, por más señas conocido mío, de modo que pude ser informado del caso pudiendo dar noticia del mismo.

Por otra parte, si, como el Dr. Mongiovi afirma con total certeza, las tres mujeres estaban poseídas por entidades negativas, se confirma, una vez más, que nuestro mundo no está únicamente formado por materia sino también por otras entidades espirituales que pueden proceder de Dios o del demonio, exactamente tal y como nos advierte ya San Juan en la anteriormente citada Epístola I, cap. 4, versículos 1-4, en la que dice: «Queridos, no creáis a cualquier espíritu, probadlos para saber si proceden de Dios, porque muchos falsos profetas han venido al mundo».

Aclaraciones de Andrea

Tengo que confesar que, releyendo los procesos verbales con las respuestas de Andrea, éstas me parecieron, en dos puntos, contradictorias. Con el deseo de aclararlas, tanto para mí como para los lectores en quienes pudieran surgir interrogantes análogos, quise consultar con mi hijo para saber cuál podía ser la explicación.

Las consultas fueron:

Como consecuencia de la búsqueda en el Po, la mañana del día 29 de marzo de 1983, Andrea, tras indicar que los buceadores estaban cerca de su cuerpo y que no debían renunciar, añadió: «Papá ayúdame». Tal afirmación me parecía contradictoria respecto a las hechas precedentemente, en las que decía que la recuperación

del cuerpo no tenía ninguna importancia para él ya que lo importante es el alma y que si se preocupaba en ayudamos era únicamente porque nosotros lo deseábamos ardientemente.

Planteada la cuestión a Andrea respondió: «Querido papá, invoqué tu ayuda para atenuar vuestro dolor ante el fracaso de la búsqueda. Sentía que mamá, sufriendo, se alejaba de todo lo que se refería a mi misión y tenía miedo de que también tu abandonaras».

Debo confesar que las observaciones contenidas en esta respuesta son extremadamente exactas y demuestran un profundísimo conocimiento de nuestros corazones y de nuestros más recónditos sentimientos.

En efecto, tras los resultados negativos de aquel primer intento al que nos habíamos lanzado con tanto entusiasmo, sentimos, tanto mi mujer como yo, pero especialmente ella, un gran desaliento. La invocación de Andrea, dirigida personalmente a mí, me movió, indudable y decisivamente, a continuar adelante y a no abandonar. Mi mujer me siguió.

La segunda cuestión que me planteaba era la siguiente:

Anteriormente, ya he referido que, durante la búsqueda en el Po, recibí mensajes de otras personas aparte de los de la Sra. Anita. Mensajes que venían a confirmar la misión de Andrea tal y como él nos la había indicado. En su momento, le pregunté si aquellos mensajes eran o no suyos. Algunos los rechazó, otros los confirmó total o parcialmente y añadió que se consideraba afortunado de poder tener tantos intermediarios para comunicarse con nosotros.

Desde mi punto de vista, estas afirmaciones estaban ligeramente en contraposición con las efectuadas el 24 de junio de 1985. En aquella ocasión (tal y como puede apreciarse en las actas reproducidas en el capítulo «Documentos»), al preguntarle si procedían de él ciertos mensajes recibidos por una señora de Monfalcone en su nombre los había rechazado diciendo: «No tengo necesidad de inmiscuirme». Así, pues, le pedí una explicación a esa aparente contradicción.

Su respuesta fue: «Papá, con aquellas palabras intentaba decir que para mi misión no necesito de otros intermediarios. Por el contrario al principio cuantos más intermediarios tenía mejor porque en aquella época tu no parecías demasiado convencido. Me comprendes papá».

Una vez más, la explicación implica un impresionante conocimiento de mi auténtica y real situación psicológica, ya que, en efecto, como se desprende de todo lo precedentemente expuesto, cuando él se felicitaba por el hecho de tener varios intermediarios para contactar con nosotros a mí me embargaba una gran incertidumbre y estaba condicionado por un exceso de prejuicios racionalistas sobre el tema. El que otras fuentes me confirmaran la misión de Andrea, aparte de la Sra. Anita, fue para mí, indudablemente, un elemento positivo que colaboró a convencerme de que debía seguir. Prueba de ello es que, al escribir este libro, he dedicado todo un apartado a tal afluencia de mensajes ya que contribuyeron a mi convencimiento y decisión de seguir adelante.

Indudablemente, también es cierto que, en el momento actual, ya no me es necesaria dicha confluencia.

Sorprendentes resultados

Antes de finalizar este apéndice, considero oportuno informar que tras la escasa información dada sobre el caso de mi hijo en el programa de la RAI anteriormente mencionado, y después de la publicación de un precioso artículo en «II Piccolo» de Trieste, en la misma época, escrito por un conocido periodista, llegaron a mi conocimiento una serie de resultados espirituales positivos, como el caso de una persona con estudios superiores, muy notoria en nuestra ciudad, que hallándose a punto de suicidarse decidió no hacerlo tras leer el mencionado artículo de «II Piccolo» al que seguía una entrevista conmigo. Creo que merece ser tenido en cuenta que, sin ningún tipo de iniciativa por mi parte, el caso de mi hijo fue transmitido en uno de los principales programas de la primera cadena de la RAI, que fue publicado en la tercera página del periódico local y que se le consagró el conocido programa radiofónico «Telefonata» del Dr. Piero Cimatti del día 7 de agosto de 1985.

A título de comentario y, obviamente, con todas las reservas, cito también el caso de la Sra. P. R. de Trieste que me llamó por teléfono a última hora de la tarde del 4 de julio de 1985.

En un tono de gran convicción me comunicó que su marido se había salvado de una situación extremadamente peligrosa gracias a la intervención de Andrea. En una conversación posterior sostenida con ella y su marido M. R., me informaron de que éste, taxista de profesión, había llevado a unos gitanos hasta las cercanías de Turín, encontrándose en una situación muy peligrosa, de la que se salvó gracias a una providencial e inesperada intervención de dos policías y a la ayuda completamente desinteresada de algunas personas desconocidas.

La convicción de la mujer de que su marido se había salvado gracias a Andrea se debía a la circunstancia de que, durante el largo periodo en que éste había estado en peligro, ella había percibido, en la mente y en el corazón, la insistente presencia de Andrea y tenido la certeza de que él estaba ayudando a su marido. Además, estaba el hecho de que éste hubiera regresado de Turín conduciendo en perfectas condiciones físicas tras las emociones sufridas y haber pasado unas cuarenta y ocho horas sin prácticamente descansar ni pegar ojo.

Pregunté a Andrea si había tenido algo que ver en el asunto a través de la Sra. Anita. Su respuesta fue: «Si, en estos casos, dentro de lo posible, tenemos la facultad de ayudar a aquellos que viven un hecho análogo al nuestro. La persona ayudada debe en agradecimiento rezar por todos aquellos que lo necesitan».

He citado el hecho porque creo que, prescindiendo de la valoración que cada uno pueda darle, es indicativo del beneficioso efecto que puede llegar a tener el conocimiento del caso de Andrea descrito en este libro y cuyo contenido anticipó el periodista en el artículo que publicó «II Piccolo».

Para finalizar, quiero señalar el espontáneo e inesperado ofrecimiento de la Sra. A. T. de traducir el libro, gratuitamente, al servo-croata.

Termino con este caso y con las palabras de Andrea, al que pregunté si tenía algo que sugerirme en relación a tal traducción: «**Papá, no sirve ninguna sugerencia. COMO HABRAS APRECIADO TODO ESTA PREDISPUESO. LOS HECHOS Y LAS PERSONAS ESTAN UNIDOS COMO EN UNA ESPIRAL: ARRIBA, SIEMPRE MAS ARRIBA, HASTA ALCANZAR LA META FIJADA. MIENTRAS SOLO PUEDO DECIR GRACIAS A TODOS. ANDREA».**

Trieste, 18 de agosto de 1985.

DOCUMENTACIÓN

PREÁMBULO

Pienso que aquellas personas que hayan llegado hasta aquí pueden sentir el deseo de tener un conocimiento más directo del contenido de mis diálogos con Andrea. Por ello, he decidido publicar, en la primera parte de este capítulo, diversos extractos de dichos diálogos. Los que considero que pueden ser de mayor interés para el lector.

Todos aquellos en los que no específico lo contrario fueron redactados en Trieste. Cuando me refiero a Bianca, se trata de mi esposa. Los mensajes llegan siempre sin puntuación -evidentemente superflua-, a excepción de los interrogantes que, lógicamente, son importantes para el significado de la frase.

En la segunda parte de este capítulo incluyo una declaración del Dr. Mauro Braida, compañero de escuela y de actividades deportivas de Andrea, sobre la impresionante similitud existente entre los mensajes y el estilo y la personalidad, de mi hijo.

DOCUMENTACIÓN: PARTE I

Transcripción de las actas de los coloquios

(Advertencia: P significa «pregunta», R significa «respuesta»).

Acta del 17 de febrero de 1983

(Primera de la serie)

La Sra. Anita intenta ponerse en contacto con el espíritu de su padre manteniendo el rotulador en la palma de su mano izquierda abierta. Pasados unos momentos, éste escribe verticalmente «papá», que es su espíritu guía habitual. Pasamos entonces a las preguntas.

P: «¿Puedes ponerme en contacto con Andrea?»

R.: «Si (lo cual significa que ha muerto)».

R.: «Está sepultado en el agua o en la tierra?»

R.: «En la tierra».

P.: «¿Cerca del agua?»

R.: «Sí».

P.: «¿Cerca del río Stura?»

R.: «No».

P: «¿Dónde se encuentra?».

Al llegar a este punto el rotulador escribe: «Mamaita mía estoy donde hay agua, pinos».

La Sra. Anita se detiene, se ha emocionado.

Yo insisto y pregunto: «Andrea, dinos: ¿Dónde está tu cuerpo? ¿En Turín?»

La escritura se reanuda y dice: «En el más allá nosotros vemos». Sigue el dibujo de una mano con un puñal y sangre.

Breve interrupción.

Se reemprende de nuevo la escritura y surge otro dibujo con una especie de desembocadura y un cuerpo al lado.

Tras otra corta interrupción, nuevo dibujo: dos árboles y, cerca de ellos, una especie de glorieta.

Tras una breve pausa otro dibujo.

Después otra pausa. Várias tentativas de completar el dibujo. La señora coloca el rotulador fuera del mismo. Una vez más la escritura vuelve a empezar diciendo:

«Cuarto árbol después del quiosco que se encuentra en medio del parque más grande de Turín; pero poned paz en vuestro corazón os lo ruego; yo soy feliz aquí. Recordadme ya que así podrá venir a vosotros. Llamadme a menudo».

P.: «¿Por qué fuiste a Turín?»

R.: «Una buena oportunidad me empujó hacia estos cinco asesinos».

P.: «¿Una oportunidad de qué, Andrea?»

R.: «Coche rojo como la sangre que vertí».

P.: «¿Puedes decírnos el número de la matrícula de ese coche?»

R.: «No tuve ocasión de verla. Me sorprendieron mientras hablaba con uno al que llamaban Baffo. Me golpearon en la cabeza. Uno de ellos llevaba en el dedo un gran anillo con una piedra negra. De hecho me hirió en la boca».

R: «¿Entre los asesinos había alguno de Trieste?»

R.: «No los conocía».

P.: «¿Había entre ellos un hombre rubio, de unos treinta años, que suele conducir un Alfetta con matrícula TO H...?»

R.: «No, a éste le vi en el bar».

P.: «¿Recuerdas el nombre o la ubicación del bar en el que conociste al hombre rubio?»

R.: «En el bar de la estación».

R: «En qué zona de Turín estaba el coche que te enseñaron?»

R.: «No lo sé. Fui en coche con Baffo y eran las once de la noche».

P.: «¿El coche en el que fuiste con Baffo era un Alfetta blanco?»

R.: «No».

P.: «¿Cómo se llamaba el hombre rubio?»

R.: «Marco».

P.: «Andrea, te lo ruego, dinos si conseguiremos encontrar tu cuerpo».

R.: «No muy pronto».

P.: «¿En cuantos meses Andrea mío?»

R.: «Un año».

Acta del 26 de febrero de 1983.

«El parque en el que estás sepultado, por el dibujo que has hecho, parece el Parque Valentino que hay en el centro de Turín situado a lo largo del Po, ¿lo es?»

R.: «Si. Mamaita mía, no te desesperes. Lo importante es la paz del alma y yo con el alma estoy a vuestro lado día y noche. ¿No sentís mi presencia incluso en este momento? Gracias a Anita puedo tener contacto con vosotros. La Luz Infinita está con vosotros».

P.: «El lugar que nos has señalado, a través del dibujo, como el de tu sepultura, ¿está al lado del gran palacio ocupado por la Facultad de Arquitectura en el parque Valentino?»

R.: «Sí».

P.: «¿Puedes darnos algunos detalles que nos ayuden?»

R.: «El bar de la estación: parte de allí».

R.: «¿El bar es el primero que se encuentra al llegar a la estación, bajo el pórtico, cerca de la parada de taxis?»

R.: «No».

P.: «¿Es el que está junto a las cabinas telefónicas?»

R.: «Sí».

P.: «¿Entonces, es el bar que hay al lado de las llegadas?»

R.: «Si 11-6-1981 hora 0,30».

P.: «¿El bar de la estación sigue siendo frecuentado por el hombre rubio o cualquier otra persona de las mencionadas y por quién?»

R.: «Sólo Marco habitualmente».

P.: «¿Sabes el nombre de este bar?»

R.: «No».

R.: «¿El bar se encuentra en la zona de la estación que va hacia el hotel Astoria?»

R.: «Sí».

P.: «¿Hay alguien de Trieste que esté al corriente de tu muerte?»

R.: «Sí».

R.: «¿Puedes decirme quién es?»

R.: «No».

R.: «¿Por qué no nos informas de todo cuanto sabes?»

R.: «No quiero que sea implicado».

P.: «¿La fecha que has mencionado es el día y la hora de tu muerte?»

R.: «Sí».

P.: «Aproximadamente desde las diez de la mañana, en que saliste del hotel, hasta las once de la noche en que fuiste al bar de la estación, ¿qué hiciste?»

R.: «Di una vuelta, almorcé. Más tarde conocí a Marco. Cenamos juntos y a las diez me encontré con Baffo. Los otros cuatro no tenían nada que ver con el coche».

R.: «¿Por qué estabas a las once en el bar de la estación?»

R.: «A las once me fui con Baffo».

R.: «¿Por qué te encontraste y hablaste con Marco?»

R.: «Nos conocimos en el bar y él telefoneó a Baffo. Preparó la cita para la noche».

Acta del 5 de Marzo de 1983

Yo: «Andrea, ¿por qué motivo Marco fijó la cita con Baffo por la noche?»

R.: «Perdona. Gigi Rosani quiere saludar a María, Rosanna, Franco, Gianni, Mario. Es un alma recién llegada».

Yo: «A quién debemos dar este mensaje?»

R.: «A mi mujer y a mis hijos».

Anita: «¿Quién habla ahora? ¿Gigi?»

R.: «Sí».

Miramos en la guía telefónica. Hay varios Rosani, pero ninguno llamado Luigi. Un amigo de mi hija Luisa, muerto, se llamaba «Paolo» Rosani. Entonces pregunté: «¿La mujer y los hijos viven en Trieste?»

R.: «Sí».

Yo: «¿Dónde?»

R.: «Soy Andrea. Esta alma ha hecho un enorme esfuerzo para dar esa pequeña señal. Ha muerto hace pocos días».

Yo: «Andrea, ¿qué debemos hacer para encontrar a las personas a quienes hay que dar el mensaje?»

R.: «Mira el periódico de hoy».

Miramos «Il Piccolo» del día. Encontramos la esquina de un tal Luigi Rosani. Daban la noticia su mujer María y sus hijos Mario, Gianni, Franco y Rosanna (fotografía de dicha esquina en la segunda parte de este mismo capítulo). Quedamos impresionados. Ninguno de nosotros había visto las esquinas aquel día. La Sra. Anita ni tan sólo había visto el periódico. Ninguno conocía al tal Rosani.

Yo: «¿Andrea, tienes algún mensaje que damos?»

R.: «Pregunta».

Yo: «¿Por qué motivo Marco te preparó la entrevista de la noche con Baffo?»

R.: «Por el coche».

Yo: «¿Dónde, en el bar de la estación? ¿Estaba también Marco?»

R.: «No».

Yo: «Por qué te pusiste en contacto con tus cuatro asesinos?»

R.: «No lo sé. Salieron de la oscuridad».

Yo: «¿Dónde sucedió esto?»

R.: «En el hangar».

La Sra. Anita pregunta a Andrea si sigue siendo él quien nos responde.

R.: «Sí».

Yo: «¿Baffo conocía a estos jóvenes?»

R.: «No estoy seguro».

Yo: «¿Quién te sepultó? ¿Esos cuatro con la ayuda de Baffo o sin Baffo?»

R.: «Sí».

Yo: «El hombre rubio sabe donde estás sepultado?

R.: «No».

Yo: «¿Te llevaron hasta el sitio de tu sepultura en su coche o en el de Baffo?»

R.: «En el suyo bajo una lona».

Yo: «¿Por qué te asesinaron?»

R.: «Querían hacerse los duros mientras bromeaban».

Yo: «Pero, entre el momento de las bromas y el de tu asesinato, ¿qué sucedió?»

R.: «Cogieron mi cartera, vieron el dinero y perdieron la cabeza».

Yo: «¿Estaban drogados?»

R.: «Pienso que si, estaban como locos, pero no creo que todo esto resuelva tu problema. ¿No quieres encontrar mi cadáver?»

Yo: «Cuándo llegaste a Turín el 9 de junio por la noche, ¿en qué hotel te alojaste?»

R.: «¡Si ya lo sabes!»

Observación: En efecto, yo ya había descubierto que Andrea había pernoctado en el Hotel Astoria de Turín. Había hecho la pregunta simplemente para poder verificar la respuesta.

Yo: «¿Cuando te asesinaron llevabas la bolsa con tus cosas?»

R.: «Sí».

Sra. Anita: «¿Dónde está ahora esta bolsa?»

R.: «Con el cadáver».

Yo: «¿A aquella noche pensabas dormir en el hotel o irte?»

R.: «Irme».

Yo: «No queremos cansarte más Andrea. Te estamos muy agradecidos por cuanto nos has dicho. Estamos emocionados y esperamos volver a oírtre. Si lo consideras oportuno, di algo antes de que nos separemos».

R.: «Estoy siempre con vosotros pero cuando me llamáis soy feliz no por daros los detalles que me pedís; para mí no tienen importancia. Pero querría aliviar vuestro tormento. Besos Besos Besos».

Acta del 10 de marzo de 1983

Yo: «¿Andrea, en el más allá, estás con alguno de nuestros familiares que tu hayas conocido?»

R.: «Claro».

Yo: «¿Con quién Andrea?»

R.: «Con el abuelo, el tío, Marco y todos los demás».

Yo: «No conocemos a Marco. ¿A quién te refieres?»

R.: «Un amigo del colegio, tenía 12 años. El fue el primero en cogerme la mano y llevarme hacia la Luz Infinita.

Yo: «¿Quién ha hablado hasta ahora, Andrea o alguien distinto?»

R.: «Andrea».

Yo: «No te lo tomes a mal, pero nosotros no te vemos. Para estar seguros de que hablamos contigo y no con otro espíritu dinos ¿cómo se llama la hermana de tu mamá que vive cerca de casa?»

R.: «Quiero Piero».

Yo: «Andrea, te lo ruego, responde a la pregunta: ¿Tu tía, la hermana de mamá que vive cerca de casa, como se llama?»

R.: «Doy las pruebas que quiero».

Yo: «De acuerdo, aceptamos. Danos una prueba de que eres realmente tú».

R.: «Piero».

Yo: «¿Qué significa la palabra Piero?»

R.: «Piero es mi hermano. He dado su nombre ¿no te basta?»

Yo: «Dinos el nombre de otro de tus hermanos. Te lo ruego Andrea».

R.: «No».

Yo: «Andrea, ¿por qué Piero?»

R.: «Era la prueba».

Yo: «Tus cuatro asesinos te llevaron en coche al Parque Valentino. ¿De dónde sacaron los utensilios para sepultarte?»

R.: «Del hangar».

Yo: «¿De qué tipo de herramientas se trataba?»

R.: El rotulador hace dos dibujos, dos modelos distintos de pala.

Yo: «Andrea, nosotros iremos a Turín el sábado y el domingo para buscar tu cuerpo. ¿Tienes algún consejo que damos?»

R.: «Buscad el cuarto árbol».

Yo: «¿El día siguiente de tu llegada fuiste a la Fiat?»

R.: «No».

Yo: «¿Por qué?»

R.: «Encontré a Marco».

Yo: «Pero, a Marco lo encontraste por la tarde después de comer. ¿Dónde estuviste por la mañana?»

R.: «Visité tres garajes».

Yo: «¿Quién te indicó esos tres garajes?»

R.: «No te lo digo».

Yo: «¿Puedes indicarnos a partir de dónde hay que empezar a contar los árboles para llegar al cuarto que tu nos has mencionado?»

R.: El rotulador hace un dibujo.

La Sra. Anita pide si puede volver a repetirlo.

R.: «Sí». Lo repite más grande. Aparece un dibujo igual al hecho la primera vez, con los árboles. Y el cuerpo junto al cuarto de ellos.

Yo: «El sábado y el domingo estaremos en Turín para intentar localizar el lugar donde estás sepultado. Te garantizamos que si encontramos tu cadáver no nos obstinaremos más en encontrar a los responsables de tu muerte. ¿Podrás ayudarnos en Turín cuando estemos allí con la Sra. Anita?»

R.: «Sí, intentaré guiaros al máximo».

A continuación hace un dibujo.

Yo: «¿Este segundo dibujo muestra un riachuelo o alguna otra cosa?»

R.: «Sendero bordeado de árboles, cuarto árbol».

Acta del 12 de marzo de 1983

(en Turín, en el Parque Valentino)

Iniciamos la visita entrando por el Corso Vittorio Emanuele II, después del «chalet» donde hay un tronco de árbol cortado, sobre el cual la Sra. Anita se apoya para escribir.

Yo: «¿Andrea, es esta la zona en la que estás sepultado?»

R.: «Muy cerca».

Yo: «¿Hacia el río?»

R.: «Sí».

Yo: «¿Siempre recto?»

R.: «Sí».

Avanzamos un poco hacia la izquierda, una decena de metros por encima del césped, teniendo a otra decena de metros delante nuestro una construcción de obra con el rótulo de «Heladería».

Yo pregunto: «¿El quiosco de ladrillo que tenemos enfrente es el indicado?»

R.: «No».

Yo: «¿Hacia dónde debemos dirigirnos?»

R.: «A la derecha».

Yo: «¿Mirando al río?»

R.: «Sí».

Proseguimos hacia la derecha hasta que llegamos a la terracita que hay frente a la Facultad de Arquitectura.

Aquí la Sra. Anita pregunta a su padre si Andrea sigue estando presente.

R.: «Sí».

Yo: «¿Es esta la zona?».

R.: «Sí, algo más a la derecha, os siento».

Yo: «¿Es este el sitio? ¿Esta pequeña playa que tenemos delante?»

R.: «No, a la derecha».

Seguimos a la derecha hasta llegar debajo mismo del castillo medieval, antes del riachuelo que lo bordea y desemboca en el Po. Nos paramos en la plazoleta. La Sra. Anita se apoya en la base de una cruz que allí se levanta y pregunta a su padre si Andrea sigue estando presente.

R.: «Sí».

Yo: «Es esta la zona en la que estás sepultado?»

R.: «Más a la derecha».

Proseguimos cruzando el puente que pasa sobre el riachuelo, pasamos frente al castillo medieval, avanzamos unos cincuenta metros y llegamos al punto indicado por la mañana por los radioestesistas milaneses, entre los postes de la luz 35 y 37 y a unos tres metros del cuarto árbol. Aquí yo pregunto: «¿Es este el sitio, Andrea?»

R.: «Sí, medio metro a la izquierda».

Yo: «¿Estás aquí? ¿En el agua o en la tierra?»

R.: «Si agua tierra ramas».

Hace un pequeño dibujo que indica claramente un cuerpo estirado y, encima del mismo, una serie de líneas que hacen pensar, sin lugar a dudas, en el árbol que hay allí y cuyo tronco da nacimiento a otros seis, situados el uno al lado del otro formando un cuadrado. Continúa la escritura: «4 árbol».

Yo: «¿Este dibujo significa que tu cuerpo está bajo el agua y encallado en los árboles?»

R.: «Sí barro».

Yo pregunto: «¿Una persona sumergiéndose puede verte? ¿Puede ver algo de ti?»

R.: «Creo que no».

Yo: «¿Qué distancia hay entre la orilla y el lugar en el que estás?»

R.: «Estoy embarrancado en la orilla a tres metros de profundidad».

El radioestesista U.M. nos muestra una nota que saca de su bolsillo, en la cual, cuando aún estaba en Milán, había escrito que el cuerpo estaba a tres metros de profundidad.

Yo: «¿Hay peligro de que la corriente te arrastre?»

R.: «No».

Yo: «¿La capa de barro que cubre tu cuerpo es muy gruesa? ¿De cuánto?»

R.: «Un metro».

Yo: «¿A qué distancia estás de la orilla?»

R.: «Ya lo he dicho».

El Sr. U. M. hace preguntar donde se encuentra, mostrando una fotografía hecha por él mismo, por la mañana, en el lugar donde hay un arbolillo que sale del dique en sentido oblicuo al del nivel del agua.

El rotulador, partiendo de un punto externo a la foto donde la Sra. Anita lo ha apoyado, desciende a lo largo del dique hasta llegar al arbolillo y traza un signo horizontal bajo la base del mismo.

En este punto, el joven radioestesista L. muestra a la Sra. Anita el plano topográfico de Turín hecho por la SIP, pidiéndole haga señalar a Andrea el lugar en el que se encuentra, situando el rotulador a la entrada del Puente Ballis (por el lado del Parque Valentino), es decir, el que hay más arriba del puente Isabella frente al cual habíamos descendido con L. Naturalmente, la Sra. Anita desconoce la zona.

Tras hacer la pregunta en tal sentido, el rotulador se desplaza a lo largo de la calle que bordea el río, llega al principio del Puente Isabella, prosigue por el Parque Valentino y se detiene exactamente en el lugar donde nos encontramos, haciendo en dicho punto un trazo más grueso justo sobre el dique.

Seguimos con las preguntas.

Yo: «¿Te encuentras bajo la acumulación de barro que hay debajo del arbolillo?»

R.: «Sí».

Llegados a este punto, nos dirigimos todos al bar de un restaurante próximo. Mientras me ausento, para acompañar hasta su coche a los radioestesistas

milaneses, la Sra. Anita siente la necesidad de coger de nuevo el rotulador, que puesto en contacto con el papel escribe:

«Querida mamá te quería evitar una nueva emoción, pero conozco tu tenacidad espero que estas últimas indicaciones den buenos resultados. Lo espero por vosotros porque yo ya estoy en paz. Adiós mamá adiós papá. Gracias.»

Acta del 13 de marzo de 1983

(siempre desde Turín, en el Parque Valentino)

Regresamos al Parque Valentino, la Sra. Anita, su marido, Bianca y yo. La primera desea reanudar la búsqueda sin que los radioestesistas de Milán estén delante, a fin de eliminar cualquier duda de que éstos, con su presencia, hubieran podido condicionar las investigaciones. Aunque, a decir verdad, intentaban en todo momento mantenerse al margen mientras hacíamos las preguntas, para no influenciar.

Entramos por la zona del Corso Vittorio Emanuele II.

Nos dirigimos a la zona reproducida en el croquis que nos había remitido el Sr. R. y nos detenemos junto al riachuelo indicado por él.

Yo pregunto: «¿El riachuelo que tenemos enfrente es el señalado en el primer plano?»

R.: «Sí».

Yo: «¿Es esta la zona del parque en la que estás sepultado?»

R.: «Si a la derecha».

Yo: «A la derecha hasta alcanzar el lugar donde llegamos ayer?»

R.: «Os dejé una señal. Hice caer el capuchón de la pluma».

Emocionados por esta respuesta recordamos que el día anterior, al terminar las preguntas, frente al arbolillo donde habíamos identificado el lugar en el que se encuentra el cadáver de Andrea y mientras nos íbamos, uno de los radioestesistas había recomendado a la Sra. Anita que tapara el rotulador para que no se le secara. En este momento, al ir a hacerlo, cogiéndolo de la parte posterior del rotulador donde siempre lo dejaba, comprobó que no estaba allí. Pensamos que se habría perdido y con la emoción del momento no dimos más importancia a la cuestión entrando en el bar. Rememorando ahora lo sucedido, la Sra. Anita recuerda perfectamente que, en la parada anterior a la del arbolillo -o sea, en la plazoleta bajo el castillo medieval en la que hay un Crucifijo-, había tapado el rotulador al terminar de escribir, como también recuerda haberlo destapado antes de empezar a hacerlo. Evidentemente, el capuchón tenía que haberse caído cuando escribía frente al arbolillo, lugar identificado como sepultura del cadáver de Andrea.

Buscando una confirmación, seguimos haciendo preguntas.

Yo: «¿El capuchón de la pluma se cayó frente al arbolillo dónde estábamos parados y dónde localizamos tu cuerpo?»

R.: «Sí».

Yo: «Así pues, confirmas que el lugar donde estás sepultado es el que localizamos ayer con los radioestesistas?»

R.: «Si, pero en la tierra».

Nos desplazamos hasta el chalet dibujado por el Sr. R. en su croquis, alejándonos un poco hacia la derecha a lo largo de la calle hasta una pequeña plazoleta lateral donde hay unos bancos de piedra. Una vez sentados en uno de esos bancos miramos hacia el mencionado chalet.

Yo: «¿El quiosco señalado en el plano que dibujaste el primer día es el que tenemos delante?»

R.: «Sí».

Repite una vez más el mismo dibujo con un óvalo (que ya había especificado otras veces que representaba al quiosco), seguido por una línea curva en la que marca unos pequeños puntos negros y, hacia el final, una pequeña señal un poco más larga.

Yo: «¿El primer árbol hay que empezar a contarla desde el chalet?»

Con esto me refiero al hecho de que en las comunicaciones del día anterior, él había mencionado varias veces al «árbol 4».

R.: «A lo largo del Po. Coloca la pluma sobre el quiosco un poco más abajo».

Al no encontrar el plano de Turín, que se ha quedado en la bolsa de viaje de Bianca al igual que la fotocopia del plano geográfico militar, utilizamos lo único de que disponemos: el croquis del Sr. R.

La Sra. Anita sitúa el rotulador entre el dibujo del chalet y el Po. El rotulador se desliza a lo largo del río hacia la derecha (si nos situamos mirando el agua), sigue adelante pasando frente a la Facultad de Arquitectura -lo último que hay dibujado en el croquis que estamos utilizando- y continúa a través del folio blanco. En un lugar determinado dibuja, a lo largo de la línea trazada, cuatro puntos a poca distancia los unos de los otros, igual que ha hecho ya otras muchas veces para indicar los árboles. Inmediatamente después de la cuarta señal (árbol) la línea se detiene. En este sitio, y en el lado del Po, hace una señal que indica su cadáver.

Basándonos en estas indicaciones, seguimos a lo largo de la calle, pasamos por delante de la Facultad de Arquitectura, llegamos al castillo medieval y lo sobrepasamos por la parte del río. Inmediatamente después, en el dique del Po lindante con el agua, hay un árbol gigantesco. Aquí nos paramos.

Yo: «¿Andrea, es este el primer árbol?»

R.: «Sí».

Seguimos. Al llegar al siguiente árbol la Sra. Anita pregunta si se trata del segundo.

R.: «2».

Seguimos hasta el próximo. La Sra. Anita quiere si se trata del tercer árbol.

R.: «3».

Una vez más avanzamos. Al llegar al siguiente árbol la Sra. Anita pregunta si se trata del cuarto.

R.: «4».

Junto a este cuarto árbol, constituido por seis troncos que forman un cuadrado, nace, al nivel del agua y en sentido oblicuo al río, el arbolillo que identificamos ayer como el lugar donde está el cuerpo de Andrea.

Yo: «¿Estás enterrado bajo el arbolillo que tenemos delante?» R.: «Si 3 m. por debajo».

Hago una foto Polaroid.

A continuación pregunto: «Desde la orilla donde empieza el agua, ¿estás hacia el interior del dique o hacia el río?»

R.: «Encallado en el dique».

Yo: «¿Es aquí donde cayó el capuchón del rotulador?»

R.: «Sí».

Buscamos, pero no encontramos nada.

Yo: «¿Por qué no está?»

R.: «Allí en el agua. Deberíais haberlo visto cuando se cayó. Allí estoy yo».

Yo: «¿Andrea, tienes algo que decimos antes de que te dejemos?»

R.: «Suerte y gracias».

Acta del 22 de marzo de 1983

Yo: «¿Llevas aún alguna ropa que nos permita identificarte?»

R.: «Además de algunos trozos de la tela que me cubría podrás encontrar pantalones tejanos y jersey, pero éste no se si se puede entrever»

Yo: «¿Aún llevas zapatos, Andrea?»

R.: «Sólo uno».

Yo: «¿Y el reloj, lo llevas aún?»

R.: «No».

Yo: «¿Y el slip?»

R.: «Sí».

Yo: «Con los medios que el Sr. R. piensa utilizar (dos buceadores), ¿podremos encontrar tu cuerpo?».

R.: «Cierto».

Yo: «¿Tu cuerpo sigue encontrándose en el lugar que nos indicaste cuando estábamos en Turín el sábado 12 y el domingo 13 de marzo?»

R.: «Claro que sí».

Sigue un dibujo incomprendible formado por un círculo en cuyo interior hay algo dibujado.

Sra. Anita: «¿Qué significa este dibujo?»

R.: «En el centro estoy yo».

Dibuja de nuevo un círculo y, en su centro, unos trazos que recuerdan un cuerpo estirado.

Yo: «¿Tienes encima o cerca de ti tu carnet de identidad o tu permiso de conducir?»

R.: «En la cartera».

Yo: «¿La tienes encima?»

R.: «No».

Yo: «¿Puedes indicarme algún elemento que permita reconocerte, aparte de los ya mencionados, y que señalar a las autoridades para demostrar que eres tú?»

El rotulador dibuja unas líneas verticales separadas unas de otras unos 4 milímetros y unidas por una linea algo ondulada. Después escribe: «Sitúa el lápiz en el centro del folio». La Sra. Anita lo hace y va apareciendo un dibujo con cuatro especies de protuberancias alineadas, seguido por una linea oblicua en dirección contraria que parte de un círculo igual a los dos precedentes, y que contiene la pequeña figura en su interior.

Anita: «¿Qué significa este dibujo?»

R.: «Cuatro árboles arbusto en el borde del Po masa de barro mi cuerpo».

Observamos que, indiscutiblemente, el dibujito reproduce la zona señalada como lecho del cuerpo de Andrea, vista desde la perspectiva del punto en que se encuentra el cuerpo.

Yo.: «Cuando te pedí información sobre los útiles que utilizaron tus asesinos para sepultarte dijiste que los habían cogido del hangar y dibujaste dos palas. ¿Por qué, dado que fuiste tirado al Po y no necesitaban herramientas para cavar?»

R.: «En un principio pensaban enterrarme pero después me tiraron desde el puente. Tenían prisa en desembarazarse de mi cuerpo».

Acta del 29 de marzo de 1983

(En el Parque Valentino de Turín)

Nos encontramos en el Parque Valentino, en el punto establecido el pasado 13 de marzo, frente al Borgo Medievale y a unos cincuenta pasos a la derecha (mirando hacia el río) del ángulo del restaurante San Giorgio. Estamos presentes: Bianca, yo, la Sra. Anita con su marido, los radioestesistas milaneses

A. D., U. M. y L. M., el agente R. y dos buceadores.

La Sra. Anita se instala en el coche de los milaneses, aparcado en la calle que bordea el dique del Po unos metros más allá del punto fijado. Ella se sienta en el lugar del copiloto y yo en el asiento de detrás del conductor. Damos la espalda a la furgoneta de los buceadores aparcada unos cincuenta metros detrás nuestro. El dique queda a nuestra derecha. Lógicamente, no podemos ver lo que sucede en el mismo por la parte del río. No vemos pues el descenso de los buceadores.

Yo había asistido a sus preparativos. Entre otros, tuvieron que fijar una cuerda hacia la base del dique y sobre el saliente de un árbol, aproximadamente a la altura de su camioneta. Después, cuando vi que se habían vestido para la inmersión y que ésta era inminente, me fui al coche con la Sra. Anita.

Sentado detrás de Anita le doy papel y rotulador y le ruego inicie las preguntas preliminares.

Anita pide a su padre si la asiste.

R.: «Sí».

El rotulador prosigue escribiendo solo: «No estáis listos...» «Se han sumergido...» «Están muy cerca...» «Me llegan las ondas de sus movimientos...» «No estoy aquí, un poco a la izquierda».

Yo: «¿Te encuentras en el agua, adosado al dique, o en el fondo un tanto separado del mismo?»

R.: «¿Qué entiendes por el dique? Yo estoy...».

En este momento, el rotulador dibuja una raya oblicua un tanto ondulada que recuerda muy bien la pendiente del dique.

En la parte superior del mismo, un pequeño esbozo que representa el árbol que hay allí. En medio, una raya casi vertical (ligeramente oblicua) con un alargamiento que sube hacia arriba recordando el arbolillo que existe en el dique y que crece en tal posición a nivel del agua. Finalmente, el consabido círculo y, en su centro, una gruesa raya que ya ha utilizado en otras ocasiones para indicar la masa de barro y el cuerpo en ella sumergido.

Yo: «A la izquierda, se sobreentiende que mirando al río desde donde nosotros estamos. ¿No?»

R.: «Sí».

Yo: «Por dique entiendo la parte de tierra que bordea el río hasta el fondo».

R.: «Para mí es hasta donde llega la tierra».

Quiero señalar que el fondo del río no es de tierra sino de grava.

Yo: «¿Estás en la base o en el fondo del dique?»

R.: «A lo largo de la pendiente hay ramas, raíces que afloran del terreno. Allí es donde estoy encallado».

Yo: «¿Están ahora los buceadores cerca de ti?»

R.: «Se están alejando hacia el centro. Os lo ruego mirad la masa que tenéis detrás».

Yo: «¿Se están alejando o acercando?»

R.: «Más a la izquierda».

Yo: «¿Se han acercado?»

R.: «Estaban encima mío. Los he sentido. Ahora están más a la derecha».

Nos avisan de que uno de los buceadores ha tirado sobre el dique un trozo de plástico.

Yo: «¿El trozo de plástico que acaban de encontrar los buceadores es tuy o?»

R.: «Si».

Yo: «¿Así pues estás aquí?»

R.: «Si».

Yo: «Andrea, ¿han vuelto a tu lado?»

R.: «Se han acercado».

Anita pregunta a su padre si sigue siendo Andrea el que se comunica con nosotros.

R.: «Si».

Acto seguido el rotulador se mueve por si sólo y escribe lo siguiente: «No me queréis entender. Estoy a la izquierda. Estoy... No deben dejarme. Estaban junto a mí. Papá ayúdame».

Salgo del coche y advierto que uno de los buceadores está ya fuera del agua y que el otro está a punto de estarlo.

Yo: «Andrea, el lugar en el que estás, ¿es dónde han encontrado el primero o el segundo trozo de bolsa de plástico?»

R.: «El primero».

A modo de aclaración de esta última pregunta y su correspondiente respuesta debo decir que:

a) Durante la inmersión, los buceadores han extraído: primero un trozo grande de saco de plástico y después uno más pequeño, tirándolos ambos sobre el dique.

b) Los buceadores nos han referido que, para explorar el dique, han trabajando haciendo una espiral. Es por ello que se alejaban hacia el centro del río y volvían hacia el dique.

c) El agua del río era puro barro a causa de las recientes lluvias, por lo cual, mientras estaban bajo el agua, los buceadores no veían nada en absoluto ni a un par de centímetros de sus gafas. Sólo podían investigar a través del tacto.

d) Además del traje y el casco llevaban, lógicamente, gruesos guantes, lo que hacía que su sensibilidad táctil fuera extremadamente reducida.

e) Los buceadores contaron haber encontrado, justo debajo del dique, una gran masa de barro formando un saliente, tal y como nosotros la habíamos descrito. Casi enfrente, además, había una masa fangosa en el fondo del río. En alguna parte, debía de haber también una zona con escombros, ya que encontraron restos de ladrillos.

Acta del 19 de abril de 1983

Yo: «¿Te parece bien que intentemos recuperarte el sábado 30 de abril ya que de lo contrario los radioestesistas milaneses no podrían estar presentes hasta el 14 de mayo?»

R.: «Puede ir bien si no llueve».

Yo: «Hasta ahora los radioestesistas milaneses han encontrado únicamente al Sr. A. P. para bucear, el cual está dispuesto a hacerlo todo el día con los debidos intervalos. ¿Debemos insistir para que localicen como mínimo uno más, lo cual consideran factible, o basta con éste?»

R.: «Es muy bueno pero el trabajo será muy duro para una sola persona. Tendrá que cortar, limpiar, buscar; para todo esto necesita ayuda».

Yo: «¿Necesita ayuda para recuperarte o simplemente para establecer que eres tú?»

R.: «Hay muchas raíces a mi alrededor y hay que hacer un camino para verme».

Yo: «El mensaje recibido por los radioestesistas milaneses el jueves noche en Palazzolo milanés, en casa de la Sra. I. C. y a través de la Sra. R. P., ¿era tuyo total o parcialmente?»

R.: «Nada».

Yo: «¿No procedía de ti?»

R.: «No».

Yo: «¿Qué muchas personas intentan tener noticias o mensajes tuyos te molesta o te cansa?»

R.: «Con un médium en trance si. Abusan con prepotencia de mis sentimientos y de los vuestros».

Yo: «¿Tienes alguna sugerencia o consejo que damos?»

R.: «Ya os he dicho y sugerido todo lo que os sirve. La única cosa que quería no la escucháis».

Yo: «¿En qué no te escuchamos?»

R.: «Que mamá se quede en casa».

Bianca reacciona energicamente. Quiere estar también presente.

Acta del 4 de junio de 1983

Yo: «¿Crees que sería interesante que probara a meterme en el Po cuando el caudal sea menor y el tiempo más cálido, con el fin de intentar identificarte simplemente nadando?»

R.: «Papá te ruego que no bromees, porque espero estés bromeando».

Yo: «¿Desde que intentamos recuperarte el 1 de mayo las condiciones de conservación de tu cuerpo han empeorado?». En caso afirmativo, ¿podemos hacer algo para ayudarte y qué?»

R.: «Nada ha cambiado».

Yo: «En las condiciones espirituales en que te encuentras, ¿estás en posición de saber con certeza si un hecho futuro como el de encontrarte tendrá lugar, o es una simple probabilidad?»

R.: «Mi recuperación es cierta, pero no sé cuándo. Yo no estoy capacitado para ver las cosas futuras; todo me es comunicado por la Luz Infinita».

Yo: «Puedes decimos si es previsible que encontremos tu cuerpo este mes, o si tendremos que esperar y cuánto?»

R.: «No quiero dar fechas. Haced lo que podáis y os aseguro que estaré a vuestro lado en todo momento».

Yo: «Andrea, para terminar, ¿puedes mandarme a mí, que te quiero tanto y tanto sufro por tu desaparición, un mensaje a modo de saludo?»

R.: «Pero papá mensajes en estos meses te he mandado tantos incluso no escritos. ¿No me has notado siempre a tu lado? ¿No has percibido mi admiración por ti? ¿Y no crees que la fuerza de tu convicción proviene de mí? Te quiero tanto que no puedes ni imaginártelo, mi adorado papá».

Bianca expresa su deseo de que sometamos a Andrea mi decisión de publicar, en «Il Piccolo» del 11 de junio, una esquela recordándolo en el segundo aniversario de su muerte y el anuncio de una misa en sufragio de su alma.

Yo: «Andrea, ¿tienes algo en contra de que el sábado 11 de junio ponga en el periódico una esquela recordando el segundo aniversario de tu muerte, a fin de que la gente sepa lo que nos has dicho y se eviten otros tipos de juicios sobre ti?»

R.: «¿Para qué? ¿De qué sirve? Vosotros lo sabéis. ¿No basta?»

Bianca llora. Ella está en contra de esta publicación. Quiere que repita la pregunta de forma más explícita.

Yo: «¿Estás en contra de esta publicación o me dejas libertad de acción?»

R.: «No quiero. Los que me amaban cuando vivía deberían seguir amándome una vez muerto».

Yo: «¿Quieres decir algo a mamá?»

R.: «Con todo el corazón mi querida mamá. Tú que pareces la más débil eres la más fuerte. Piensa que no quiero verte sufrir. Me haces sufrir a mí también. Ten serenidad. Nosotros aquí somos unos privilegiados. No hay miseria ni maldad. Con ello quiero decirte que nada nos afecta. Yo ademas tengo un trabajo bellísimo. Acompaño las nuevas almas hacia el largo túnel. Querida mamá te quiero, te quiero. Tu Andrea».

Acta del 11 de junio de 1983

«Te molestamos para hacerte algunas preguntas tras lo ocurrido en Milán la noche del jueves 9 de este mismo mes. La situación ha cambiado y quizás debamos modificar algunas de las decisiones ya tomadas. Por ello, quisiera saber: ¿Asististe a la entrevista que tuve en Milán el jueves día 9 de este mismo mes, de las nueve a las doce de la noche, con los buceadores A. y G. y con los radioestesistas milaneses? En caso afirmativo, ¿qué puedes decirme al respecto?»

R.: «Si estaba con vosotros. Se que A. y G. están condicionados por aquella a quien llaman «maestra». Lástima. A ellos los sentía próximos espiritualmente pero no pueden ir en contra de la voluntad de esta entidad. No deberían dejarse influencia».

La respuesta es sorprendente. En efecto, en la mencionada reunión, A. y G., actuando, evidentemente, de previo acuerdo entre sí, adoptaron una actitud muy extraña. Declarándose absolutamente convencidos y ciertos de que el cuerpo de Andrea estaba en el lugar indicado defendían la necesidad de dejarlo donde estaba casi en nombre de Dios, abandonando todo tipo de búsqueda. Por ello, manifestaron también su disconformidad a colaborar en una posterior operación de rescate. Lo único que estaban dispuestos a hacer, «in extremis», sería acudir al lugar para indicar hasta donde habían llegado y que habían hecho en su precedente actuación. Significativo es, también, el hecho de que G. me rogara que hiciera a Andrea la siguiente pregunta a través de la Sra. Anita: «¿En nombre de Dios, debo aceptar que tu cuerpo no sea hallado?»

Quiero señalar que, en una breve conversación sostenida con U.M. en casa de C. y en otra más larga habida con L. cuando me acompañó a la estación, ambos me manifestaron que esta actitud de los dos buceadores era consecuencia del hecho de que, a través de una médium que solían frecuentar, ambos habían pedido su opinión a una entidad a la que llamaban «Maestra» por la que estaban fuertemente influenciados.

Yo: «En las actuales condiciones en las que, por un lado, G. y A. sostienen que debemos dejar que tu cuerpo permanezca donde está y, por otro, tenemos datos precisos que tu nos has dado sobre la ubicación del mismo, ¿no crees que es mejor olvidarnos de A. y G. y contactar con alguien de nuestra total confianza como G. V. que está dispuesto a seguir mis instrucciones basadas en tus indicaciones?»

R.: «En este caso sí».

Yo: «El buceador G. desea que te pregunte si los trozos de ladrillo, cemento y demás desechos que encontraron fueron echados al río antes o después que tu cuerpo».

R.: «Después».

Yo: «Andrea, perdona mi insistencia. ¿Estás en posición de saber si la próxima vez que intentemos recuperarte tendremos la suerte de encontrar algo tuyo que nos permita hacer intervenir a las autoridades a fin de conseguir una recuperación total?»

R.: «Yo lo espero cada vez. Mi recuperación es cierta. Cuando no lo sé».

Yo: «Gracias Andrea y perdona las molestias. Si puedes, dinos algo a modo de saludo».

R.: «Esto no es una molestia es un placer. No debéis desesperar. Yo os sigo y acompaña siempre. Os quiero mucho queridos míos. Estoy con vosotros».

Acta del 17 de junio de 1983

Yo: «U.M. me ha llamado desde Milán para que te pida si puedes contestar a las siguientes preguntas:

1) ¿De quién era el mensaje que recibió el domingo por la tarde y cuál es el nombre de quién lo ha escrito? ¿Puedes contestar?»

R.: «Sí. El mensaje fue dado de mi parte. Quien lo ha escrito U. ya lo sabe. «¿Por qué me lo pregunta?»

2) «El mensaje que recibió U. el martes día 15 por la noche, ¿procedía total o parcialmente de ti? Y en caso afirmativo, ¿qué querías decir?»

R.: «Todo de mí. Quería demostrarle mi gratitud, decirle que siguiera por este camino, que no se desanimara ante las dificultades y abrazarlo fuerte fuerte como hermano que es para mí».

Yo: «No queremos abusar de tu tiempo. Te decimos, de todo corazón, hasta pronto».

R.: «Hasta pronto forma de hablar porque tu lo al cuerpo, mi alma está siempre con vosotros».

Yo: «¿Qué quieren decir las palabras que siguen a «porque»?»

R.: «Tu lo dices al cuerpo».

Yo termino diciendo: «Muchas gracias».

Acta del 28 de junio de 1983

Yo: «El martes 21 de junio, por la noche, encontramos inesperadamente, en «Il Giornale nuovo», una mancha roja. ¿Estás al comiente de ello? En caso afirmativo, ¿de dónde procede?» (ver fotografía en el capítulo «Documentación: Parte II»).

R.: «No es auténtica sangre. Es una señal dejada por mí en el mismo instante en que daba el mensaje prometido a Umberto».

Yo: «Para documentar esta extraordinaria señal, ¿debemos someter la mancha roja a examen? y, en caso afirmativo, ¿qué debemos decir?»

R.: «Nada. Es una señal entre nosotros».

A modo de aclaración debo señalar que, el martes 21 de junio por la mañana, Bianca leyó parcialmente «Il Giornale nuovo» hojeándolo, hasta la última página. Por la noche, sentada en un sillón y después de cenar, lo había hojeado de nuevo desde la primera hasta la última página, dejándolo luego sobre el sofá donde se encontraba previamente. Más tarde, lo volvió a coger y leyó algunas de las cartas al director. Al terminar, lo colocó de nuevo en el mismo sitio. Poco antes de ir a acostarnos, hacia las 23 horas, lo cogió por cuarta vez e inmediatamente percibió una gran mancha de color rojo sangre en forma de semicírculo que tenía un diámetro de cuatro centímetros y una profundidad de, aproximadamente, otros dos. La mancha se extendía a partir de las páginas centrales, disminuyendo a medida que éstas se sucedían. La tocamos. Parecía húmeda, pero no manchaba. Buscamos atentamente a fin de ver si Bianca o el lugar donde se encontraba depositado el periódico habían podido, de alguna forma, provocar tal mancha. No encontramos nada, absolutamente nada. Al día siguiente la mancha tenía el mismo aspecto, tanto por su aparente humedad como por la viveza del color rojo sangre.

Sin conseguir dar una explicación a lo ocurrido por la noche, dejamos de lado el periódico.

Hoy, ante la inminente visita de la Sra. Anita, he pensado en hacer a Andrea la pregunta citada unas líneas más arriba. Hemos vuelto a coger el periódico en cuestión. La mancha seguía exactamente en las mismas condiciones, su color tenía la misma viveza que la primera vez que la vimos y su aspecto seguía pareciendo húmedo. El papel no aparecía en absoluto arrugado, como sucede siempre que un periódico se moja y se deja secar.

Las respuestas antes mencionadas, obviamente, nos emocionaron mucho.

Yo: «¿Tienes algún mensaje final que damos?»

R.: «Creías que no te lo habría dado. ¿Cuándo dejareis de atormentaros? Se que deseáis recuperarme. Por esto se hace todo. Pero debéis saber que nosotros no

le damos importancia. Os quiero. Os mandaré otra señal. No os impresionéis. Adiós mamá, adiós papá, besos a todos. Gracias.»

Acta del 30 de junio de 1983

Yo: «Andrea, si te está permitido, ¿puedes decímos si en el más allá has podido ver o encontrar a tu hermano Paolo?»

R.: «¡Pues claro! ¡qué pregunta! Paolo forma parte de los que me ayudan en esta labor». Sigue una breve pausa, tras la cual aparecen las palabras: «Hola papá Paolo».

Nota: Paolo fue nuestro primer hijo, muerto a la edad de dos meses el 5 de febrero de 1939. Estoy muy contento con este mensaje tan inesperado e imprevisible.

U. M., que está con nosotros, pide si puede hacer una pregunta mentalmente.

R.: «Sí, sí».

UM. hace su pregunta en silencio.

R.: «Pretendes hacerme caer en una trampa. Bribón».

Preguntamos a U. M. si puede decímos qué ha preguntado, pero nos responde que se trataba de algo personal. No insistimos.

Yo: «Para terminar, ¿quieres decímos algo?»

R.: «Me gusta veros, también yo estoy con vosotros. No quiero concluir sin decirle a U., si, si, si. Mamá un beso muy grande, papá un beso también para ti. Un abrazo colectivo para todos los presentes y ausentes. Bravo papá. Lo que dices es cierto. No sabes lo cerca que estás de la Verdad. Adiós».

Creo que tengo la obligación, después de esta respuesta, de explicar lo siguiente:

Mientras Anita iba escribiendo este mensaje, bastante largo, yo comentaba la felicidad que los hombres tendrían si fueran conscientes de que realmente existe esta «Comunión de los Santos» entre vivos y muertos. A continuación, aludí al enorme beneficio que para la humanidad representa la Iglesia Católica extendida en el mundo entero, con sus ministros a disposición de los hombres, siempre a punto para dar ayuda fraternal, moral y espiritual. Dije, también, que tan gran beneficio, generalmente, no es comprendido y apreciado adecuadamente por la gente, probablemente a causa de un pecado de soberbia -el pecado fundamental-, que hace que el hombre no quiera someterse a otro hombre. No recuerdo si fue también durante la escritura del antedicho mensaje, o inmediatamente antes, cuando mencioné que si tuviéramos la suerte de encontrar el cuerpo de Andrea, de lo cual nosotros estábamos convencidos, tendríamos el imperioso deber de ponemos a disposición de la Iglesia Católica, a fin de que viera si este extraordinario acontecimiento podía ser considerado como una prueba de la autenticidad de los dogmas de la inmortalidad del alma y de la Comunión de los Santos como confirmación de la Fe.

Acta del 7 de julio de 1983

Yo: «U. ha recibido el siguiente mensaje de la Sra. G. C. de S. V.: "No lloréis más al ver tanta gente hablar de vuestro hijo y no lo atormentéis más con vuestras lágrimas. Sé que la muerte deja siempre una amargura indecible y un gran vacío en el corazón. Pero la vida es un don que mi Padre da a Sus criaturas y es un profundo deber vivir plenamente en el amor de Dios. Considerad a Andrea víctima de martirio, martirizado por culpa del pecado que el diablo ha introducido en el mundo, pero consideradlo también como un bienaventurado instrumento en manos de Dios, para hacer triunfar Su gloria por medio de la salvación de muchas almas. Todos los auténticos discípulos de Jesús, que de forma especial han tenido una gran y delicada misión de salvación que cumplir por medio de la Fe, si no hubieran vertido su sangre no habrían vencido". En tomo a ello te pregunto: ¿Este mensaje proviene realmente de una entidad positiva inspirada por Dios? o, por el contrario, ¿es subjetivo, o, por añadidura, inspirado por una entidad no aprobada por Dios?»

R.: «Es un mensaje mío y todos son aprobados por la Luz Infinita. No sabes lo afortunado que soy de tener a mi disposición tantos intermediarios para comunicarme con vosotros. Muchas pobres almas no tienen esta posibilidad. Gracias».

Acta del 21 de julio de 1983

Yo: «En estas tres fotografías que te presentamos, ¿se percibe tu cuerpo?»

R.: «Sí».

Yo: «¿Puedes señalar, en las fotografías que te mostramos y una por una, dónde está tu cuerpo?»

R.: «Sí».

Yo: «En esta foto número 1 que te exponemos, ¿dónde está tu cuerpo?»

R.: El rotulador desciende desde un ángulo de la fotografía y delimita, en la misma, el perfil del cuerpo que se percibe.

Yo: «En esta foto número 2 que ahora te enseño, ¿está tu cuerpo?»

R.: El rotulador en lugar de descender desde el exterior de la fotografía donde está situado escribe, en el margen blanco de la misma: «No».

Yo: «¿Está tu cuerpo en esta foto número 31?»

R.: El rotulador desciende desde el ángulo externo y delimita, en la fotografía, el perfil del cuerpo que se aprecia.

Acta del 30 de julio de 1983

Yo: «En el curso de las operaciones llevadas a cabo por C., ayer por la mañana en Turín, los ultrasonidos denotaron la presencia de un cuerpo justo debajo del tronco en el que se encuentra el arbolillo cortado y alrededor del cual habíamos ya investigado. ¿Los huesos de tu cuerpo están allí?»

R.: «A aquella es la zona».

Yo: «El mismo día, el aparato de ultrasonidos de C. señaló, aún con mayor fuerza, la presencia de un cuerpo inmediatamente encima del tronco que hay, aproximadamente, un metro más arriba del arbolillo. Aquel que se encuentra, a su vez, tres o cuatro metros por encima del tronco precedente. ¿Están allí los huesos de tu cuerpo?»

R.: «Estaban cerca, muy cerca de mí».

Yo: «Así pues, ¿las excavaciones hay que hacerlas donde el aparato señalaba, junto al arbolillo?»

R.: «Sí, ampliando un poco la zona».

Yo: «¿Ampliando hacia la parte de más arriba?»

R.: «Todo alrededor».

Yo: «¿A qué profundidad respecto a la superficie del terreno se encuentran los huesos de tu cuerpo?»

R.: «A algunos metros. Quizás uno o tres».

Yo: «Pero, ¿desde el punto de la superficie dónde se oyen los sonidos hasta tu cuerpo, qué profundidad hay?»

R.: «He entendido. Tu no comprendes. Las medidas no las veo como vosotros. Ya has tenido pruebas».

Yo: «¿Tus huesos, a qué profundidad se encuentran en el terreno del lado del río?»

R.: «Pero si sabéis el sitio excavad hasta que me encontréis. Os aseguro que estoy allí».

Yo: «G. y C. han encontrado, una treintena de metros más arriba del segundo tronco, un saco de plástico contenido tierra que está ahora delante nuestro, con una prolongación de, aproximadamente, 5,5 metros de largo. Creen que puede tratarse del lastre utilizado para hundir tu cuerpo que se hubiera desprendido. ¿Tiene realmente algo que ver contigo?»

R.: «Me ataron a este saco y me tiraron al Po. Después quedé enganchado a unas ramas. Una noche de fuerte lluvia el saco fue separado del cuerpo que, al quedar libre, fue arrastrado por la corriente hasta el punto en que se encuentra ahora».

Acta del 16 de agosto de 1983

Yo: «¿Estás capacitado para saber si con el sistema de secado de la zona podremos recuperarte?»

R.: «Debería ser posible, pero la Luz Infinita no me ha dado señal al respecto».

Yo: «No sabes por lo menos si tu recuperación está próxima o no?»

R.: «No, sé que se hará pero ignoro cuando».

Yo: «Si las autoridades no nos permiten secar la zona del Po que nos interesa, o si con este procedimiento no te encontramos, ¿qué deberemos hacer, ya que nosotros no sabremos como seguir?»

R.: «Esta eventualidad la estudiaremos si y cuando sea necesario».

Yo: «Las tres fotografías hechas por C. en las que aparece un cuerpo humano y, en una de ellas, una cabeza y un cuello, ¿son un signo que nos has dado, o son el efecto natural de la fotografía?»

R.: «Son obra de la Luz Infinita. Te he dicho que es bello ser Su amigo».

Yo: «Además de las dos fotografías que tu has perfilado con el rotulador diciendo que te reproducían, ¿lo hace también esta tercera foto en la que sólo aparece la cabeza y el cuello?»

R.: «Si, mamá debería reconocerme».

Observación: Cuando vimos esta fotografía por primera vez, fue Bianca, concretamente, la que se dio cuenta y dijo que la foto reproducía la forma de la cabeza y el cuello de Andrea. A modo de confirmación de lo que acabo de decir, recuerdo que el día 21 de junio, en Turín, sometimos a Andrea tres fotografías para que nos indicara si se trataba de su cuerpo, pero no le mostramos la que ahora mencionamos, porque U., que las había traído, no había percibido la forma de la cabeza y el cuello que aparecían en ésta. Fue Bianca, posteriormente, quien los vio.

Yo: «Así pues, ¿te reproducen las tres fotos?»

R.: «Estas fotos no son reales».

Yo: «Y la fotografía en la que se ve una especie de arbolito encima de ti. ¿es real?»

R.: «Esta prueba la existencia de raíces».

Yo: «¿Quéquieres decir cuando afirmas que las otras dos no son reales?»

R.: «No respetan la realidad de como está mi cuerpo sólo mi presencia».

Yo: «Andrea, un sinfín de gracias por cuanto nos has dicho y perdona que te hayamos entretenido y comprometido tanto».

R.: «Os comprendo y os doy las gracias. Sé que todo esto es difícil y penoso. Pero pensad en lo que hemos aprendido sobre la vida y la muerte de nuestro Dios. Todo esto, en comparación, no es nada. Lo sé, no es un consuelo, pero las cosas grandes y bellas casi siempre son difíciles de alcanzar. Bien amados, os quiero y agradezco que me queráis tanto».

Acta del 5 de septiembre de 1983

Yo: «Andrea, quería preguntarte si el mensaje que tengo delante, recibido el 24 de agosto por la Sra. C. D. en tu nombre, es todo o parcialmente tuyo. ¿Es necesario que te lo lea?»

R.: «No, ya lo conozco. Es mía sólo la primera parte. Esta muchacha capta mis mensajes de manera extraordinaria, pero después por exceso de fe se deja llevar».

Yo: «¿El punto en que se dice que tú, Andrea, has muerto por la verdad, es tuyo? En caso afirmativo, ¿a qué te refieres con esta expresión?»

R.: «Si. Me remito a lo que ya os he dicho».

Yo: «¿Puedes aclararme mejor a qué te refieres con la expresión «lo que ya os he dicho»?»

R.: «A aquello que siempre he estado destinado».

Yo: «Te agradezco sinceramente cuanto nos has dicho. Intentaremos ser dignos de tí».

R.: «Queridísimos en mi breve vida que he pasado con vosotros nunca he dejado de dar gracias a la Luz Infinita por haberme dado unos padres tan dignos como vosotros. Infinitos besos».

Acta del 5 de Octubre de 1983

Yo: «Andrea, creo que estás en condiciones de saber las obras que se están realizando en Turín para aislar el sector del Po. ¿Realmente, tu cuerpo se encuentra en el sector que está siendo aislado?»

R.: «Si papá».

Yo: «Las obras de aislamiento del sector del Po en el que se encuentra tu cuerpo, ¿están siendo bien hechas, o con la tierra echada para hacer el dique se cubre total o parcialmente tu cuerpo?»

R.: «No, donde está mi cuerpo está igual que antes».

Yo: «¿Tienes alguna indicación que damos respecto de como hacer las obras o sobre los útiles que debemos utilizar?»

R.: «Todo lo que habéis previsto está bien. Os recomiendo por vuestro bien: poneros todos botas». 9

Yo: «Para llegar lo antes posible a tí, ¿debemos proceder de abajo hacia arriba o viceversa?»

R.: «Desde el dique hacia el centro».

Respuestas de los días 7, 8,9,10 y 11 de octubre de 1983

(Turín: Parque Valentino)

Se trata de los días en que, una vez terminada la construcción del pequeño dique destinado a aislar la zona señalada, se hicieron tentativas infructuosas para desaguar el recinto aislado.

Fueron unos días en los que no hubo coloquios regulares, ya que yo quería seguir de cerca lo que sucedía. Muchas de las preguntas fueron hechas por la Sra. Anita, por amigos que estaban presentes, o incluso, alguna vez, por aquellos que trabajaban en el dique, desde donde eran transmitidas en cadena.

Cuando las consultas se hacían con un ritmo que lo permitía, la Sra. Anita efectuaba, como tenía por costumbre, dos preguntas a su padre: si la asistía y si

Andrea estaba dispuesto para contestar. Por tanto, los dos «Si» que aparecen entre paréntesis, precediendo algunas de las respuestas, se refieren a las citadas preguntas.

Siempre y cuando ha sido posible se ha tenido en cuenta la pregunta y quien la hacía.

He aquí el texto de las respuestas habidas en aquellos días:

(si si) «Entre E. y C. trabajar en equipo».

«Si estoy en la zona que están trabajando».

«Raíces grandes hacia el dique».

«Desde donde están hacia el dique. Levantad el tronco».

(si si) «Hacia el dique; tened en cuenta que encima mío hay dos Raíces».

«Yo también estoy a la espera».

(si si) «No sé indicar el punto exacto. Estoy en el radio de los tres arbolitos. El trabajo hecho así es muy difícil. Hoy pienso que la recuperación no se hará pero no por vuestra culpa; son los medios que no funcionan. Hay que trabajar en seco. Insistid para que el dique sea reforzado».

(si si) «El... será hecho; el lugar es este; todos habéis estado encima mío pero mientras haya agua no se hará nada. Reforzad el dique. Otra cosa no sé deciros; incluso yo estoy angustiado», (si si) «En el barro que hay en el agua donde estaban antes».

(si si) «El pozo de agua que está en el centro bajo el barro. Desaguad, excavad».

(si si) «Yo también quiero, lo sé, pero es verdad que en toda empresa importante siempre hay fuerzas malignas que interfieren para que no se llegue a la meta».

(si si) «Sin agua estoy ahí».

«Si clavícula despedazada, omóplato. De la mano».

«Si pero desaguad».

(si si) «Alguna cosa sí; lo demás son piedras; un pedazo de mandíbula algunos fragmentos de hueso».

(si si) «Hay que buscar alrededor del sitio indicado para encontrar eventualmente restos de mi cuerpo pero para mi recuperación son necesarios otros medios como trabajar en seco».

«Claro que no; hace ya tiempo había dicho que era necesario seguir con medios técnicos. Nuestra meta es la recuperación del cuerpo pero el estado de conservación o degradación no tiene importancia. No sé como pero seré recuperado».

(si si) «Todo lo que tenía que decir lo he dicho».

«Pienso que si; todo esto son trabajos banales, terrenales. Vosotros intentáis decidir aquello que os parece mejor para vosotros mismos. Como se haga mi recuperación no tiene importancia. Útiles en esta empresa lo sois todos indistintamente».

(si si) «Papá es inútil hacer continuamente las mismas preguntas. También nosotros estamos condicionados para responder algunas veces. No somos ni magos ni adivinos. Esperamos como vosotros. Tu y los demás hacéis ya tanto y con voluntad» (en dialecto de Trieste en el original).

(si si) «Lo tendrás hoy. El trabajo es largo pero yo estoy contigo».

(si si) «Todos nosotros estamos con vosotros (respuesta del padre de Anita, en dialecto de Trieste en el original).

(si si) «no la raíz me protege; arrancad la raíz; otra tierra se ha deslizado encima; ya dicho todo; el agua; extraed el agua de la tierra que hay encima, si no hay agua sí» ,

(si si) «no lo sé, esta espera también es dura para mí; me es difícil»

(si si) «no»

(si si) «no».

«Podría pero me siento confuso. No lo sé agua, el agua oculta, todo lo que toca soy yo pero sin embargo ya no entiendo nada»

(si si) «ver para nosotros quiere decir percibir las sensaciones que vosotros nos transmitís»

(si si) «gracias, te siento cerca, estoy contigo, espero contigo», (si si)

Yo: «Anita continua teniendo el rotulador sobre el cuaderno. Te ruego nos digas cuando la grúa hace algo interesante que te concierne o que nos des indicaciones útiles».

R.: «... más hacia el fondo del dique artificial hay algunos fragmentos. No os atormentéis; desgraciadamente la situación es crítica. Al principio el cuerpo era compacto, podíais indicar algo; ahora está esparcido un poco por todas partes es difícil para mí y para ti. Yo también espero una señal».

Yo: «U.' propone que saquemos la bomba que se encuentra junto a la zona donde hasta ahora se excavaba para intentar buscar también allí. ¿Es interesante hacerlo?»

R.: (si. si) «Hay que intentarlo todo».

Yo: «Ahora sacarán la bomba que se encuentra junto al lugar de la excavación, para así poder buscar en el sitio ocupado por ésta. Si no encontramos nada, habrá sido un fracaso y deberemos dar por concluidas las tentativas de recuperación de tu cuerpo, pues ya no sabremos qué más podríamos hacer. ¿Tienes algo qué decir?»

R.: (si. si) «No me explico lo sucedido pero ciertamente llegados a este punto os aconsejo que lo dejéis correr. Más adelante apenas tenga alguna indicación podremos conocer la explicación de lo sucedido. Perdonadme pero no es culpa mía ni vuestra. Todos juntos nos hemos sentido siempre unidos para alcanzar este objetivo. No desesperéis. En el peor de los casos considera este lugar como la tumba que tenías previsto hacer, ten serenidad, consuela a mamá y recordad siempre que yo soy feliz. Lo único importante es que quiero veros serenos. Besos Andrea».

Acta del 14 de Octubre de 1983

Yo: «Tras el intento fallido de recuperación de tu cuerpo en el Po, efectuado entre el 7 y el 11 de octubre, ¿debemos entender que definitivamente tu cuerpo no es recuperable?»

R.: «Tal y como están las cosas ahora hablar de mi recuperación es muy difícil. Mi cuerpo se encuentra bajo todo aquel material y esparcido aquí y allá. Por eso papá intenta encontrar la paz de espíritu».

Yo: «Tras la citada tentativa de recuperación, ¿tu cuerpo ha sido destrozado y dispersado por la pala de la grúa? y, en caso afirmativo, ¿alguna parte del mismo se halla depositada en el dique artificial?»

R.: «Sí en parte».

Yo: «¿Estás ahora en condiciones de saber y poder explicar por qué falló el intento de recuperarte, si en principio estaba previsto el éxito?»

R.: «En lo que respecta a las cosas terrenales se han cometido muchos errores. Se debía haber desecado. Este fue el mayor error. En lo que se refiere a la promesa de la Luz Infinita aún no he comprendido bien pero sé que no era el momento adecuado, que otras cosas y otros hechos deberán impulsarte a seguir el camino trazado. Por el momento no sé nada más».

Yo: «¿Nos está concedido seguir manteniendo comunicación contigo y podemos hacerlo sin perjudicar tu serenidad y felicidad?»

R.: «Comunicar con vosotros será siempre la cosa más bella para mí. Por ello os ruego que no me dejéis; únicamente espero que estas comunicaciones puedan

ser serenas por vuestra parte. Lo digo por mamá porque no querría aumentar su dolor. Si fuera el caso pensad en mi solamente».

Acta del 24 de octubre de 1983

Yo: «Estamos aquí reunidos con Anita, C., M., E. y pensamos en ti siempre con mucho cariño. ¿Tienes algo que decimos o aclaramos respecto a lo sucedido en Turín sobre tu fallida recuperación o sobre alguna otra cosa?»

R.: Yo también estoy con todos vosotros. Os quiero a todos. No tengo nada nuevo que deciros. Más adelante sabré deciros algo. Amigos míos dentro de vuestras posibilidades estad cerca de mis padres. Gracias. Adiós a todos».

Acta del 2 de noviembre de 1983

La Sra. Anita, desde su casa y sin estar yo presente, se dirige a Andrea diciendo: «Tu padre me encarga que te diga lo siguiente: Queridísimo Andrea, permíteme que te haga una pregunta muy difícil y cuyo objetivo es aclarar los interrogantes que me han surgido, inevitablemente, como consecuencia de la situación que a ti respecta. Lo hago con la convicción de que tu podrás darme una explicación que mi mente humana no acierta a encontrar y para que me sea concedido continuar esperando en cuanto nos has dicho, que actualmente parece desmentirse por las circunstancias de tu fallida recuperación. La pregunta es la siguiente: No consigo comprender como se concilia el hecho de que la Luz Infinita te hubiera dado por segura la recuperación de tu cuerpo - puesto que, como tu nos habías dicho, ésta era tu misión en honor a Dios y que para cumplirla habías nacido y muerto-, con el hecho de que, por el contrario, tu cuerpo haya sido dispersado por las obras que debían llevar a su recuperación, razón por la cual nos has dicho que el sitio donde se encuentra en el Po debe ser considerado como tu tumba definitiva. ¿Estás capacitado y te es permitido darme una explicación de lo ocurrido y decirme si aún queda algo de válido en las afirmaciones respecto a la recuperación de tu cuerpo y de tu maravillosa misión?»

R.: «Querido papá, comprendo tu estado de ánimo. Incluso yo de momento quedé desilusionado; pero mira, sólo yo, que soy uno de los que forman parte de la gran grey de almas que siguen a la Divina Luz Infinita, puedo entenderlo. No es fácil explicároslo a vosotros los vivos. Intentaré hacerlo. La promesa de mi recuperación que me fue hecha por la Luz Infinita era sólo válida para dar una prueba al mundo de que existe la vida en el más allá; pero este objetivo no me había sido asignado únicamente a mí, muchos otros como yo unidos debíamos dar esta prueba. Desde un principio, si bien recuerdas, para mi recuperación debía transcurrir un año. Todos vosotros -esto es comprensible- habéis querido acortar el plazo. Lógicamente cada vez que tu insistías con una pregunta yo no podía dirigirme a la Luz Infinita. He aquí el porque de varias de mis indecisiones. Yo no tenía valor para amonestarte cuando insistías tanto. Aquella fecha estaba establecida para poder colaborar también con otras almas. Por esto te he dicho que otras cosas deberán suceder, porqué ahora yo he sido apartado y mis hermanos continúan su trabajo. Mira la televisión. Cuando llegue el momento justo quizás también yo sea llamado a continuar mi misión. Creo y espero haberme explicado de forma que tu puedas comprender. Besos de tu Andrea».

Acta del 3 de noviembre de 1983

Yo: «Andrea, he leído la respuesta que has dado a Anita y te la agradezco infinitamente. Te ruego, no obstante, me des una aclaración más. Cuando dices «mira la televisión», ¿te refieres al programa «Italia Sera» de la primera cadena o a algún otro? ¿Y por cuántos días y en qué fechas?»

R.: «Si este mismo. Solicitan testimonios y noticias. Otros hermanos han colaborado y colaboran aún. Tu testimonio será indispensable pero por el momento no tengo órdenes al respecto. Síguelo; mantente al corriente. Llegado el momento veremos que hacer. Besos Andrea».

Acta del 18 de noviembre de 1983

La Sra. Anita, desde su casa y sin estar yo presente, pregunta: «Tu papá me pide que te plantees las siguientes cuestiones, deseando, con toda el alma, estar siempre en contacto contigo y comportarse exactamente como tu deseas o aconsejas.

He aquí las preguntas:

En una conversación que tuve el domingo con M., que siempre me había animado a mantener los diálogos a través de Anita con el fin de recuperar tu cuerpo, me aconsejó suspenderlos en espera de que Dios, si lo cree conveniente, nos dé a conocer Su voluntad de una u otra forma. Le manifesté mi intención de seguir en contacto contigo, no únicamente por el grandísimo placer y consuelo que me proporciona, sino también por necesidad, para poder recibir tus instrucciones y saber que debo hacer a fin de que tu misión se cumpla. No obstante, hemos quedado en hablar de ello el próximo domingo. ¿Qué me aconsejas?»

R.: «M., como la mayoría de la gente, aunque están dispuestos a creer en estas comunicaciones se sienten bloqueados a dar su pleno acuerdo porque creen que para nosotros es doloroso o que la Luz Infinita no lo permite plenamente. Pero, como ya te he dicho una vez, aquellos que pueden comunicarse son privilegiados. Por ello, cuantos más contactos hay más feliz es la Luz Infinita. Porqué, papá, imagina que el mundo entero estuviese convencido de la existencia del más allá sería una forma de eliminar la fealdad de la vida porque todos querrían elevar su alma hasta las cimas más altas. Por eso sigue. Este también es un camino para llegar al fin previsto.

Acta del 19 de noviembre de 1983

Yo pregunto: «Queridísimo Andrea, esta noche estamos reunidos una vez más con los amigos T. y Z. Desde nuestro cariño por ti deseamos mandarte un afectuosísimo saludo y, al mismo tiempo, ofrecerte la posibilidad de hacemos cualquier eventual comunicación sobre lo que podemos o debemos hacer».

R.: «Si supieras papá el placer que me da verte a ti y a mamá (en dialecto de Trieste en el original) rodeados del afecto de nuestros queridos amigos. Recordad que yo estoy sentado entre vosotros. Cosas importantes por ahora no tengo. Os quiero. Esto es importante pero es cosa sabida. Adiós queridos míos. Gracias amigos. Andrea».

Acta del 22 de noviembre de 1983

La Sra. Anita, desde su casa, interpela a Andrea diciendo: «Tu papá me mega que te haga las siguientes preguntas: Dadas las actuales condiciones de excepcional disminución del caudal del Po, ¿crees interesante que yo vaya a Turín para ver si puedo encontrar algo de ti en el terreno que habíamos removido o que encargue a G. que lo haga? O, quizás, ¿es mejor qué vayamos ambos juntos?»

R.: «Querido papá, para poder encontrar algún resto de mi cuerpo se debería desaguar nuevamente y aún así las posibilidades serían muy escasas porque los diversos restos están esparcidos en el fondo con mucho material encima. Déjalo correr».

Acta del 17 de diciembre de 1983

Quizás estés al corriente de que el amigo C. se ha ofrecido para volver a Turín y hacer de nuevo las fotografías a infrarrojos sobre el Po, donde está tu cuerpo. Mamá y yo le hemos disuadido. ¿Es quizás, por el contrario, oportuno que vaya? y, en caso afirmativo, ¿inmediatamente o más tarde?»

R.: «De ir hay que hacerlo cuando el Po esté en estiaje. Pero respecto a las fotos no habrá otras, en parte porque el cuerpo ya no está entero y en parte porqué no eran reales».

Acta de 6 de enero de 1984

Yo pregunto: «Querido Andrea, ayer asistimos a una retransmisión televisiva en la que se hablaba de los contactos con el más allá. ¿Quizás forma parte de los preparativos para tu misión a los que habías hecho alusión?»

R.: «No directamente; pero es un eslabón de la cadena, es decir que forma parte de lo que deberá suceder».

Acta del 19 de enero de 1984

Yo: «Las emisiones de «Blitz» y de «Italia Sera» de la semana pasada sobre parapsicología, ¿tienen relación con el momento en que podrás llevar a cabo tu misión?»

R.: «Deberías ponerte en contacto con la amiga Paola».

Yo: «Quién es esta amiga Paola? ¿Dónde puedo encontrarla?»

R.: «Giovetti, la que emite para «Italia Sera»».

Acta del 29 de enero de 1984

Yo: «La última vez que hablamos contigo me dijiste que debería ponerme en contacto con Paola Giovetti. ¿Debo hacerlo de inmediato, o cuando tu me lo digas?»

R.: «Diría que es mejor esperar; no mucho: quizás uno o dos meses».

Yo: «¿Cuándo me ponga en contacto con Paola Giovetti, qué debo decirle o pedirle? ¿Deberé informarla de los contactos que tenemos contigo?»

R.: «Ciertamente deberás contárselo todo desde el principio de mi desaparición hasta el final con todos mis mensajes».

Yo: «Si lo he entendido bien, ¿debo concertar una entrevista diciéndole que quiero ponerla al corriente de un caso de particular interés de comunicación con el más allá?»

R.: «Exactamente, pero hazlo personalmente».

Acta del 23 de marzo de 1984

Yo: «¿Crees posible damos, en un próximo futuro, alguna otra señal como la de la mancha roja aparecida en «Il Giornale nuovo», de modo que las autoridades eclesiásticas puedan darse cuenta de que las respuestas proceden de ti y distinguir aquellas que están autorizadas por la Luz Infinita de aquellas que forman parte de la masa de mensajes simulados o falsos que proceden de diversos médiums?»

R.: «Esto sucederá cuando la Luz Infinita lo crea oportuno y me dé Su permiso».

Yo: «¿Ha llegado el momento de hacer algo para ayudarte a fin de que tu misión se cumpla? y, en caso afirmativo, ¿qué?»

R.: «Las indagaciones que se están llevando a cabo han retrasado este momento; sino sería ya tiempo de hacer lo que te dije es decir ponerte en contacto con Paola».

Yo: «¿Estaría bien que hiciera suspender las investigaciones que se están llevando a cabo para poder así iniciar de inmediato los pasos necesarios para el cumplimiento de tu misión? o, por el contrario, ¿dejo que las investigaciones sigan su curso?»

R.: «Que sigan su curso no para descubrir a los culpables sino para tener la prueba de que mi cuerpo está allí».

Acta del 14 de abril de 1984

Yo: «Queridísimo Andrea, esta noche te molestamos únicamente para mandarte un afectuosísimo saludo y preguntarte si ha llegado el momento de que yo haga alguna cosa por ti y por tu misión y, en caso afirmativo, el que».

R.: «Si. Ponte en contacto con Paola Giovetti, exponle el caso del modo más simple posible sin olvidar los puntos importantes para el fin que debemos alcanzar».

Acta del 11 de mayo de 1984

Yo: «No sé si lo sabes. En Pascua he estado con mamá en Medjugorje, en Yugoslavia, donde unos jóvenes dicen que, diariamente, se les aparece la Virgen, con quien conversan. Pedimos a algunos de estos videntes que intercedieran por ti. Nos dijeron que Nuestra Señora les contestó recomendándonos que rogáramos y ayunáramos. ¿Puedes decímos algo al respecto?»

R.: «No me consta que la Dama Celeste haya tenido mensajes que me afecten; porque cuando esto sucede nosotros somos llamados y debemos estar presentes».

Yo: «Mi adorado Andrea, te dejo, abrazándote espiritualmente con todo mi afecto. Como sabes, te llevo siempre en el corazón y en la mente, deseando con toda el alma que llegue el día en que pueda serte útil para tu misión».

R.: «Lo serás querido papá. También yo te abrazo y te quiero mucho. Besa a mamá por mí. Un saludo a aquellos que quiero y a todos estos amigos. Andrea».

Acta del 28 de julio de 1984

Yo: «Queridísimo Andrea. ¿Estás al comiente de por qué hace tanto tiempo que no doy señales de vida, o debo decírtelo?»

R.: «Ciertamente estoy al corriente».

Yo: «No sé si en tus condiciones puedes ver quien está aquí conmigo, además de Anita y su marido C., o si debo decírtelo»

R.: «Es un hermano que tiene en todo esto mucha fe que tú».

Yo: «¿Sabes cuál es su profesión?»

R.: «Sirve a la Iglesia».

Yo: «M. S., aquí presente, desearía conocer la procedencia del color rojo con que manchaste «Il Giornale» del 21 de octubre de 1983 para, como nos dijiste, damos una señal».

R.: «Te digo que aquella señal os la mandé para despertar vuestra confianza en todo esto y basta. Ahora preguntas como, esto ha sido obra de la Luz Infinita, igual que las fotos. Nadie ha preguntado nunca como se hace un milagro».

Observación: La persona que estaba presente y a quien me he referido es un sacerdote experto en parapsicología.

Queridísimo Andrea, ¿tienes alguna instrucción que darme en relación al cumplimiento de tu misión?»

R.: «Querido papá, tu sabes mejor que yo que es necesario tener fe para conseguir lo que se desea. Por eso, ¿cómo puedes convencer a aquellos que no creen si incluso tú de fe en todo esto tienes poca? Recuerda que la Luz Infinita para daros estas señales me ha hecho una concesión importante. Pero en ti siento la incredulidad y -no lo niegues- tienes remordimientos de comunicarte conmigo y debes pedir consejo a gente que con la Luz Infinita no se relaciona. La religión es otra cosa.

Yo: «¿Andrea, tienes algo más que decirme o sugerirme sobre lo que debo hacer?»

R.: «Creer en mi y contactar con Paola. Papá no te sepas mal lo que te he dicho pero quiero que tengas confianza. Entonces quizás alcanzarás la meta».

Acta del 3 de agosto de 1984

Yo: «Queridísimo Andrea, estoy seguro de que te das cuenta de que la Iglesia nos obliga a nosotros, sus fieles, a ser muy prudentes con los mensajes procedentes del más allá, dado que no vemos a la entidad con quien comunicamos y de que yo intento, lógicamente, mantenerme siempre con el máximo rigor dentro del marco de la Iglesia. Por ello, debo tener en cuenta, por ejemplo, lo que dice San Juan cuando en una de sus epístolas afirma: "Amadísimos, no creáis a todos los espíritus, probadlos para saber si proceden de Dios, porque muchos falsos profetas han venido al mundo. Conoceréis que un espíritu procede de Dios si confiesa la encarnación de Jesucristo. Todo espíritu que no confiesa a Jesús no procede de Dios".»

Así pues, te ruego de todo corazón que me digas que piensas de esto».

R.: «Sobre el tema expuesto puedo confirmarlo todo. En efecto Jesús es decir la Luz Infinita, quiere con amor infinito que todas sus ovejas pastoreen en el gran prado salpicado de divinas palabras que es la Biblia».

Yo: «Así pues, ¿confirmas que Jesús vino de Dios a la tierra y se encamó?»

R.: «Sí lo confirmo en nombre de Cristo».

B. pide a Andrea que confirme los versículos 5, 6 y 10 del capítulo 9 del Eclesiastés que dicen: «5) Pues, los vivos saben que han de morir, pero los muertos ya no saben nada, ni están en estado de merecer, y su memoria ha quedado sepultada en el olvido. 6) Asimismo, el amor y el odio y las envidias se acabarán juntamente con ellos y no tendrán ya parte alguna en este mundo, ni en cuanto pasa bajo el sol. 10) Todo cuanto pudieras hacer hazlo sin perder tiempo, puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro hacia el cual vas corriendo».

R.: «Estos versículos son exactos, pero es preciso saber interpretarlos. Es verdad que aquí no existe odio ni esclavitud y que todos los sentimientos que vosotros experimentáis son cosas terrenales. Nuestro mundo es muy distinto. A nosotros el amor nos llega de cuanto nos rodea, no únicamente para nuestros seres queridos sino también para todos los malos, porque absorbemos el amor que nos da la Luz Infinita».

Yo: «En nuestro encuentro del 31 de julio me sugerías de nuevo que me pusiera en contacto con Paola Giovetti, ¿debo hacerlo de inmediato a pesar del daño que ello pueda significar para las investigaciones en curso, debo esperar como ya habíamos acordado? o, ¿tienes alguna sugerencia distinta que hacerme?»

R.: «Mándale ya las actas para que Paola pueda estudiarlas. En ella puedes confiar. Si le pides que espere lo hará».

Seguimos en casa de la Sra. Anita. M. y B. manifiestan su deseo de hacer una pregunta a Andrea, después de la que yo acababa de hacer.

Anita consiente y hace mentalmente las dos preguntas habituales para saber si su padre la asiste y si Andrea está dispuesto a contestar, recibiendo como respuesta dos «sí».

Entonces M., concentrándose, hace una pregunta también mentalmente.

El rotulador escribe: «El que quiere comunicarse es el hijo de Anita. Lo siento muy próximo pero no consigo captar su pensamiento; sólo la palabra «Dios»: el mío y el suyo».

M. nos informa, antes de leer la respuesta, de que su pregunta era: «En nombre de Cristo, que revele quien es».

Leída la respuesta se declara insatisfecho, ya que lo que él deseaba es que la entidad dijera quien era.

Anita siente la necesidad de coger de nuevo el rotulador, que escribe: «Andrea, soy Andrea».

Considero oportuno indicar que la pareja de prometidos M. y B. son activos seguidores de la iglesia Adventista, motivo por el cual conocen muy bien la Biblia, que frecuentemente llevan encima. Al hablar con ellos, me he dado cuenta de que no creen en el dogma católico de la Comunión de los Santos, por lo cual excluyen cualquier posibilidad de comunicación entre difuntos y vivos.

Acta del 13 de septiembre de 1984

Anita hace la siguiente pregunta: «La Sra. S. I., desde el día 3 de septiembre, se siente continuamente apremiada por ti y por otros a hablar con el abogado Sardos, tu padre, diciéndole que me llame inmediatamente a fin de establecer contacto contigo para recibir tus mensajes. Ayer, miércoles por la tarde, habló por fin con el abogado Lino Sardos, que acababa de llegar de Medjugorje, quien me lo refirió todo a mi regreso de la montaña. ¿Puedes decirme si tales llamadas procedían de ti? y, en caso afirmativo, ¿qué es lo que tienes que decirme?»

R.: «Si proceden de mi pero no para poneros en guardia contra algo que debe suceder como supone I. Ha llegado el momento para todos de colaborar en nuestra misión de hacer lo que había sido prometido. Desdichadamente yo estoy perdiendo la esperanza de poder formar parte de esta élite elegida. Tú eres circunspecto y desconfiado en todo esto, por lo cual no estás listo para ayudarme. Era lo que quería decirte. Besos Andrea».

Acta del 1 de octubre de 1984

Anita: «Tu padre ha escrito hace ya algunos días a la Sra. Giovetti, pero no ha tenido aún respuesta. Pregunta si sigue estando a tiempo de colaborar en tu misión y, en caso afirmativo ¿qué debe hacer?»

R.: «Papá, no sé si haces ver que no me entiendes o es verdad. El tiempo en lo que respecta a mi misión no cuenta. Es en ti que no va bien. Lo que deseas hacer por mí lo haces sin convicción, no estás seguro, eres tan incrédulo como aquellos a los que deberías convencer. Tú que eres un buen seguidor de la Luz Infinita deberías saber que los milagros se conceden únicamente a aquellos que creen firmemente y no para demostrar nada o ver como acabará. Por eso si quieres seguir adelante de esta forma no me pidas consejo. Perdóname pero debo ser sincero. Te quiero mucho. Andrea».

Observación: Efectivamente, hablando con Anita, varias veces le había mencionado haber escrito a la Dra. Giovetti, porque Andrea me lo había pedido y pensaba que todo iría bien dada la competencia de esta señora. Posteriormente, tendríamos ocasión de ver como se desarrollaba todo.

Acta del 15 de octubre de 1984

Anita: «Tu padre me pide que te haga la siguiente pregunta: Queridísimo hijo mío, he leído la respuesta que diste a Anita el pasado 1 de octubre y te confieso que ya no comprendo nada. Hasta ahora habías dicho que tenías una misión que cumplir en honor a Dios, misión para la que habías nacido y muerto. Parecía que, a tal fin, yo podría haberte sido útil, con gran alegría por mi parte. Me dijiste que, para ello, me pusiera en contacto con Paola Giovetti, lo cual he intentado

hacer, pero todavía espero una respuesta. No veo donde está mi inseguridad, comprensible, no obstante, dados los resultados negativos habidos en el intento de recuperación de tu cuerpo. No sé a quien debería convencer; ni de que, ni como. No comprendo que tiene que ver en todo esto mi fe en los milagros. Sobre todo, no entiendo de que forma puedo ser útil a tu misión si no es preguntándote que debo hacer, especialmente porque ya no sé en que consiste, puesto que tu mismo dices que la recuperación de tu cuerpo es imposible. Por ello, te pregunto: ¿Sigue siendo válida tu afirmación de que tienes que cumplir en esta tierra una misión especial en honor a Dios? Si este es el caso, ¿puedo serte útil? y, ¿qué debo hacer a tal fin?

R.: «Papá claro que hay una relación en todo esto porque yo estoy obligado a disponer de ti para mi misión y si tu no estás seguro de que realmente este maravilloso contacto entre nosotros existe todo se hace difícil si no imposible. Siempre aludes a los resultados negativos en la recuperación de mi cuerpo, pero esto sucedió por la poca confianza que teníais. Lo sé, para vosotros los vivos puede parecer excesivo inhumano, pero la Luz Infinita quiere poner a prueba a aquellos que deberán ser elegidos para este fin. De otro modo todo sería demasiado fácil. Papá, por lo que entiendo tu no sabes aún en que consiste mi misión: es necesario hacer saber al mundo que el más allá existe ya que únicamente con esta convicción la humanidad volverá a creer y a vivir en paz en honor de la Luz Infinita. Esta tentativa ya se ha hecho diversas veces pero siempre en vano. Es por ello que los elegidos para esta misión como yo deben disponer de la máxima confianza por parte de sus intermediarios. Ciertamente mi oferta es válida, pero debes creer en mi. Paola aún no sabe nada, no ha leído tu carta. Adiós papá tu Andrea».

Acta del 22 de octubre de 1984

Anita: «Tu padre me encarga te haga la siguiente pregunta: Queridísimo hijo mío, la respuesta que diste el 15 de octubre a mi compleja y difícil pregunta, tan llena de dudas y controversias, ha sido verdaderamente extraordinaria y clarificadora para mí. Para luchar, a tus órdenes, en la grandiosa y maravillosa batalla que constituye tu misión, debo estar, como tu dices, no sólo convencido sino preparado para convencer a los demás. Por tal motivo, te ruego que me aclares un punto que me parece contradictorio. En tu respuesta del 15 de octubre, y entre otras cosas, dices: «Paola aún no sabe nada, no ha leído tu carta». El 16 por la mañana recibí una carta de Paola, con fecha 10 de octubre, responiendo a la mía y manifestando haberla leído el día antes en Milán. Es importante que me des una explicación del porque de esta contradicción, sobre todo teniendo en cuenta que cuando hable con Paola Giovetti me será pedida a mí. ¿Qué me dices?»

R.: «Querido papá, perdona no me doy cuenta de que nuestra percepción es muy distinta de la vuestra y por ello debo tener paciencia y explicártelo de forma que puedas entenderlo. Aquí no existe el tiempo. Si alguna vez te he señalado horas y fechas ha sido siempre en respuesta a tus preguntas y estas respuestas te las he dado únicamente para no complicar las cosas y no confundirte las ideas. Yo no sé qué día recibió Paola tu carta pero seguro que fue antes de que redactaras tu pregunta y no me refiero al momento en que contesté a Anita sino a aquel en que tú la concebiste, estudiaste y escribiste. Con otras palabras cuando en lo más íntimo de ti mismo intentas comprender todo esto yo estoy contigo y en aquel preciso momento te respondo. Anita es una intermediaria. Mis respuestas las doy a través de ella, pero es a tí a quien yo contesto. Nunca sabrás lo mucho que debes agradecer a Anita lo que hace. Recuérdalo. Espero haber aclarado y ahuyentado una vez más tus dudas. Besos Andrea».

Observación: Consulté mi diario. La pregunta en cuestión empezó a prepararla el día 2 de octubre, la modifiqué el día 4 y no fue hasta el día 7 del mismo mes cuando la concreté, hice recopilar y transmisió a Anita para que se la planteara a Andrea. La Dra. Giovetti -como ella misma me informó por carta- había leído la mía el 9 de octubre. Los hechos ocurrieron pues, exactamente, como Andrea había indicado.

Acta del 11 de noviembre de 1984

Yo: «Queridísimo hijo mío, estamos aquí reunidos con la Dra. Paola Giovetti como tú me sugeriste. ¿Tienes algo que decimos o aconsejamos?»

R.: «Gracias, infinitas gracias. Todos somos felices por esto. Me gustaría mucho que Paola hiciera las preguntas».

Dra. Giovetti: «Estoy emocionada por este contacto y dispuesta a ayudar. ¿De qué forma puedo hacerlo?»

R.: «Tu sabes a quien dirigirte. Tengo mucha confianza en ti».

Dra. Giovetti: «¿Crees que debería contar todo esto en el periódico? ¿Debo implicar a otras personas?»

R.: «Si ciertamente. Es necesario hacerlo saber todo. Tu Paola debes, por favor, dar a conocer a través del periódico que el más allá existe, pero si quieres dirigirte a personas interesadas en esto hazlo. ¿Lo sabes verdad?»

Acta del 20 de noviembre de 1984

Anita: «La Dra. Giovetti ha escrito a tu padre rogándole que te haga unas determinadas preguntas. ¿Te está permitido y te es posible responderlas??

R.: «Ciertamente».

R.: «¿Qué se experimenta en el momento de la muerte? ¿Cómo sobreviene el traspaso?»

R.: «Yo puedo decirte lo que experimenté personalmente porque es muy diferente una muerte de otra. En aquel momento físicamente yo estaba bien pero asustado. Mi situación era mala, estaba a merced de individuos peligrosos. Cuando fui asesinado no me di cuenta, pero contemplaba la escena desde lo alto y seguía todos los detalles con despego, indiferencia. Esto duró un buen rato, hasta que mi alma se adentró en un largo túnel.

P.: «¿En qué ambiente viven las almas? ¿Se puede describir?»

R.: «Bellísimo, tan bello que es indescriptible. ¿Cómo puedes tú describir las sensaciones?»

P.: «¿Puedes decir algo más preciso sobre el túnel que hay que atravesar?»

R.: «La entrada te atrae porque ves en el fondo del túnel una luz grandiosa que te llama; pero no siempre se llega enseguida a ultrapasarla. Los más afortunados, como yo, son recibidos y acompañados por amigos o familiares, si. Otros deben esperar mucho tiempo y esto hace sufrir, porque se sabe que más allá es maravilloso y se querría llegar cuanto antes».

P.: «¿Hay realmente un juicio sobre el modo en que se ha vivido?»

R.: «Como ya he dicho todo es juzgado por la Luz Infinita. El bien es premiado, el mal condenado».

Acta del 27 de noviembre de 1984

Anita: «Tu padre me ruega que te haga las siguientes preguntas, siempre que te sea posible y concedido responder: Queridísimo hijo, en tu respuesta del 20 del corriente a una cuestión a través de la cual lo único que pretendía saber era si dos magistrados se habían interesado por ti, tras contestarme añades: «Bravo papá». Te pregunto: ¿Esta expresión se refería a la pregunta planteada o a alguna cosa que me afecta? y, en tal caso, ¿a qué?»

R.: «A todo lo que estás haciendo en relación a mi misión y a lo que piensas hacer, es decir el libro. Vés papá todo está sucediendo del modo más adecuado. Ciento que vosotros queríais la recuperación de mi cuerpo; pero si esto hubiera ocurrido tal y como estaban las cosas todo hubiera estallado en una gran publicidad, no demasiado favorable al objetivo fijado pero si para los medios de comunicación. Esto no era lo que deseábamos ni nosotros ni vosotros. Lo que interesa es hacer saber que el más allá existe».

Observación: Debo precisar que, en las precedentes comunicaciones habidas con Andrea, nunca había hecho la más mínima mención en tomo a la intención de escribir un libro sobre sus mensajes, ni mucho menos aún había hablado de ello con la Sra. Anita. Se trataba de una idea que me había surgido tras una

conversación que tuve el 11 de noviembre con la Dra. Giovetti y que estaba aún madurando en mi.

Acta del 14 de diciembre de 1984

Anita: «Tu padre me encarga que te pregunte si te es posible y te está concedido contestar a las siguientes preguntas de la Dra. Giovetti».

P.: «¿Las almas se ponen voluntariamente en comunicación con los vivos?»

R.: «Ciertamente, nos sentimos privilegiados; y aquellos que no son llamados intentan inmiscuirse».

P.: «¿Qué es lo que hace que una persona viva pueda contactar con ellos, como hace la Sra. Anita?»

R.: «La fuerza de energía que inconscientemente poseen les permite sintonizar con nuestra frecuencia de onda. Esto es una expresión vuestra para que lo entiendas mejor. Muchos vivos podrían comunicarse pero no lo saben. Lástima».

P.: «¿Qué sentiste al comprender que habías muerto? ¿Tuviste inmediatamente alguien a tu lado que te ayudó o permaneciste sólo por algún tiempo?»

R.: «Mucha paz, ningún deseo de volver atrás. Si mi amigo Marco vino inmediatamente a recibirmme para traspasar la gran Luz. Gracias. Andrea».

Anita: «Tu padre me encarga también que te mande su afectuosísimo saludo y que te pregunte si tienes algo que decirle».

R.: «Estoy a tu lado y te animo con todas mis fuerzas. Verás papá, estoy seguro de que todo irá bien. Besos. Andrea».

Observación: Dando las gracias al final de la respuesta dada a la Dra. Giovetti, Andrea demuestra saber que las preguntas han concluido sin que nadie se lo indique.

Acta del 4 de enero de 1985

Tu padre me pide que te diga lo siguiente: «Queridísimo hijo mío, con el único fin de comprender mejor la coherencia de tus respuestas evitando dudas y polémicas, te pido que, si te es posible y te está concedido, me aclares los siguientes puntos».

R.: «Sí».

P.: «Muchas personas, teniendo facultades de médium o fingiendo tenerlas, dicen haberse comunicado con almas de difuntos y, a buen seguro, su número aumentará si hacemos públicos tus mensajes. Para que las almas de los vivos no sean llevadas a engaño por falsos médiums o entidades negativas, probablemente diabólicas, o por los llamados espíritus burlones, te pregunto: ¿Qué criterios deben observarse para tener la seguridad de que se trata de mensajes procedentes realmente del más allá y de entidades que actúan según la voluntad de Dios y no del propio médium, de entidades negativas o de los consabidos espíritus burlones?»

R.: «Las entidades negativas únicamente pueden introducirse si no se cuenta con un buen espíritu guía y si el médium utiliza sus facultades con malos fines. Los espíritus burlones pueden inmiscuirse cuando se hacen preguntas del tipo de como ganar en el juego, la fecha de la muerte. En cierto modo todo depende de como se hacen las preguntas: a las serias se responde con seriedad. Las que se hacen por juego son contestadas burlonamente. Los falsos médiums para vosotros no son fáciles de descubrir. Es por esto que nos está concedido dar pruebas del tipo de las que yo os he dado. Por otro lado no hay que creer nunca en aquello que lo hacen con afán de lucro como si se tratase de un negocio. ¿Entendido? Besos de Andrea».

Acta del 18 de enero de 1985

R.: «Queridísimo hijo mío, he terminado de escribir el primer esbozo de la introducción del libro, en el que reproduciré los diálogos más significativos que hemos mantenido a fin de demostrar la existencia del más allá. Si estás al corriente de lo que he escrito, me gustaría que me dijeras si está bien planteado y desarrollado o si tienes alguna sugerencia que hacerme al respecto».

R.: «Papá la planificación es correcta. Intenta no olvidar los puntos importantes a través de los que se puede comprender que este trabajo tuyo está hecho en nombre de la Luz Infinita. Otros trabajan para el mismo fin, no estás sólo. Por ello el hecho de estos maravillosos diálogos nuestros se unirá a otros hechos análogos».

Acta del 23 de abril de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, estoy a punto de dar a imprimir el libro a las Edizioni Svevo di Zorzon (quienes después lo distribuirán), abandonando cualquier otra posibilidad. ¿Tienes algo que comunicarme?»

R.: «Me parece un buen camino porque el Sr. Zorzon además de estar interesado en el libro es una persona honesta. Besos Andrea».

Acta del 25 de abril de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, me encuentro en un estado de gran incertidumbre. No sé si hacer que el libro sea puesto a la venta coincidiendo con el programa de televisión, o retrasar su salida hasta el próximo otoño para que se hable de tus mensajes en distintos momentos y poder, así, pulir un poco más la obra y las particularidades de su difusión. ¿Qué piensas de ello?»

R.: «Si papá. Si el libro sale en otoño quizás coincidirá con otro hecho análogo a este. Únicamente te ruego que no te preocupes ni te angusties porque de cualquier forma todo sucederá como ya ha sido establecido.- Tu eres un peón de la Luz Infinita. Te quiero mucho Andrea».

Acta del 27 de abril de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío. Gracias de todo corazón por tus comunicaciones y tus afectuosas expresiones. Quizás estés ya al corriente de la conversación que he mantenido hoy con el Sr. Zorzon y de su propuesta de que el libro sea editado por la empresa Reverdito, de Trento, a fin de que sea distribuido por Rizzoli. ¿Qué opinas?»

R.: «Te había dicho que el Sr. Zorzon es una persona muy honesta y creo que con su ayuda lo resolverás todo».

R.: «En tu última respuesta me dices que en otoño la publicación de tu libro coincidirá con otro hecho análogo. ¿Lo consideras positivo o negativo? En el caso de que fuera negativo, ¿es mejor publicarlo a primeros de octubre a fin de anticipamos?»

R.: «Ciertamente que será positivo. Cuantos más testimonios haya de la existencia del más allá tanto mejor. El momento adecuado sería en el espacio de tiempo que hay entre Crispino y Saturnino. Besos Andrea».

Anita me telefona para decirme que ha recibido las respuestas, previniéndome que en la segunda de ellas hay algo incomprendible.

Tras habérmele leído, ni ella ni yo conseguimos comprender a que se refiere cuando habla del «espacio de tiempo entre Crispino y Saturnino». Yo observo que, si se refiriara a los astros, existe un Saturno, pero no un Saturnino y, que yo sepa, no existe tampoco ningún Crispino.

Por tanto, propongo a la Sra. Anita que haga a Andrea la siguiente pregunta:

R.: «Queridísimo hijo, gracias de todo corazón por las respuestas de hace un momento. Pero te mego me expliques que significa «El espacio de tiempo que hay entre Crispino y Saturnino, dado que ninguno de estos dos nombres me dice nada en absoluto».

R.: «Tienes razón perdona: Últimos de octubre, últimos de noviembre. Mira el calendario».

En cuanto la Sra. Anita me llama por teléfono y me comunica esta respuesta miro el calendario de mi agenda: el 25 de octubre es San Crispino y el 29 de noviembre es San Saturnino!!!

¡NINGUNO DE NOSOTROS TENIA LA MAS MINIMA IDEA DE ELLO!

Acta del 1 de junio de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, seguramente debes estar al corriente de que el 20 de junio, a las 20,30 horas y en el canal 1 de la RAI-TV, se emitirá un programa en el que participaremos la Sra. Anita y yo. Si, como supongo, me piden que te formule alguna pregunta, ¿estás de acuerdo en que te la haga? y, en caso afirmativo, ¿te parece bien que te pregunte, simplemente, si tienes algo que decir?»

R.: «Si que estoy al corriente y siquieres hacer preguntas te contestaré, pero debes llamarme únicamente a mí incluso para responder a las preguntas hechas por el público. No debe convertirse, en absoluto, en una reunión espiritista».

R.: «En lo que concierne a las preguntas que yo pueda hacer, ¿te parece bien una de genérica en la que te pida si tienes algo que decirme a mí o a los telespectadores, o quieras sugerirme algo en particular?»

R.: «Todos pueden hacer preguntas, pero sabes esto no es un procedimiento habitual. De hecho yo no podré intervenir entre los vivos y almas que no conozco. No obstante en esta ocasión la Luz Infinita me ha encargado que intervenga para todos. Lo que podré o no podré contestar aún no lo sé».

P.: «Concretamente, te pido que me digas si mi pregunta genérica sobre si tienes algo que decirme a mí o a los telespectadores te parece bien»

R.: «Sí, creo que sí. Papá tampoco yo sé lo que deberé decir.»

P.: «¿Tienes alguna sugerencia especial que hacerme de cara a la citada emisión?»

R.: «Simplicidad, naturalidad, tranquilidad y basta».

Acta del 5 de junio de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, ¿estás al corriente de la gran campaña que se está llevando a cabo con el fin de obtener la suspensión de la transmisión en directo de la Dra. Giovetti? ¿Estás en posición de decimos algo al respecto?»

R.: «Si lo se papá, pero desdichadamente como ves se trata de una dura lucha contra las fuerzas malignas. Es por ello que necesitamos de tu máxima confianza y a personas como Paola. Otras veces en el pasado numerosas luchas contra el mal, como ésta, han sido llevadas a cabo, inútilmente, porque en el mal todo el mundo esta dispuesto a creer. Por el contrario, ante los mensajes de amor todos se vuelven sordos. ¿Por qué? Porque en la mayor parte de la humanidad ha arraigado la semilla del mal y nuestra labor es extirparla».

P.: «El periodista Dr. Niccolini quería dedicar a la emisión y al libro que te conciernen un artículo en «Il Piccolo» del próximo domingo 16 de junio. ¿Estás de acuerdo? ¿Está bien que yo colabore?»

R.: «Si estoy de acuerdo y me hace feliz que tu le ayudes. Ves papá como se encuentra siempre alguien dispuesto a ayudar. Por eso el bien puede vencer al mal».

Acta del 17 de junio de 1985

R.: «Queridísimo hijo mío, ¿consideras preferible que durante la retransmisión de la RAI del 20 de junio las preguntas te sean hechas por mí o por la Dra. Giovetti, o no tiene importancia si te las hace alguien del público? En el segundo caso, ¿debemos limitar el tema?, ¿en qué sentido?» R.: «Por ti o por Paola y si alguien del público quiere preguntar que lo haga a través vuestro, pero únicamente cosas serias, nada de tonterías».

P.: «¿Qué opinas de que en la citada emisión te hiciese una pregunta con el fin de poner en guardia al público contra los mensajes espiritual o materialmente peligrosos? La pregunta podría ser, aproximadamente, la siguiente: ¿Puedes aconsejarnos sobre qué precauciones tomar en relación a los médiums, para evitar ser llamados a engaño por comunicaciones no procedentes realmente del más allá, o por mensajes no aprobados por la Luz Infinita?»

R.: «¿No lo has explicado ya en el libro? Que Paola lo diga después de la demostración de Anita porque no creo que dispongáis de demasiado tiempo. Besos. Andrea».

Acta del 20 de junio de 1985

El 20 de junio, a las 22,20 horas, en los locales del Canal 1 de la RAI en la feria de Milán y durante la emisión en directo «Mis- ter O», la Sra. Anita pregunta mentalmente a su padre si la asiste.

R.: «Sí».

Pregunta además si está presente y preparado para responder el hijo del abogado Lino Sardos.

R.: «Sí».

La Sra. Anita, mentalmente, dice: «Tu padre me pide si tienes algo que decirle a él o al público».

R.: «Papá, perdona, pero debo dirigirme a los demás especialmente a los sordos que no quieren oír: Quien siembre el mal recogerá el mal, quien siembre el bien recogerá el bien».

Sigue un dibujo y la firma de Andrea.

Apenas concluida la transmisión y en una habitación adyacente, la Sra. Anita pregunta de nuevo a su padre si la asiste.

R.: «Sí».

Pregunta si el hijo del abogado Lino Sardos sigue estando presente y dispuesto para responder.

R.: «Sí».

Sólo entonces Anita le dice: «Tu padre quiere saber que significa el dibujo que has hecho durante la retransmisión del programa de la RAI-TV».

R.: «Papá, como has visto el tiempo era limitado. El dibujo muestra el ojo de Quien lo sabe y lo ve todo, la Luz Infinita. Andrea».

Acta del 22 de junio de 1985

R.: «Queridísimo hijo mío, se halla aquí, presente, una persona que tiene graves problemas. ¿Tienes quizás la posibilidad de decirle algo?»

R.: «Papá, no puedo dirigirme directamente a este hermano, pero puedo dar una opinión mía en general. Recordad que también en los peores momentos la Luz Infinita está a vuestro lado. No abandonéis nunca la fe, y si la fe os abandona seréis aún más iluminados, porque cuando hayáis superado la prueba formareis parte del grupo de los elegidos. Andrea»

Acta del 24 de junio de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, me ha llamado por teléfono una Sra. de Monfalcone, diciéndome haber tenido mensajes tuyos (que describían tu muerte y el lugar donde se encuentra tu cuerpo) y autorizándola a contármelos, pero dando explicaciones distintas de las que me diste a mí. ¿Qué puedes decirme de ello?»

R.: «Es cierto papá, al igual que Anita hay otras personas que pueden hacer de médium, pero deben estar atentas para no dejarse sugerir por un fenómeno que puede hacer correr la fantasía de las personas sensitivas. La persona que dice tener mensajes míos para ti es sin lugar a dudas una de estas. Pueden también manifestarse otras fuerzas que permiten poner en comunicación a las almas de aquellos que querrían establecer contacto con sus seres queridos. No es mi caso, yo no necesito inmiscuirme. Debes ayudarla poniéndola en guardia. Andrea».

Acta del 11 de julio de 1985

P.: «El sábado 29 de junio fui a visitar a la Sra. de Monfalcone, la que decía recibir mensajes tuyos. Tu me habías recomendado que la ayudara a ser cauta. En aquella ocasión, fue su hija quien recibió un mensaje en el que manifestabas tu aprobación a lo que yo le había dicho. ¿Era tuyo tal mensaje?»

R.: «No papá».

P.: «El 6 de julio recibí una carta de la mencionada señora en la que me manda la copia de dos mensajes que parecen proceder de ti, uno dirigido a mamá y otro a mí. ¿Son tuyos total o parcialmente?»

R.: «Papá, esta señora invoca mi presencia, por eso una parte de mi entra en sintonía con ella, pero se trata simplemente de sensaciones, no de pensamientos. Me explico: ella puede captar el amor que yo siento por vosotros y por mi prójimo pero no cosas que yo quiero comunicar».

P.: «Siempre en relación con la citada señora de Monfalcone, ¿me aconsejas que me mantenga en contacto con ella? y, en tal caso, ¿cómo debo comportarme?»

R.: «Por lo que respecta a mi misión ella no debe inmiscuirse ya que entonces todo adquiriría un aspecto poco creíble. Ella sin duda tiene algunas facultades mediúmnicas, pero no muchas. Déjalo correr».

P.: «Una señora me ha mostrado diversos mensajes dirigidos a mí y recibidos a través de la escritura automática. ¿Son realmente tuyos, todos o en parte?, ¿debes sugerirme algo respecto a mi comportamiento con dicha señora?»

R.: «Déjalo correr».

P.: «Otra persona afirma haber captado algunas palabras con el magnetofón y está convencida de que proceden de ti. ¿Es cierto? y, en general, ¿qué postura debo adoptar?»

R.: «Querido papá si escuchas a todos aquellos que se declaran médiums no volverás a tener paz. Haz como Anita que no se da más que a aquellos que ama. ¿Es verdad Anita que a mí también me quieres?»

R.: «La noche del 4 de julio, después de cenar, me telefoneó la Sra. P. R., diciéndome que estaba convencida de que su marido se había salvado de una grave desgracia o, por lo menos, de graves problemas gracias a tu ayuda. ¿Hay algo de cierto en ello y qué debo hacer?»

R.: «Si, en estos casos y dentro de lo posible tenemos la facultad de ayudar a aquellos que viven un hecho análogo al nuestro. El ayudado en agradecimiento debe rezar por todos aquellos que lo necesitan».

Acta del 27 de julio de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, una señora, embargada por el dolor a consecuencia de la recientísima muerte de su hijo en un accidente de carretera, ha tenido conocimiento de mi libro a ti referido y ocasión de leer las pruebas del mismo. Con una generosidad inimaginable, se ha ofrecido a traducirlo al croata, para que pueda ser publicado y distribuido en Yugoslavia. ¿Tienes alguna sugerencia que hacerme al respecto? y, eventualmente, ¿estás en condiciones de decirle algo?»

R.: «Querido papá, no es cuestión de sugerencias. Como te habrás dado cuenta todo está predispuesto. Los hechos y las personas están unidos como en una espiral: arriba, siempre más arriba, hasta alcanzar la meta fijada. Mientras sólo puedo decir gracias a todos. Andrea».

Acta del 17 de agosto de 1985

P.: «Queridísimo hijo mío, te ruego que, si te es posible, me expliques porque al concluir la búsqueda de tu cuerpo en el Po, la mañana del 29 de marzo de 1983, tras habernos dicho que los buceadores no debían dejarte y que estaban junto a tu cuerpo, terminaste con el ruego: «Papá ayúdame». Otras veces nos habías dicho que la suerte que pudiera correr tu cuerpo te era indiferente, ya que sólo el alma importa, y que si a ti te interesaba la recuperación del cuerpo era, únicamente, porque nosotros lo deseábamos tanto. ¿Qué significaba pues tu: «Papá ayúdame»?»

R.: «Querido papá, invoqué tu ayuda para atenuar vuestro dolor debido al fracaso en la búsqueda del cuerpo. Sentía que mamá, sufriendo, se alejaba de todo cuanto hacia referencia a mi misión y temía que tu también abandonaras».

P.: «Hijo mío, te ruego que, si te es posible, me hagas una última aclaración. En la respuesta que me diste el pasado 24 de junio, tras decirme que no tenías nada que ver con los mensajes recibidos por una señora de Monfalcone, añadiste: «no necesito inmiscuirme». ¿No contradice esta afirmación lo que me habías dicho anteriormente referente a que te considerabas muy afortunado porque habías tenido ocasión de ponerte en contacto conmigo a través de muchas personas?»

R.: «Papá, con aquellas palabras intentaba decirte que actualmente para mi misión no preciso de otros intermediarios. Al principio por el contrario cuantos más intermediarios tenía a mi disposición tanto mejor porque en aquella época tu no parecías muy idóneo al caso. ¿Me entiendes papá?»

Artículo del obispo de Trieste

Publicado en «II Piccolo» del 15 de julio de 1961

Agua bendita

«Vita Nuova» escribe: «Se llama Andrea y tiene cinco años y medio. Sabe leer, ha aprendido solo. Es vivaz, inteligente y tiene buen corazón. Pero es aún un niño. En el parvulario es víctima de una desgracia. Se contagia la rubéola. ¿Quién no la ha tenido? Ya ni nos acordamos. Pero no será este el caso de Andrea. El virus le ataca el nervio auditivo y pierde, completamente, la audición de un oído. Es terrible. Durante el resto de su vida el silencio reinará en esta fuente de voces y ruidos. Los padres van de médico en médico: primero los más próximos, después los más alejados, los especialistas. Cuatro grandes doctores, entre ellos uno de fama internacional. No hay nada que hacer. «Es algo que ocurre a veces...» «Ningún caso de estas características se ha curado jamás. El destino del niño es ser sordo de por vida. Estén atentos al otro oído. Algunas veces...» ¡Que pena! Pobre niño.

Donde los hombres no pueden hacer nada, Dios si puede. Y Andrea empieza un nuevo tratamiento. Cada noche se moja la oreja con agua de Lourdes y reza una corta plegaria con un candor y un fervor encantadores. Después, antes de acostarse, mete debajo de su almohada una reliquia del Padre Leopoldo.

Así cada noche. Algunos días más tarde, la mamá (las mamás siempre quieren más a los hijos que más sufren) le coge en brazos y le habla bajito. Pero se equivoca de oído y le murmura algo en el que está condenado al silencio. Andrea contesta. Mamá ha debido equivocarse. Repite las palabras y Andrea responde. Oye perfectamente con el oído sordo. Todos prueban. Se tapa el sano, se habla, se llora, se ríe de alegría. El niño está en el colmo de la felicidad. El médico lo

examina. Totalmente curado. Recuerdan las palabras del célebre especialista: «Estos casos no tienen curación. Nadie se ha curado jamás». Y nosotros miramos, llenos de emoción, al pequeño Andrea mojarse la oreja con un poco de agua. Ningún medicamento. Es el agua de la Virgen. Su confianza en ella. Es el amor de ésta por este querido niño bueno, alegre, inteligente y piadoso. Se llama Andrea Sardos Albertini. Es el hijo del presidente de Acción Católica de la diócesis».

Testimonio del Dr. Mauro Braida

Yo, el abajo firmante Mauro Braida, residente en Trieste, en Salita di Zugnano 15/1, habiendo tenido ocasión de leer los mensajes que el padre de Andrea Sardos Albertini recibe a través de la Sra. Anita, me siento en el deber de -y deseo- manifestar lo siguiente:

Ante todo, debo decir que conocí a Andrea cuando ambos teníamos 15 años. Hicimos amistad y nos veíamos con cierta frecuencia junto con otros amigos comunes. Además del natural placer de la mutua compañía compartíamos la pasión por el deporte.

Algunos años más tarde, fuimos compañeros en un equipo de balonvolea, jugando siempre juntos, hasta 1979, en un equipo de la serie A. Teníamos entrenamiento diario prácticamente durante todo el año y, en ocasiones, nos desplazábamos a jugar muy lejos, lo cual nos obligaba a salir el viernes por la noche, dormir fuera y jugar el sábado. También participamos juntos en algunas competiciones que nos obligaban a estar una semana en el extranjero. Este fue precisamente el caso cuando jugamos en Rumanía, Bulgaria y Polonia. Además, disputamos juntos los campeonatos universitarios de balonvolea y de baloncesto.

Por otro lado, en la Universidad, ambos estábamos inscritos en la Facultad de Derecho y, a pesar de no ser compañeros de curso, nos veíamos frecuentemente en la misma, coincidiendo también en el curso académico 1980/1981 en las clases de Derecho Administrativo, última asignatura de la que Andrea tenía que examinarse.

He considerado necesario exponer estos hechos para justificar mi conocimiento del carácter de Andrea y de su forma de expresarse, lo cual me ha permitido realizar una especie de «examen comparativo» de las respuestas recibidas por medio de la Sra. Anita, que he leído atentamente.

He aquí pues, con toda sinceridad y con la máxima objetividad, mis consideraciones:

1) Desde un punto de vista formal, el tono de las respuestas concuerda a la perfección con la forma de expresarse habitual de Andrea: sintético en la exposición lógica de los conceptos. Andrea no era nunca complicado, jamás ocultaba su forma de pensar ni era aficionado a utilizar rebuscadas metáforas. Lo mismo sucedía a nivel sintáctico: exposiciones sencillas sin ser pobres y, por descontado, correctas (con ello entiendo que no sólo evitaba errores, lo cual es obvio, sino que elegía con precisión su vocabulario). Andrea, a pesar de haber seguido estudios clásicos, no se sintió nunca inclinado a las florituras y raramente se concedía licencias literarias. Tenía siempre mucho cuidado de expresarse con claridad y sencillez, a fin de ser comprendido correctamente incluso por personas de escasa cultura. Por consiguiente, el estilo de las respuestas no se aleja del que había utilizado Andrea. No obstante, he tenido la impresión de que se había perfeccionado, considerando los giros homogéneos de las respuestas dadas a preguntas complejas y muy largas.

2) Pero hay más, el tono general de las respuestas concilia, también plenamente, con el carácter y la personalidad de Andrea y ni uno solo de tales mensajes se aleja de su forma de pensar y de comportarse. En ellos, no he podido nunca descubrir la menor incoherencia ni entre sí ni en relación con las ideas y convicciones de Andrea. Con tal fin, quiero subrayar, para terminar y sin recurrir a un examen analítico de las diversas respuestas, algunas características de Andrea que se hacen evidentes leyendo las actas, como: el respeto por las opiniones de los demás, la paciencia respondiendo a preguntas repetitivas y provocativas, la humildad al expresar los propios criterios y, al mismo tiempo, la firmeza de sus convicciones personales hasta el punto de traslucir cierta dureza.

Cualidad que, sin la menor sombra de dudas, poseía mi amigo Andrea, como puede confirmar, creo yo, cualquiera que lo hubiera conocido en vida.

Mauro Braida

OBSERVACIONES

Me decidí a escribir este libro a causa de las numerosas solicitudes que me llegaron, desde todas partes de Italia y del extranjero, de personas que, habiendo leído «EL MAS ALLA EXISTE», expresaban su deseo de saber más, de conocer la continuación de esta experiencia y si había habido otros mensajes, otras «señales» de Andrea. En caso afirmativo, deseaban conocerlos, al igual que el resultado de su «misión».

Debo reconocer que, una vez más, me puse a escribir con muchas reticencias, ya que mi carácter no tiende a hacerme hablar de mi vida privada públicamente. Además, mi profesión nada tiene que ver con el oficio de escribir y no tengo la más mínima intención de dedicarme a él ahora que ya he pasado de los setenta.

No obstante, reflexionando, me di cuenta de que, en conciencia, era mi deber dar respuesta a los deseos de todas estas personas y que este deber formaba parte de mi labor como «peón» en la misión de mi hijo, a fin de que éste pudiera llevar a cabo los designios por los que había nacido y muerto.

A este propósito, quería recordar que cuando me sentía recalcitrante a escribir el primer libro, en el que debía dar testimonio de la misión de mi hijo por medio de la médium, le objeté, entre otras cosas, que era él quien debía cumplir esta «misión», a lo que me contestó, con cierta severidad, que para llevar a cabo una misión entre los vivos me necesitaba como instrumento, como «peón» y que yo me tenía que poner a su disposición.

Terminé por darme cuenta de que debía obedecer y me dije: «Oh Señor, hágase Tu voluntad y no la mía». Es por ello que en el libro «EL MAS ALLA EXISTE» he dado riguroso testimonio de todo lo sucedido.

Obviamente, no me es posible narrar absolutamente todos los hechos y opiniones que han llegado a mi conocimiento y que dan prueba de los maravillosos e imprevisibles beneficios espirituales conseguidos por muchísimas personas gracias a los mensajes de Andrea.

Por tanto, me limitaré, simplemente, a citar algunos de ellos a título de ejemplo, anticipando, ya desde un principio, que los mensajes de Andrea han dado a mucha gente una nueva concepción y esperanza para su vida presente y futura. A muchos les han proporcionado una gran ayuda en situaciones trágicas parecidas a la mía, a otros les han servido para reforzar su fe. A muchos jóvenes, en particular, les han transmitido una fe que no tenían y a la que eran decididamente contrarios. Lo cual es verdaderamente extraordinario y humanamente inimaginable, si bien corresponde a lo que Andrea había anunciado en sus mensajes.

Con el fin de valorar la importancia del hecho, he considerado interesante, a título de ejemplo, compararlo con la vida de los sacerdotes, quienes, a pesar de dedicar toda su vida a proclamar la Palabra del Señor a los fieles y a intentar convertir a aquellos que viven alejados de El, por regla general obtienen, a lo largo de sus vidas, un número de conversiones, de personas que pasan del ateísmo a la Fe, limitadísimas. Algunos nunca han tenido una sola experiencia de este tipo. Parece, pues, humanamente inexplicable que un libro modesto y pequeño como el querido e inspirado por Andrea haya podido alcanzar tales resultados y que haya afectado a tantísimas personas, entre ellas a muchos jóvenes.

Sobre este fenómeno hay otra consideración que me gustaría reflejar.

Como he dicho anteriormente, Andrea, en sus mensajes, me dijo haber nacido y muerto para cumplir la misión de difundir entre los vivos la convicción de que el Más Allá existe, con el fin de que los hombres, en la certidumbre de ello, se acerquen a Dios y cumplan Su voluntad.

Debo reconocer que las misteriosas circunstancias que acompañaron la muerte de mi hijo y el hecho de que todos los intentos de recuperación de su cuerpo tuvieran resultados negativos me impresionaron mucho, obligándome -contra cualquier revisión- a seguir recibiendo sus mensajes y a escribir un libro en el que dar riguroso testimonio de todo cuanto me había sucedido, ya que ello me hizo comprender el significado y los motivos de su muerte.

No obstante, dejé completamente de lado un aspecto subrayado por mi hijo: el de que él había «nacido» para cumplir tal misión.

Nueva situación

Ante todo, quiero señalar que la finalidad del extraordinario contacto con mi hijo, consistente en la necesidad de dar el testimonio requerido, desapareció con la publicación del libro en el que se contaba lo sucedido. En consecuencia, debía dar por concluida la razón por la que había estado recibiendo sus mensajes.

Debo añadir que, en lo que a mí respecta, el interés por seguir haciéndole preguntas cesó substancialmente tras la publicación del libro, puesto que todas las cuestiones que afectaban al actual estado de Andrea se las había planteado durante el largo periodo que precedió a mi decisión de escribirlo o mientras estaba haciéndolo.

Preguntas banales o repetitivas no me sentía capaz de hacérselas, ya fuera por el extraordinario carácter del fenómeno o porque el propio Andrea, en uno de sus mensajes, había dicho que no debían hacerse tal tipo de preguntas. Menos aún podía hacérselas relativas a intereses terrenales o a hechos por suceder, ya que mi hijo me había dicho que las almas, en el Más Allá, no conocían el futuro, el cual únicamente es conocido por Dios, quien lo revela -tanto a las almas como a los hombres- sólo en casos excepcionales. Lógicamente, tampoco me sentía en posición de plantear preguntas teológicas o referentes a los misterios del Más Allá.

En efecto, los problemas teológicos son competencia de la Iglesia y, en consecuencia, no podía atribuir a mi hijo un papel de este tipo.

En lo que se refiere a los misterios del Más Allá, nosotros, católicos, sabemos que la Revelación cesó con el Nuevo Testamento y, por ello, no debemos ni podemos, en absoluto, hacer nada que vaya más allá de ese límite.

El campo de posibles preguntas a realizar era pues muy restringido, quedando únicamente la posibilidad de intervenir a favor de personas deseosas de obtener respuesta a sus problemas personales.

Sin embargo, debo admitir que cuando Andrea dejó de contestar también a este tipo de cuestiones, tras haber dado algunas respuestas a título de «muestreo», acepté la nueva situación casi con alivio, porque las preguntas que me llegaban eran cada día más numerosas, apremiantes y referentes a los temas más diversos. Responder a todo el mundo -lo cual habría sido imposible para la médium- o hacer una selección me planteaba problemas de conciencia cada vez más graves, dado que todas las preguntas eran importantes para quien las realizaba.

Por otra parte, me parece evidente que esta conclusión era la más lógica, dado que un hecho como el de los contactos habidos con mi hijo es extraordinario, pero dejaría de serlo en el caso de convertirse en algo continuo y permanente, es decir, cotidiano.

Es también preciso tener en cuenta que la duración de los contactos con Andrea había sido ya excepcional: prácticamente tres años. Cesaron cuando yo concluí mi labor de escribir y conseguir que se editase el libro «EL MAS ALLA EXISTE», motivo por el cual el fenómeno se había producido.

Efectivamente, no habría sido ni serio ni imaginable que mi hijo asumiese el papel de una oficina de información permanente sobre los misterios del Más Allá a la que cualquiera pudiera dirigirse.

Su misión era la probar que el Más Allá existe y que las almas de los hombres sobreviven a sus cuerpos. Esta prueba la dio por medio de las respuestas publicadas en mi libro. Para aquellos que están abiertos y dispuestos a aceptarlas son suficientes, mientras que para los sordos que no quieren oír no habrían servido de nada posteriores comunicaciones.

Es también cierto que en aquella época empezaron a faltarle a la médium, señora Anita, las características descritas en «EL MAS ALLA EXISTE» como

garantía de la autenticidad de los mensajes que recibía. Efectivamente, su comportamiento al respecto varió radicalmente.

Concluyendo, creo poder afirmar categóricamente que este cambio en la situación confirma significativamente el carácter extraordinario de los mensajes de mi hijo, ya que se manifestaron exclusivamente durante el tiempo necesario para obtener la meta prevista y no para otros fines. Si, por el contrario, se hubiese tratado de un fenómeno corriente habrían seguido su curso por tiempo indeterminado.

Debo añadir, no obstante, que, a mi parecer, LOS MENSAJES DE ANDREA REALMENTE CONTINUAN, MAS INTENSOS QUE NUNCA, Y QUE HAN EFECTUADO UN VERDADERO «SALTO CUALITATIVO» A TRAVÉS DE LAS CONTINUAS Y AFECTUOSAS CARTAS QUE RECIBO DE TODA ITALIA Y TAMBIÉN DEL EXTRANJERO INFORMANDOME DE LOS EXTRAORDINARIOS RESULTADOS ESPIRITUALES ALCANZADOS GRACIAS AL LIBRO DE ANDREA, ENTRE LOS CUALES HAY UN GRAN NUMERO DE CASOS DE OBTENCION DE LA FE.

En lo que se refiere a la posibilidad de comunicarnos con nuestros «traspasados» (como Andrea muy correctamente los define), me permito recordar que el método normal a través del cual todo el mundo puede hacerlo es la oración en cualquiera de sus formas. Gracias a ésta podemos incluso serles útiles en el caso de que lo precisaran para una ulterior evolución y también ellos pueden ayudarnos a nosotros si se lo pedimos a través de la plegaria.

Evidentemente, la posibilidad de recibir alguna señal especial constituye una gracia particular -no una regla- que, excepcionalmente, puede ser concedida por Dios de acuerdo con sus planes cuando y donde El lo considere oportuno.

En mi caso, transcurrieron dos años antes de que sucedieran los extraordinarios acontecimientos de los que doy riguroso testimonio en este libro. Dos largos años de intensa oración por mi parte, la de mi familia, amigos laicos, sacerdotes, religiosos y monjas.

No obstante, me gustaría subrayar que, a pesar de haber recurrido a vías paranormales -con resultados totalmente negativos-, jamás recé pidiendo entrar en contacto con el alma de mi hijo. Lo único que yo deseaba era encontrar su cuerpo, vivo o muerto. Cuando ya había perdido toda esperanza en la búsqueda por vías paranormales y renunciado a investigar por este camino me fue concedido encontrar a Andrea, vivo en la gloria de la Luz Infinita. Evidentemente, se trató para mí de una gran gracia que agradezco al Señor.

Dadas las características de la nueva situación, quise pedir su opinión a un eminente especialista en la materia, el cual me contestó en los siguientes términos:

«No sólo de las enseñanzas de la Iglesia sino también de las experiencias de frontera efectuadas por medio de la parapsicología en general se desprende la necesidad de circunscribir todo acontecimiento extraordinario a sus límites concretos. Límites de espacio, límites de tiempo, límites de comunicación.

La serie de comunicaciones que Ud. ha tenido con su hijo Andrea a través de la denominada escritura «automática» - mediante la Sra. Anita- se desarrolló a lo largo de dos fronteras: la de un padre que busca desesperadamente el cadáver de su hijo, arrojado quien sabe donde en este mundo, y la frontera del hijo que, desde otra dimensión, quiere hacer del padre un testigo decidido y audaz del Más Allá.

Las dos fronteras se unifican en el momento en que el padre, rindiéndose a la evidencia, acata la voluntad del hijo: voluntad procedente de una vía extraordinaria de la frontera de lo invisible. El padre se decide a dar testimonio y escribe «EL MAS ALLA EXISTE».

La historia acaba aquí. Fin del mensaje.

Todo lo demás debe ser examinado con gran sentido crítico, como ya nos previno severamente el Maestro, ya que podría también proceder del maligno.

Por otra parte, es notorio que en todas las vivencias que incluyen hechos «de frontera», no tan solo ideas relativas a la otra «dimensión», intervienen, casi siempre, elementos perturbadores a su alrededor que aparentemente quieren crear problemas intencionadamente. Los propios «portadores de mensajes» están sometidos -toda la historia mediúmnica lo confirma- a presiones y sugerencias que únicamente pueden ser interpretadas a través de un análisis de fondo. En algunos casos, estos análisis orientan la investigación hacia fuentes aún más profundas, misteriosas y ambiguas. La actitud circunspecta y prudente de la doctrina cristiana, inspirada en las mismísimas páginas del Evangelio, no puede ser desestimada por nadie, a no ser que se trate de alguien sin el menor bagaje cultural y que no posea el más mínimo espíritu crítico. Está claramente escrito en la Biblia que un mensajero de la Luz puede convertirse en mensajero de las tinieblas».

Me parece que se trata de una serie de conceptos muy válidos que deben ser tomados en consideración.

Teniendo en cuenta tales conceptos, creo oportuno citar, únicamente, dos de los pocos mensajes que me llegaron a través de la Sra. Anita, una vez entregado el manuscrito de «EL MAS ALLA EXISTE» a la imprenta. No cito los demás por ser estrictamente personales o de carácter circunstancial.

Mensaje recibido durante la presentación al público de «EL MAS ALLA EXISTE»

El día 23 de Noviembre de 1985, en la sala más grande del Círculo de la Cultura y las Artes de Trieste y por iniciativa del Círculo de la Prensa y del Presidente de la Provincia de Trieste, tuvo lugar la presentación oficial del libro.

La sala, que tiene un aforo de más de mil plazas, estaba llena a rebosar como no se había visto nunca, hasta el punto de que un cuarto de hora antes del inicio del acto el público ya no podía entrar.

Durante dicha presentación, la Sra. Anita, desde la mesa presidencial y de forma que todo el público pudiera controlar lo que hacía, preguntó a Andrea si tenía algo que decir a los presentes.

La respuesta fue:

«SONRIE CON QUIEN SONRIE. LLORA CON QUIEN SUFRE. AMA SIN SER AMADO PORQUE LA LUZ INFINTA ES AMOR. AQUEL QUE PERMANECE EN EL AMOR PERMANECE EN LA LUZ INFINTA Y LA LUZ INFINTA EN EL. GRACIAS A TODOS. ANDREA».

Mensaje al público de «Buona Domenica», programa de televisión de Canal 5

Tras la publicación del libro «EL MAS ALLA EXISTE» fui invitado a ir a Roma por el Dr. Maurizio Costanzo para participar en la popular emisión televisiva «Buona Domenica» de «Canal 5», la cadena privada más importante de Italia a escala nacional. Sucesivamente, también fue invitada la Sra. Anita. En aquella ocasión se preguntó a Andrea si tenía algún mensaje que dar.

La respuesta fue la siguiente:

«LA LUZ INFINTA ILUMINA CON SU LARGO BRAZO DE LUZ A TODOS AQUELLOS QUE CONTRIBUYEN A LA DIVULGACION DE ESTE MARAVILLOSO CONTACTO».

El programa se emitió el 15 de diciembre de 1985.

Esta última respuesta me parece una sugestiva y estimulante invitación por parte de Andrea a la divulgación del «maravilloso contacto» constituido por su misión.

ACTUALIZACIÓN DE LOS HECHOS

CON motivo de la publicación de la vigesimoséptima edición en lengua italiana, considero necesario añadir algunos datos informativos sobre el desarrollo de los hechos que siguieron a la publicación de «EL MAS ALLA EXISTE».

I. La Fundación Andrea Sardos Albertini

En su día, renuncié a los derechos de autor de «El MAS ALLA EXISTE» y de las otras dos obras que publiqué posteriormente, tanto a los de las versiones italianas como a los de las extranjeras. Gracias a ellos, y con aportaciones personales que efectué más tarde, creé la «Fundación Andrea Sardos Albertini», con el fin de difundir los mensajes de mi hijo y de estudiar si en los hechos considerados paranormales que se verifican en la realidad, inexplicables por medio de fuerzas físicas o psíquicas de carácter terrestre, existen elementos que puedan ser considerados prueba o indicio de la existencia del más allá.

Esta Fundación ha publicado un volumen titulado «PROVE E INDIZI DELL'AL DI LA» -Ediciones Rizzoli- («Pruebas e indicios del Más Allá»), en el que se estudia el problema. Con este fin, el contenido del libro «EL MAS ALLA EXISTE» ha sido sometido a un examen crítico, tanto por mi parte como por la de doce acreditados estudiosos, entre los que se encuentran nueve preeminentes sacerdotes y tres conocidos laicos. En el ámbito de sus actividades, esta Fundación, con domicilio en la calle XXX Ottobre, 4, 34122 Trieste, ha creado una revista llamada «Amigos de Andrea» que se manda gratuitamente a todo aquel que lo solicita.

II. Los extraordinarios resultados religiosos del libro

Hay que señalar un hecho extremadamente relevante sucedido tras la publicación de «EL MAS ALLA EXISTE». Me refiero a los excepcionales, imprevisibles y, en cierto sentido, humanamente inexplicables resultados espirituales y religiosos que se han derivado de dicha publicación.

Numerosas personas, más de siete mil, me han escrito, de forma muy afectuosa y a menudo incluso conmovedora, para agradecerme que haya publicado el libro gracias al cual han obtenido grandes beneficios espirituales.

En síntesis, el fenómeno tiene las siguientes características:

Numerosas personas de ambos性s y de todas las edades y niveles culturales, después de haber leído el mensaje de Andrea:

a) De ateos convencidos y a menudo militantes se han convertido en creyentes fervientes y activos practicantes.

b) Han pasado de una condición de Fe y de práctica religiosa puramente formal y superficial a un reforzamiento concreto y decidido de la Fe, con asidua práctica de la vida sacramental y religiosa tras decenios de ausencia.

c) Han cambiado completamente su comportamiento frente a la vida y los valores espirituales y materiales de la misma, presidida hoy por el sentido cristiano y superando incluso situaciones de odios y rencores profundos que se han transformado en relaciones de sincera y fraternal amistad.

d) Han vencido situaciones de desesperación, en algunos casos incluso al límite del suicidio, aceptando, con espíritu cristiano, la voluntad de Dios y llegando incluso a agradecer a Este las pruebas sufridas.

Otro aspecto fundamental de estos resultados positivos es el hecho de que gran parte de las personas que han leído el libro han sentido la necesidad espiritual de divulgarlo, dándolo a conocer al mayor número posible de personas, aconsejándolo, regalándolo, tomando iniciativas para su difusión, con el ánimo de proporcionar al prójimo el mismo beneficio espiritual que ellos obtuvieron.

Con este espíritu, hay personas que han adquirido cien, doscientos o más ejemplares para regalarlos a quien podía obtener de él provecho espiritual. Por ejemplo, el comandante de un Batallón de Tiradores adquirió mil copias y las regaló en Navidad a todos sus soldados, suboficiales y oficiales.

Es evidente que estos sentimientos, provocados, sin ninguna duda, por los mensajes de Andrea, son la genuina expresión del verdadero amor al prójimo, que no consiste, simplemente, en dar un plato de sopa al necesitado, cosa que puede hacer prácticamente cualquier entidad asistencial y que no resuelve el problema de fondo, sino de hacer que Dios llegue al corazón de los hombres. Es decir, darles la verdadera felicidad, incluso terrenal, independientemente de las vicisitudes personales y de las condiciones materiales de vida, como demuestra ampliamente la experiencia.

Obra, esencialmente, de los propios lectores, en el marco del espíritu antes mencionado, y sin ningún tipo de publicidad por mi parte o por la del editor, el libro ha obtenido una difusión extraordinaria, no sólo en Italia (veintiséis ediciones y más de ciento cincuenta mil ejemplares vendidos), sino también en el extranjero, en todos los continentes.

Siempre a iniciativa de los lectores, ha sido traducido, editado y distribuido en Brasil, Checoslovaquia, Suecia, Francia y países francófonos.

Otros lectores han asumido, voluntariamente, el trabajo de hacerme llegar la traducción realizada espontáneamente por ellos mismos, en inglés, español, alemán y croata, al objeto de poder disponer de ellas en el caso de que alguna editorial deseara editarla y distribuirlo en cualquiera de estas lenguas.

También han sido muy numerosas las iniciativas llevadas a cabo por lectores que, con el fin de difundir el libro, han promovido conferencias y entrevistas, incluso en televisión, en distintas ciudades de Italia y del extranjero.

He considerado necesario destacar este aspecto de los resultados de «EL MAS ALLA EXISTE» puesto que, repetidamente, el Evangelio enseña que los buenos frutos demuestran la bondad del árbol, como se lee, por ejemplo, en el de Mateo (VII, 15-20): «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de oveja pero que por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Dan quizás uvas los cardos o higos los zarzales? Todo árbol bueno da buenos frutos y todo árbol malo da malos frutos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego. Así pues, por sus frutos los conoceréis».

Con este espíritu y por este motivo publiqué, en Enero de 1988, el libro «DALL'ALDILA' LA FEDE» -Ediciones Rizzoli-, («Del Más Allá, la Fe»), en el que exponía y documentaba estos resultados mediante ejemplos.

Hay que señalar, que estos resultados siguen produciéndose ininterrumpidamente, es más, a un ritmo creciente y que cada vez se amplía y extiende más el fenómeno que hace que sean innumerables las personas que consideran a Andrea un santo, al que se dirigen pidiéndole gracias que afirman, frecuentemente, haber recibido, a veces en forma de verdaderos y auténticos milagros.

Son muchas las personas que solicitan que se inicie un proceso de canonización de Andrea.

III. Extraordinarias «señales» al padre y a terceros

Creo también necesario referir el desarrollo de la situación tras la publicación de «EL MAS ALLA EXISTE».

Ya en el citado libro explicaba como, en la época en que me hallaba aún indeciso sobre si debía dar testimonio de los mensajes que recibía, había hecho a mi hijo la objeción de que, si lo llevaba a cabo, existiría el peligro de que se dirigieran a médiums más personas de las que ya lo hacían, lo cual conllevaría la posibilidad de daños materiales y, peor aún, espirituales, por lo que le pedía las indicaciones oportunas.

El me respondió haciéndome notar que no había que recurrir nunca a médiums que actuasen con ánimo de lucro ni hacer preguntas banales, pero que por ser muy difícil para nosotros los vivos distinguir a los verdaderos médiums, la Luz Infinita permitía, en ocasiones, que se dieran «señales» como las que él nos había dado.

Posteriormente, precisó explícitamente que me había dado las «señales» de la mancha roja en el periódico «Il Giornale» y de las fotografías «no reales» del río Po, y que yo, no obstante, seguí obstinándome en no escucharle.

Hago notar que con la expresión «señales» me refiero a hechos completamente extraordinarios e imprevisibles, absolutamente inexplicables por causas físicas o psíquicas de carácter terrenal y del todo ajenos a la intervención e incluso presencia del médium, por lo que podemos formular la hipótesis de que constituyen pruebas e indicios de la existencia del Más Allá.

Debo añadir que, posteriormente, he sabido que algunos teólogos definen como «sello divino» las señales que pueden producirse en relación a ciertos hechos paranormales, cuando en realidad se trata de hechos de naturaleza preternatural.

Si, como decían los antiguos romanos, es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, me permito recordar, a título de ejemplo, que el conocido teólogo Padre Oscar González-Quevedo S.J. indica, como «sello divino» (es decir, como hechos absolutamente inexplicables con fuerzas terrestres físicas o psíquicas) y como confirmación del carácter preternatural de las apariciones de Fátima, el hecho de que centenares de millares de personas de todas las edades, condiciones sociales y niveles culturales, vieran rotar el sol (hecho ciertamente no natural), y como «sello divino» en el caso de las apariciones de Lourdes, los numerosos hechos extraordinarios que las acompañaron y siguieron, como, por ejemplo, el imprevisto crecimiento de 15 cm. de una pierna y muchos otros hechos inexplicables naturalmente.

Dicho esto, considero que debo explicar que, en el caso de Andrea, se produjeron, efectivamente, hechos extraordinarios con las mencionadas características de «señales» no explicables por fuerzas físicas o psíquicas de carácter terrestre, como se ha referido en el curso de los hechos transcritos en el libro «EL MAS ALLA EXISTE», pero también durante la redacción de «DALL'ALDILA'LA FEDE», según relato en el mismo libro. Estos hechos se han comprobado, así como los producidos cuando estábamos procediendo a la realización de la casete «ANDREA Y LA LUZ INFINITA», durante el despacho de la correspondencia de los lectores, o a lo largo de la preparación del libro «PROVE E INDIZI DELL' ALDILA'»

Se ha comprobado también que, durante la redacción de «DALL'ALDILA'LA FEDE», «señales» de este tipo se produjeron, también, con terceras personas lectoras del libro, hecho del que di cuenta en el mismo.

Dichas señales han seguido y siguen manifestándose aún a lectores de «EL MAS ALLA EXISTE». Normalmente, se trata de manchas de color rojo (definidas por Andrea: «rojas como la sangre que derramé» y que explica como «señales» de su presencia para demostrar la existencia del Más Allá), aunque en ocasiones dichas señales han sido de distinta naturaleza (como perfume o su firma).

Debo señalar, que tras la publicación del libro «EL MAS

ALLA EXISTE» los mensajes de Andrea a través de la Sra. Anita prácticamente cesaron, como explico en el libro «DALL'ALDILA'LA FEDE». Lo cual me pareció necesario y muy justo, ya que si el fenómeno hubiera continuado habría dejado de ser un hecho extraordinario, como fue, con el particular objetivo de hacerme escribir un libro testimonio, y se habría transformado en una especie de centralita telefónica de comunicaciones con el Más Allá, cosa claramente inadmisible.

De todos modos, a través de distintas personas han seguido llegándome, esporádicamente, mensajes pertenecientes a Andrea, con frecuencia de aliento u orientativos en mi actividad de «peón».

Sin embargo, como ya digo en el libro «DALL'ALDILA'LA FEDE», estaba y estoy convencido de que, al menos parte de ellos, pueden ser expresión del inconsciente de quien los recibe. Sea como fuere, ni estaba ni estoy en posición de emitir juicios.

He considerado justo abstenerme de realizar ulteriores preguntas creyendo necesario evitar investigaciones sobre el Más Allá, como ya menciono en el citado libro.

No obstante, confrontado a repetidas manifestaciones de hechos que parecían ser «señales» de Andrea y en mi condición de instrumento, consideré mi deber preguntarle si éstas procedían de él, si eran señales suyas, formulándole una pregunta concreta.

De este modo he obtenido respuestas en su mayoría positivas, salvo en casos excepcionales en los que éstas han sido negativas.

Todo ello se comenta en el libro «PROVE E INDIZI DELL'AL DI LA'», en el que se exponen una cincuentena de ejemplos con su correspondiente documentación fotográfica.

Con posterioridad a la publicación de este libro se produjo un hecho muy importante que considero necesario dar a conocer.

Había notado que en las respuestas en las que confirmaba que las «señales» provenían de él, Andrea añadía casi siempre circunstancias o informaciones relativas a las condiciones personales, familiares o psicológicas de la persona que había recibido la «señal» o de sus familiares, o incluso relacionadas con el motivo por el que la «señal» había sido concedida, las cuales yo ignoraba por completo y, con mayor razón aún, totalmente desconocidas para la persona que había recibido la respuesta.

Por ello, consideré oportuno recabar información de las partes interesadas, a fin de averiguar si tales circunstancias correspondían a la verdad.

Lo más extraordinario ha sido la comprobación de que correspondían totalmente a la realidad y que, en ocasiones, habían incluso pasado desapercibidas a la persona interesada, que se apercibía de las mismas sólo tras la lectura de los mensajes. A veces, se ha tratado incluso de hechos o situaciones preanunciadas y que más tarde, efectivamente, se han producido.

Creo necesario llamar la atención sobre la gran importancia de esta circunstancia, por cuanto demuestra que las respuestas proceden de una «mente» que se encuentra en situación de conocer hechos del todo desconocidos por quien ha realizado la pregunta, por quien ha recibido la respuesta y, a veces, también por la persona interesada, o que ni siquiera han ocurrido aún. Lo cual es humanamente inexplicable. También hay que remarcar que estas informaciones suplementarias en relación al objeto de la pregunta justifican la opinión de que son proporcionadas a fin de dar prueba del carácter preternatural de las respuestas.

Para ilustrar mejor y más concretamente este fenómeno, dado que no ha sido mencionado en ninguno de los libros publicados hasta la fecha, considero oportuno citar algunos casos a título de ejemplo:

a) Habiendo preguntado a Andrea si eran «señal» suya ciertas manchas de color rojo sangre de procedencia inexplicable que habían aparecido sobre un delantal de la Sra. B.R. de Cuneo (N. 5690 del protocolo), la cual, tras haber leído el libro «EL MAS ALLA EXISTE», estaba rezándole con fervor rogándole que la ayudara, obtuve la siguiente respuesta:

«Ciento papá. La ayuda pedida por la Sra. B. era de otro género, pero su oración ha despertado en mí el interés por personas que tienen problemas como el suyo y he querido darle una «señal». Estoy contigo. Tu hijo Andrea».

Al remitir esta respuesta a la Sra. B., le rogué me dijera si era cierta la afirmación de Andrea de que la ayuda que ella solicitaba era de otro género.

He aquí la respuesta, sumamente significativa:

«He recibido su carta del 23/7/92, en la que me adjuntaba la conversación habida entre Andrea y la Sra. de Turín. Quedé muy impresionada porque lo que dice Andrea es cierto. Mi problema más importante, efectivamente, es de género muy distinto. A pesar de que yo le pedí ayuda para otras dificultades, él advirtió que mi problema más grave no era el que yo le mencionaba en mi precedente carta, sino otro».

b) Tras preguntar a Andrea si se trataba de una «señal» suya la gran mancha color sangre inexplicablemente aparecida sobre cinco folios blancos colocados verticalmente en un portapapeles de la Sra. L.T. de Chieti (N. 5514 del citado protocolo), y las manchitas, también de color rojo, encontradas por la misma en el bolsillo del pantalón de su marido, obtuve, a la primera pregunta, la siguiente respuesta:

«Ciento papá, ya te he dicho que mi forma de comunicar con vosotros más habitual es ésta. La Sra. L. debe creer más y no lamentarse siempre. Estoy contigo Andrea».

La respuesta a la segunda pregunta fue:

«Las manchas del pantalón ciertamente no son una señal mía. El marido de la Sra. L. ha pedido interiormente a Dios en más de una ocasión que si existe verdaderamente le dé una señal, porque frecuentemente se debate entre dudas e incertidumbres. La salvación le llegará cuando la Luz Infinita crea oportuno abrirle los ojos. Estoy contigo Andrea».

Ante mi solicitud de aclaración respecto a las circunstancias indicadas en tal respuesta, la Sra. L. me escribió en los siguientes términos:

«Andrea afirma: «La Sra. L. debe creer más y no lamentarse siempre». No había dado importancia a este rasgo de mi carácter. Pregunté a mi marido que opinaba al respecto y me respondió que era ciertísimo. Ahora también yo puedo confirmarlo porque frecuentemente me digo a mí misma: «¡Ya me estoy quejando. Cuanta razón tiene Andrea!» Pero casi seguro que su hijo se refiere a mi insatisfacción por el periodo de crisis que estamos pasando (me he visto obligada a vender un apartamento, al que deseaba irme a vivir, para hacer frente a las deudas) y tantas otras cosas. Referente a las palabras «debe creer más» significan que debo tener más confianza en la Providencia, especialmente yo que he tenido del Señor un testimonio tan bello.

También son ciertas las afirmaciones de Andrea respecto al estado de ánimo de mi marido, que él mismo me ha confirmado por completo».

c) Habiendo preguntado a Andrea si eran una señal suya las manchas rojas, inexplicables por causas materiales, que habían sido imprevisiblemente encontradas, al borde de una carpeta de su despacho, por el Sr. S. D. de Mezzo Lombardo (Milán) (N. 5780 del citado protocolo), que, tras haber leído el libro 'EL MAS ALLA EXISTE', rogaba pidiendo una señal, la respuesta fue la siguiente:

«Ciertamente querido papá. Las pruebas que las personas piden son tantas. Es muy difícil para mi satisfacer a todos, por eso busco a las personas que tienen necesidades espirituales y después ayudo la física».

Estoy junto a ti. Tu hijo Andrea».

Al transmitir mi respuesta al Sr. S. D. añadi: «Debo confesarle que para mí esta respuesta no es nada clara. No comprendo a qué se refiere cuando dice que ayuda a la física, hasta el punto que temo que no haya algún error de transcripción en el texto manuscrito que me ha llegado».

El Sr. S. D. en su carta del 28/8/92 contesta de la siguiente forma:

«Y ahora, intentaré aclararle la respuesta dada por Andrea referente a la ayuda física. En ocasiones, puedo transmitir energía cósmica, a través de mis manos, a algunas personas que sufren físicamente. Ello, gracias a un curso que hice hace aproximadamente unos dos años. Durante estos tratamientos yo invoco a la Luz Infinita y también la ayuda de Andrea a fin de poder aliviar a estos hermanos. En consecuencia, creo que la explicación que Ud. me pide debe ser ésta. En lo referente a la necesidad espiritual, la respuesta de Andrea es exacta.»

d) Habiendo preguntado a Andrea si eran una «señal» suya las manchas rojas, no explicables de ningún modo por causas naturales, aparecidas en algunas ropas de la Señorita S. C. de Ascoli Piceno (N. 5727 del mismo protocolo) y que ella le atribuía, dada la gran devoción que sentía por él, la respuesta fue la siguiente:

«Ciento querido papá. Ella ha estado muy mal y me ha pedido ayuda. Las manchas como tu sabes son una señal mía. Estoy contigo Andrea».

Al tener conocimiento de tal respuesta, la Sra. S.C. me escribió en los siguientes términos:

«A mi Ricardo se lo ha llevado la Luz Infinita el 11/11/91, como consecuencia de un accidente de carretera y mientras se encontraba entre mis brazos. Yo he sido la última en verlo. Estaba allí, en el suelo, con él. Me solidaricé con su hermana y padres en todo cuanto me fue posible. Su partida hacia el viaje eterno está ligada a mí. Se ha ido y se ha llevado, además de todos nuestros proyectos, una gran parte de mí. Fue así como me encontré sola, inmensamente sola. En un mes adelgacé diez quilos, me convertí en anoréxica y además de la voluntad de comer perdí también la de vivir. En mi decimotercer cumpleaños expresé un único deseo, el de morir. Es un pecado, lo sé, pero es la verdad. He sufrido una fuerte depresión y, posiblemente, si no hubiese tenido, gracias a usted, una pequeña luz de esperanza, habría muerto poco a poco y quizás no habría sido acogida por la Luz Infinita. Lo que dice su hijo es cierto, no podría ser de otra forma, he estado mal y él me ha comprendido desde lo alto y me ha ayudado. ¡Tenía realmente necesidad de una ayuda Divina! Me dirigi a Andrea porque en un determinado momento comprendí que únicamente él podía hacer algo por mí y por mi Ricardo. Ahora estoy mejor (¡gracias!) y, sobre todo, me he vuelto a acercar a Dios. En efecto, me había alejado por completo de la Iglesia. Ha sido, pues, así como, gracias a Ud. y a su hijo, he vuelto a encontrar todo aquello que es importante en esta vida y quizás también aquella preocupación sin la cual a un joven le es imposible vivir. Efectivamente, ¿cómo podría hoy no amar a Dios y a la vida, hoy que sé que el Más Allá existe? Es el día más importante de mi vida y este día me lo ha regalado su hijo.

Ahora puedo afirmar que soy amiga de Andrea. ¡Dios mío, que alegría tan grande. Me explota el corazón!»

e) Tras haber preguntado a Andrea si era una «señal» suya la gran mancha de color sangre, absolutamente inexplicable por causas naturales, aparecida en dos hojitas de apuntes que el señor N. D. L. de Brescia había colocado en un portalápices, obtuve la siguiente respuesta:

«Querido papá, el señor N. ha estado rodeado de hechos que lo han alejado de la verdad pero mi labor con él ha sido fácil porque en lo más hondo de sí mismo era creyente. Si papá ha sido una señal mía. Estoy contigo. Tu hijo Andrea».

Al igual que en los demás casos, al transmitir la respuesta al interesado le pregunté si lo que decía Andrea respecto de él correspondía a la realidad.

He aquí la respuesta del Sr. N. D. L., llegada por carta el 25/8/92:

«La respuesta de Andrea es más que exacta, ya que, muchas veces, en aquel periodo de desconcierto había confesado a mi mujer que no conseguía creer en nada. ¡Creía en un Dios que estaba por encima de toda realidad! Y, además, rodeado de un sin fin de compañeros ateos, lo veía todo desde un punto de vista (personal) que me alejaba claramente de El. Andrea dice que, en mi fuero interno, yo era creyente. Tiene toda la razón.

He vuelto al seno de la Iglesia y soy practicante, gracias a su hijo.»

f) Tras preguntar a Andrea si era una «seña?» suya el intensísimo perfume percibido diversas veces por la Sra. L. B. de Piovane (N. 6053 del mismo protocolo), no explicable por causas naturales, y la ligera brisa que le había acariciado el pelo y rozado el cuello sin explicación lógica posible, la respuesta obtenida fue la siguiente:

«Si papá, su hijo está siempre a su lado. Es una señora muy sensitiva. Las cosas que ella siente son reales. Su fuerza nos da fuerza a nosotros. Estamos siempre con ella».

La citada señora no tenía la más mínima idea de que poseía dotes de médium.

Tras esta respuesta intentó, por vía mediúmnica, ponerse en contacto con su propio hijo muerto y obtuvo resultados tan extraordinarios que, habiendo sido verificados por varios sacerdotes, han sido objeto de un libro titulado: «Dios no quita sino que da la vida», escrito por un monseñor al cual conoci.

g) Habiendo preguntado a Andrea si era una «señal» suya la mancha roja, completamente inexplicable por causas naturales, aparecida sobre unos recortes de periódico que el Sr. M. M. de Correggio (N. 5744 del protocolo) tenía en un libro que estaba leyendo, obtuvimos la siguiente respuesta:

«Ciento querido. Le he querido dar una señal mía de aprobación respecto a lo que está haciendo. Es muy bonito. Le estoy agradecido. Las cosas que hace y dice son buenas. Estoy a tu lado. Tu hijo Andrea».

Realmente, la alusión contenida en la respuesta, que afirma que «las cosas que hace y dice son buenas», no tenía nada que ver con la pregunta planteada.

Pero tras recibir la citada respuesta, en la misma fecha me llegó una carta del Sr. M. M. en la que a lo largo de tres páginas exponía detalladamente cuanto hacía para colaborar en la misión de Andrea, explicando minuciosamente como abordaba a las personas, como sacaba el tema de Andrea y como se comportaba según las primeras reacciones. Acompañaba tales planteamientos con diversas consideraciones y citaciones de carácter psicológico. Finalmente, pedía mi opinión sobre si aquello que hacia y decía para colaborar en la misión de Andrea era correcto.

Es realmente sintomático y significativo que en la mencionada comunicación de Andrea diera justamente esta precisa respuesta a tal pregunta, tanto que no pude hacer otra cosa, al responderle, que ceñirme al juicio expresado por el propio Andrea de manera tan extraordinaria.

h) Cuestionado Andrea respecto a si era o no una «señal» suya la firma con su nombre y apellido que la Sra. N. T. de Brescia (N. 5757 del citado protocolo) había encontrado sobre un folio blanco que tenía en el libro, la respuesta fue:

«Querido papá, las pruebas que la Luz Infinita me permite daros son muchas. PREGUNTA A LA SEÑORA COMO LO HA HECHO PARA ENCONTRAR MI FIRMA. ELLA HA ESTADO EN CONTACTO CONMIGO. Estoy contigo Andrea».

Al remitir a la persona interesada esta respuesta le rogué que explicara lo que quería decir: «como lo ha hecho para encontrar mi firma», además de pedirle que aclarara el significado de la afirmación de que ella estaba en «contacto» con él.

En su respuesta, la Sra. N. T. informaba que había conseguido ponerse en contacto con Andrea por medio de la escritura automática y a través de su propia madre.

Además escribía:

«Respecto a su pregunta sobre como encontré la firma de Andrea no sabía que añadir a lo que le había mencionado. Por ello, he preguntado a Andrea, directamente, a que se refería y me ha recordado un hecho QUE ES CIERTO».

El mensaje de Andrea referente a la citada pregunta decía textualmente:

«Si, te he hecho mi firma, pero tu no has dicho donde la has encontrado. No estaba en el libro, sino en tus hojas de borrador cuando estabas probando. Si, te has equivocado. La colocaste en mi libro después. Y esto probaba que quien escribía con la señora de Turín era Andrea quien escribía contigo y mi padre habría entendido».

A modo de confirmación la señora N.T. añadía:

«Yo estaba convencida de haber encontrado el folio firmado en el libro de Andrea, pero fue tanta la sorpresa y agitación que me produjo tal hallazgo que me confundí. Cuando Andrea me ha contestado, al reflexionar, he pensado que tenía razón. Cuando encontré el folio estaba probando de recibir algún mensaje a través de la escritura automática porque deseaba ponerme en contacto con él y, entre todos estos folios garabateados con signos temblorosos que yo esperaba poder leer, había uno, limpio, con una firma en su parte superior. Me quedé de piedra y, tras haberme preguntado donde había visto anteriormente esta firma, doblé el folio, metiéndolo en el libro en el que aún sigue. Es por esto que, con el aturdimiento, pensé haberlo encontrado en el libro».

Quiero llamar la atención sobre la importancia de estas precisiones e informaciones, por el hecho de que no sólo eran ignoradas por mi y por la médium sino que incluso la parte interesada las había olvidado.

Considero importante y mi deber exponer que ha sido sometida a examen la firma de Andrea recibida por la Sra. N. T., comparándola con su firma autógrafa extendida en el carnet de conducir; llegándose a la conclusión de que en la recibida por la Sra. N. T. había claros elementos de identificación. El hecho es tanto más significativo aún si tenemos en cuenta que la citada Sra. N. T. ignoraba completamente las características de la firma de Andrea, no habiendo tenido nunca la más mínima ocasión de verla.

IV. Acogida de los sacerdotes al libro

Considero que, finalmente, debo mencionar la acogida extremadamente favorable que numerosos sacerdotes o entidades católicas han otorgado al libro «EL MAS ALLA EXISTE».

Señalo que, ya antes de decidirme a publicar dicho libro, conté con la ayuda y colaboración de cualificados sacerdotes, quienes me apoyaron y animaron en la fase de recepción de los mensajes y de preparación del libro.

Quiero añadir también que, cuando tras casi dos años de incertidumbre me decidí a escribir el libro con los mensajes de mi hijo, como él deseaba que hiciera, solicité una nueva opinión, la del prestigioso Rvdo. Padre Andrea Resch, Director de la Cátedra de Estudios Paranormales de la Universidad Pontificia de Letrán, a quien remitió el borrador del libro y todo el material de los mensajes recibidos. El Padre Resch me dio una opinión totalmente positiva y alentadora sobre el interés de la materia a publicar.

Para obtener otra confirmación, pedí también la opinión de uno de los más acreditados exponentes culturales católicos italianos e internacionales, el Padre Pasquale Magni, ex-superior de la Congregación de San Pablo, quien no sólo aprobó la publicación, sino que, además, se ofreció espontáneamente para realizar el prólogo del libro, como efectivamente hizo.

El propio Padre Magni se encargó también de escribir el del segundo libro: «DALL'ALDILA' LA FEDE».

En dicho libro se transcriben quince páginas con la opinión de numerosos sacerdotes, todas muy favorables.

A éstas hay que añadir los comentarios de nueve prestigiosos sacerdotes que expresan su parecer en el libro «PROVE E INDIZI DELL'ALDILA'», por citar únicamente las opiniones que han sido objeto de publicación.

Creo necesario citar que el libro «EL MAS ALLA EXISTE» ha sido traducido, impreso y publicado en el Brasil por la Editorial Loyola, dirigida por los Jesuitas, y que, asimismo, ha sido traducido al eslovaco y publicado en la antigua Checoslovaquia por un grupo de sacerdotes católicos.

Además, los Misioneros Combonianos de Verona han producido una casete llamada «Andrea y la Luz Infinita - Una experiencia de comunicación con el Más Allá», en la que resumen, en forma de diálogo y con comentarios musicales, el contenido de los dos libros: «EL MAS ALLA EXISTE» y «DELL'ALDI- LA'LA FEDE», distribuyéndolos, entre otros, a las más de trescientas Casas de Misiones existentes en los 37 países en los que están establecidos.

Cabe también señalar las críticas extremadamente favorables publicadas por la revista «LETTURE», editada por los Jesuitas de Milán de Piazza San Fedele, en sus números de mayo de 1988 y junio de 1992.

Considero, además, merecedor de ser comentado el hecho de que he sido invitado a presentar el libro en muchas sedes parroquiales e incluso en el Aula Magna del Seminario diocesano de Aversa. Y que, por exigencias prácticas, tuve que hablar, en tres ocasiones, desde el Altar Mayor de la Iglesia.

Muy numerosos son también los casos en que profesores de religión han comentado el libro «EL MAS ALLA EXISTE» durante las horas de clase, aconsejando su lectura a los alumnos, y aquellos en los que también ha sido recomendada por sacerdotes e incluso obispos.

Un lector me contó que tuvo conocimiento del libro en el transcurso de una predicación durante la Santa Misa en la que fue aconsejado por el sacerdote que oficiaba. También sé de un caso en el que el sacerdote tiene siempre el libro en el confesionario para poder usarlo durante su ministerio.

Muchos sacerdotes me han manifestado que consideran a Andrea como un santo, al que imploran gracias.

Un franciscano me llamó desde el convento pidiéndome que implorara a Andrea que le asistiera durante una delicada intervención quirúrgica.

El párroco decano de una gran parroquia de un estado extranjero me comunicó que había colocado permanentemente la fotografía de Andrea bajo el mantel del Altar Mayor, junto a la reliquia del Santo Patrón, y que cada día mantiene encendidas dos velas sobre el altar, una dedicada a Este y otra a Andrea.

Varios sacerdotes, entre los que se encuentra un alto cargo del Vaticano, me han solicitado, en repetidas ocasiones, que exponga el caso de mi hijo a la

oficina competente para la causa de los santos, al objeto de que se inicie el proceso para su canonización.

Para finalizar, y a titulo de ejemplo, deseo exponer dos casos significativos.

Primero, deseo transcribir las palabras que me escribió Monseñor Mario Shirza, de Trieste, persona muy docta y acreditada, que realizó profundos estudios sobre lo paranormal incluso en el extranjero:

«Considero que el libro «EL MAS ALLA EXISTE» es de una grandísima trascendencia y que la Iglesia, los párrocos, los catequistas, deberían conocer la existencia e importancia del libro y el valor de su difusión.

Si yo fuera párroco o catequista difundiría gratuitamente el libro a la salida de la Santa Misa y a los alumnos de las escuelas básicas y superiores. Deberían recogerse donaciones entre todos los lectores para la difusión gratuita del libro.

Yo, que en un tiempo había sido ateo, juzgo este libro de tanta importancia que, para mi uso y consumo, lo considero como el «quinto evangelio de la naciente sociedad del dos mil», teniendo presente que Evangelio significa Buena Noticia. Y para la opulenta sociedad del dos mil, como han previsto los estudiosos y la nueva tecnología, será necesaria la Buena Noticia de que el Más Allá existe».

Como conclusión, transcribo la «plegaría privada» dedicada a Andrea compuesta por el obispo de Susa Monseñor Giuseppe Gameri, quien me ha escrito que la recita frecuentemente:

«Oh, Andrea Sardos Albertini,
que, sujeto de milagro a los cinco años,
Transcurriste tu joven vida
con una conducta cristiana
altamente ejemplar y que,
por la trágica muerte,
cumples admirablemente desde el Más Allá tu misión de Fe,
ruega por nosotros, peregrinos aún en este valle de lágrimas
y concedenos la gracia de ser válidos misioneros de verdad,
de justicia, de amor, de alegría y de paz»

FINALIZO SUBRAYANDO QUE TODO CUANTO AQUI RELATO ESTA RIGUROSAZMENTE DOCUMENTADO.

Trieste, a 30 de septiembre de 1993

Lino Sardos Albertini